LA VOZ DE LOS PIONEROS

Olga López Molina

© Olga López Molina, 2017
ISBN: 978-0-244-91101-0
Imagen de la portada: Paco Ruiz

A los pioneros del siglo XXI,
que saben que no verán ese mundo mejor
por el que están luchando,
pero que están seguros de que se hará realidad.

1

Irene se revolvía nerviosa en su asiento mientras la supervisora que le habían asignado repasaba su propuesta en su dispositivo B-Ultimate.

—No está mal —dijo finalmente, sin levantar la mirada del dispositivo—. Veo que entre tus intereses está la investigación histórica.

La joven asintió con la cabeza.

—Es justamente lo que necesitamos para este proyecto —observó la supervisora, una mujer de unos cuarenta años de expresión serena que todavía conservaba gran parte de su belleza juvenil—. Han pasado casi doscientos años desde el Desastre, y no hay duda de que hemos llegado a donde estamos gracias a los cambios que se produjeron entonces.

—Desde luego. Siempre he pensado que hay que comprender el pasado para entender mejor el presente y para saber a dónde hemos de dirigirnos en el futuro —afirmó Irene, convencida.

—Estoy de acuerdo —asintió la mujer con una sonrisa—. Y me alegra que quieras participar en este proyecto. Hay muchas personas dedicadas a inventar nuevos usos de la energía última, pero pocas que dediquen sus esfuerzos a otros campos del saber. Como supervisora, debo vigilar que todas las ciencias se desarrollen de manera armónica. Para evitar errores pasados, ya sabes…

Irene asintió. Ya había participado en proyectos históricos con anterioridad, pero este era especialmente importante para ella pues nunca había investigado una época tan antigua. Se había descubierto recientemente un conjunto de servidores informáticos que, milagrosamente, habían sobrevivido a las catástrofes naturales que se produjeron justamente en el siglo XXI y que afectaron sobre todo a las zonas costeras de buena parte del mundo, que se salvaron por encontrarse en lugares relativamente seguros y alejados de las zonas más castigadas. Hasta entonces, habían tenido acceso a información muy fragmentada y se había avanzado muy poco en la recuperación de la

memoria de aquella época tan apasionante. Por ese motivo, los servidores hallados eran una mina de oro para ella y para otros muchos.

—He leído tu historial. Dominas bien el español y el inglés.

Irene asintió con la cabeza.

—He tenido ocasión de practicar con ellos en mis investigaciones anteriores. Además, contamos con buenos manuales y diccionarios… afortunadamente.

—Cierto. Tuvimos suerte de que no desaparecieran en el Desastre. El *neweng* podría considerarse un inglés latinizado, pero eso no significa que todo hablante actual de *neweng* pueda entender el inglés del siglo XXI sin tener una formación previa. Se pierden muchos significados y matices. Y es todavía más difícil si hablamos del español.

—Así es —asintió Irene—. Pero vivir en antiguo territorio español me ha ayudado a conocer esa lengua.

La supervisora movió la cabeza afirmativamente, mientras seguía leyendo en su B-Ultimate.

—Tus supervisores anteriores han anotado que tienes tendencia a sobrecargarte de trabajo durante tus proyectos de investigación – observó, levantando la vista y mirándola fijamente a los ojos.

—Supongo que es porque me apasiona.

—Y está bien que sea así. Pero recuerda que hay que hacer otro tipo de actividades. Hay que practicar ejercicio físico y hacer trabajo de tipo manual. ¿Qué otros trabajos de servicio haces?

—Ayudo a mi madre con el huerto familiar.

—¿Y qué tipo de ejercicio físico haces?

—Salgo a correr tres días a la semana durante una hora.

La supervisora asintió, evidentemente satisfecha con las respuestas.

—Me gustaría hacerte una última pregunta —dijo la supervisora entrecerrando los ojos, que eran de un azul brillante—. ¿Por qué quieres centrar tu investigación en los pioneros?

La joven se irguió aún más en su asiento para transmitir toda la confianza de la que era capaz. Se había hecho esa pregunta muchas veces, así que tenía la respuesta muy preparada.

—Porque ellos fueron los que desencadenaron el despertar espiritual que cambió el mundo. Me interesa saber qué pensaban, cuáles eran las circunstancias en las que vivieron, cómo mantuvieron la fe a pesar de todo, incluso cuando eran una pequeña minoría. Ellos fueron los héroes anónimos que nos llevaron hasta aquí.

La supervisora asintió, visiblemente convencida por las palabras de la muchacha.

—Entonces no se hable más —dijo la supervisora, que hizo unos garabatos sobre el B-Ultimate a modo de firma—. Pasarás a formar parte del proyecto Pioneros XXI.

Irene sonrió, ya completamente relajada.

—Puedes estar contenta —añadió la mujer, levantándose de su asiento, gesto que Irene imitó—. De momento serán pocos los investigadores que puedan acceder a estos servidores. Ya sabes, todavía se está evaluando si su estado les permitirá estar plenamente operativos. Además, hay que adaptarlos a la energía última para poder utilizarlos.

—Soy consciente de las dificultades —afirmó Irene—. Pero no quería desaprovechar la oportunidad de recurrir a estos antiguos servidores de Internet para ocupar mis horas de servicio. Por eso envié mi solicitud en cuanto supe de su existencia.

—Desde luego, tu cuota de servicio va a estar más que cubierta con este proyecto. Pero ya sabes que no puedes dedicar más de cuatro horas al día.

—Lo sé. Hay que repartir el trabajo para que todos puedan servir —replicó Irene. Ese era un lema con el que había vivido desde que tenía uso de razón.

La supervisora esbozó una cálida sonrisa y estrechó el brazo de Irene en un gesto amistoso. Justo cuando la joven iba a darse la vuelta para salir de la estancia, se detuvo y, con una sonrisa tímida, dijo:

—Gracias por darme esta oportunidad de investigar a los pioneros.

La mujer le devolvió una sonrisa franca y respondió:

—Gracias a ti. Todo lo sucedido antes del siglo XXI sigue siendo un gran misterio para todos nosotros, así que seguiré con mucho interés los progresos que hagas.

Irene se despidió con una leve inclinación de cabeza y, ahora sí, abandonó el despacho de la supervisora.

2

La joven acababa de descender del deslizador colectivo cuando se encontró con su amiga Raquel.

—¿Qué tal, Irene? —la saludó la joven con una gran sonrisa— ¿Cómo te ha ido con la supervisora?

—Muy bien —respondió la aludida devolviéndole la sonrisa—. Han aceptado mi solicitud. ¡Ya estoy dentro del proyecto!

—¡Estupendo! —exclamó su amiga, abrazándola— Tenemos que celebrarlo todos juntos. Por cierto, habíamos quedado todo el grupo esta tarde en casa de Miguel para ver la holoconferencia de Gabriel. ¿Te animas?

Irene no tuvo que pensárselo mucho. Eran las once, y todavía tenía unas horas para trabajar en el

huerto familiar. Además, ese tipo de conferencias se emitían cuando casi todo el mundo estaba disfrutando de su tiempo libre.

—Claro que sí. Llevaré uno de mis pasteles para celebrarlo.

—¡Genial! Les diré a los demás que traigan algo también. Y bebidas, por supuesto. ¡Vamos a organizar una buena merienda!

—¡Sí! Hacía tiempo que no veía a los demás. He estado muy ocupada con las investigaciones. Además, en esta época del año hay que dedicar muchas horas al huerto. De hecho, si no hubiera sido porque tenía cita con la supervisora, ahora mismo estaría trabajando allí.

—¿Y por qué tenías que verla en persona? Ahora todo el mundo tiene majesNET en su casa y todos los centros ciudadanos tienen servicio de holoconferencias —observó Raquel, extrañada.

—Tienes razón, podríamos haberlo hecho a distancia —asintió Irene—. De hecho propuse que fuera así, pero me respondieron que es mejor verse las caras de vez en cuando para fomentar una comunicación personal más cercana. ¡Así que el huerto me está esperando!

Raquel se encogió de hombros y exclamó:

—¡Qué me vas a contar! Nosotros también estamos muy ocupados con el nuestro estos días. Pero luego pienso en toda la fruta y verdura que sacamos y vale la pena.

—Es cierto. No solo por la que consumimos en casa; los excedentes son muy valiosos en la cuota de servicio.

—Sí, suben mucho el saldo —asintió Raquel.

—Volviendo a lo de esta tarde… Se me ha ocurrido que puedo llevar un bizcocho de zanahoria y coco. Un amigo de la familia nos trajo coco y tenemos zanahorias de sobra. Un poquito de miel, y va a quedar muy rico.

—¡No sigas, no sigas, que me está entrando hambre y me queda una hora larga para comer!

—¿A dónde vas ahora?

—A la escuela donde estoy haciendo el servicio. Sirvo comida a los niños que tienen a sus padres ausentes y de vez en cuando hago de profesora de refuerzo.

—¡Anda, no lo sabía! —exclamó Irene, sorprendida— ¿Y cuánto tiempo llevas allí?

—Poco, empecé la semana pasada. La monitora de comedor a la que estoy sustituyendo dio a luz hace

diez días, así que si quiero puedo estar tres años de servicio allí. Y de momento me gusta, el ambiente es genial, los monitores son todos de mi edad y nos reímos mucho. Además, me encanta servir a los niños. ¡Son muy traviesos pero te los comerías a besos!

—¡Qué bien, me alegro mucho! Pues si estás a gusto allí, ya sabes: no dejes desaprovechar la oportunidad. Igual más adelante se te presenta la ocasión de servir como maestra…

—¡Uf, ese es mi sueño! Pero ya sabes que me queda mucho por estudiar.

—Lo sé. Es muy duro prepararse para maestro. Pero, si es lo que te gusta… ¡ánimo y adelante! Seguro que lo conseguirás.

—Gracias, guapa. Bueno, ahora sí me voy. ¡Los niños están a punto de acabar sus clases!

Irene le dijo adiós con la mano, se dio media vuelta y recorrió a pie el camino que llevaba a su casa. Tenía deslizadores a mano, pero prefirió caminar los cinco kilómetros que le quedaban hasta su casa. Aquel día seguramente no podría salir a correr, y quería hacer un poco de ejercicio.

3

—¡Hola, Irene! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Andrea, otra de sus amigas, que fue quien salió a recibirla. Aunque no vivía allí, era una de las invitadas a la fiesta improvisada de aquella tarde.

Irene le dio dos besos a su amiga mientras sostenía su bizcocho, aún caliente.

—¡Ese bizcocho huele estupendamente! —exclamó Andrea mientras olfateaba el aire— Trae, lo pondremos con lo que han traído los demás.

—Ten cuidado, que está recién hecho. Déjalo en un lugar donde le dé la corriente para que se enfríe—aconsejó Irene. Pero Andrea ya se lo había llevado lejos de su vista, así que se encogió de hombros y miró a su alrededor.

En el espacioso y diáfano comedor estaban casi todos sus amigos charlando animadamente entre sí. Los que la vieron la saludaron y siguieron a lo suyo.

«Vaya, sí que han venido todos», pensó Irene mientras daba un vistazo general a la gran sala. Algunos estaban sentados en los sofás, otros estaban de pie frente a la gran mesa situada en el centro, donde había ya algunas cosas para picar, zumo y vino. En total debían ser unos quince o dieciséis, y las conversaciones de todos estaban armando bastante jaleo. Alguien había puesto música en majesNET, pero apenas se escuchaba con el ajetreo de los allí reunidos.

De repente, vio a Max sentado en una esquina solo, con la mirada perdida, y eso le hizo recordar algo que procuraba alejar de su mente con sus ocupaciones diarias.

«No, no están todos», se dijo para sus adentros mientras unas lágrimas luchaban por salir de sus ojos. «Falta Cris».

Como si hubiera adivinado cuál era el rumbo de sus pensamientos, Raquel la tomó del brazo y exclamó, mientras la arrastraba al grupo más numeroso:

—¿Qué haces ahí sola como un pasmarote? ¡Ven aquí con nosotros!

Irene agradeció que su amiga fuera en su ayuda, aun sin ser consciente de ello, y se sumergió en la conversación del grupo. Todos estaban al corriente de que la habían aceptado en el proyecto Pioneros XXI y tuvo que agradecer las felicitaciones de cada uno de ellos. Aunque se sentía un poco agobiada ante tantos elogios, pensar en el proyecto le levantó el ánimo.

Era bien avanzada la primavera, de modo que el sol todavía estaba alto en el cielo cuando se acercó la hora de la holoconferencia. Poco a poco, sin que fuera necesario que nadie lo recordara, todos los presentes despejaron el centro del espacioso comedor y se sentaron en semicírculo. A la hora convenida en esa zona del mundo, el dispositivo conectado a majesNET se activó y apareció ante todos ellos la figura de Gabriel, que tan familiar les resultaba.

Durante aquellos años, ayudados sin duda por la red majesNET, habían proliferado muchos líderes de opinión, personas a las que otras prestaban atención y de las que se tenían en cuenta sus ideas respecto a ciertos temas. Todos tenían más o menos su público, pero sus palabras no tenían ni de lejos la repercusión de las de Gabriel cada vez que enviaba una de sus charlas por majesNET. Algunos decían, plenamente convencidos, que era el «nuevo Juan Bautista» que

mencionaba el libro azul. Pero claro, ningún ser celestial se había aparecido para confirmar esta conjetura. Lo que sí era cierto es que Gabriel tenía una gran influencia entre jóvenes como Irene y sus amigos, y que en todo el mundo sus charlas eran recibidas con mucha expectación.

Gabriel era un hombre joven (según había dicho él mismo, tenía treinta y dos años) que vivía en un antiguo territorio de América del Norte. Era alto y delgado, de cabello castaño y ojos azules. Llevaba el pelo un poco largo sin llegar a ser melena y barba de unos pocos días. A Irene siempre le había gustado su mirada, una mirada limpia que transmitía sinceridad. Hablaba *neweng* con fuerte acento norteamericano, pero todos le entendían perfectamente. Después de levantar la mano en señal de saludo, empezó a hablar y la señal, como siempre, llegó alta y clara:

«Saludos, compañeros peregrinos. Hacía ya un tiempo que no me ponía en contacto con todos vosotros; he estado de servicio en lugares donde no llega la red. Sí, debéis pensar que ya no quedan lugares de esos, pero todavía existen. Y quizá sea bueno que sea así. A veces necesitamos un poco de soledad y recogimiento. Las baterías espirituales se cargan mejor cuando estamos a solas con nuestro Padre.

»Pero ya estoy de vuelta con mis compañeros de viaje y quería recordar con vosotros cuál es el propósito de la vida y por qué vivimos como lo hacemos.

»La humanidad ha recorrido un largo camino lleno de dolor y sufrimiento para llegar adonde nos encontramos actualmente. Desde el despertar que se produjo a mediados del siglo XXI, los pueblos de la Tierra han ido abandonando las guerras y podemos decir que, hoy día, no hay ni un solo rincón en el planeta donde haya conflictos armados. También podemos decir que ni uno solo de los habitantes del planeta pasa hambre, y que todos tienen acceso a una educación adecuada para desempeñar su papel en la sociedad.

»Si nuestros hermanos de hace unos siglos hubieran podido viajar al futuro, les parecería que estamos disfrutando del cielo en la Tierra, pues ellos apenas podían soñar con todo lo que tenemos ahora: paz, educación, una fuente de energía libre e inagotable, comida para todos… En su sociedad, donde el afán de lucro era la base de toda actividad económica, el dinero era el que gobernaba el mundo, y eso llevaba a desigualdades e injusticias flagrantes. Desde el Despertar, el afán de servicio fue sustituyendo al afán

de lucro, no sin cierta resistencia, y finalmente el dinero dejó de usarse y de tener ningún valor.

»Hoy día, todos sin excepción tienen la oportunidad de disponer de su tiempo libre como prefieran, y de ocupar este tiempo en saber más y en dedicarse a las actividades lúdicas de su elección. Ha quedado claramente demostrado que, con tan sólo cuatro horas de servicio diario, se puede conseguir que todas las necesidades de la sociedad estén cubiertas. Es cierto que todavía hay aprovechados que pretenden obtener lo mismo que los demás con menos horas de servicio, pero afortunadamente son una minoría y los mecanismos para detectarlos y evitar que se beneficien ilícitamente del servicio de los demás funcionan satisfactoriamente.

»Sin embargo, quiero daros un toque de atención, pues no debemos caer en la autocomplacencia. Los logros de los que disfrutamos actualmente no cayeron del cielo, sino que son el fruto del esfuerzo de las generaciones que nos precedieron.

»No ha sido fácil llegar hasta aquí. Más bien al contrario: la humanidad tuvo que pagar un alto peaje de vidas y penurias de todo tipo. El parto de la sociedad actual fue largo y doloroso. En recuerdo de todos los que perdieron su vida, conviene que no lo olvidemos.

Además, todavía no hemos llegado a la era de luz y vida que los reveladores nos mostraron en el libro azul, la era en la que la sociedad se ha perfeccionado tanto que no es necesario que haya gobierno, así que la humanidad no está libre de sufrir retrocesos. Ha sucedido otras veces, y no hay motivos para pensar que no puedan ocurrir en el futuro. El dinero dejó de usarse poco después del Despertar, hace aproximadamente ciento sesenta años, pero todavía quedan personas que sienten nostalgia de un tiempo en el que unos pocos podían ser ricos y poderosos a costa del sufrimiento ajeno. Afortunadamente no son muchos, pero el hecho de que existan debe motivarnos para estar alerta ante sus sofismas. Tened cuidado ante los nostálgicos de tiempos pasados, pues definitivamente no fueron tiempos mejores. Quizá para algunos privilegiados, pero no para la inmensa mayoría de seres humanos. Los que insisten en que antes se vivía mejor es que no saben de lo que están hablando.

»Por otro lado, también es cierto que no se debe permitir que nadie pueda vivir su vida sin aportar nada a la sociedad. Quien pretende aprovecharse de otros no los está considerando sus hermanos sino sus servidores, y por tanto está destruyendo la hermandad.

»Como sabéis muy bien, la humanidad estuvo a punto de desaparecer con el consumismo desenfrenado y la acumulación de riquezas por parte de una elite movida por el afán de lucro. Se dilapidaron numerosos recursos naturales que ni siquiera hoy, dos siglos después, se han recuperado. Las catástrofes provocadas por el hombre, acompañadas por las que desencadenó la naturaleza, llevaron a la muerte a cientos de millones de personas a mediados del siglo XXI. Paradójicamente, o quizá no tanto, la sensación de tocar fondo llevó a que se produjera el Despertar. Se alcanzó la masa crítica necesaria de personas que se unieron en un único propósito.

»Según parece, antes del Despertar se produjeron varios intentos en diferentes partes del mundo para intentar acabar con ese modelo enfermizo de sociedad, pero no llegaron a cuajar porque los poderosos siempre encontraban la manera de neutralizar sus iniciativas y porque no conseguían reunir el número suficiente de simpatizantes. Pero finalmente, y de manera casi repentina, se llegó al punto en el que cayeron los velos y se cambió el rumbo, afortunadamente para nosotros.

»Sé que se va a investigar más a fondo cómo sucedió. Los desastres naturales hicieron que se

perdiera mucha información, que justo ahora se está recuperando debido a unos hallazgos inesperados.»

Raquel miró a Irene y le hizo un guiño de complicidad. La joven se sintió enormemente feliz de participar en un proyecto tan importante como para que Gabriel lo mencionara en su holoconferencia.

«Detrás de esas casualidades aparentes no hay duda de que están nuestros amigos invisibles del gobierno superhumano del planeta. No podemos verlos pero sabemos que están ahí, listos para ayudarnos. Y, aunque no sabemos exactamente el lugar exacto del planeta donde se ubican, existe la creencia no oficial de que se encuentran en una zona del paraje natural de Yosemite, en California.

»Por cierto, supongo que ya sabréis que este año organizamos allí el Encuentro Espiritual Mundial, que desde hace 5 años se celebra el 21 de agosto. Será una ocasión genial para ofrecer una acción de gracias multitudinaria a nuestros gobernantes divinos y a nuestro soberano Miguel, en el año que se cumplen los 2.221 años de su nacimiento.»

—¿2.221 años, contando la rectificación? —susurró Raquel a Irene.

La joven asintió con la cabeza, con la mirada fija en el holograma de Gabriel.

—Espero que pronto se adopte este nuevo calendario —observó Raquel en voz baja—. Manejar las dos fechas es un lío.

Irene asintió ligeramente con la cabeza, mientras pensaba que le haría mucha ilusión ir al Encuentro Espiritual de Yosemite.

«Espero que seáis muchos los que os unáis a nosotros en Yosemite. Hay un gran equipo de voluntarios que están dando lo mejor de ellos mismos para que sea una gran experiencia espiritual para todos. Y a los que no podáis venir en persona, sabed que se retransmitirá por majesNET.»

«Siempre nos quedará majesNET», pensó Irene mientras soltaba un pequeño suspiro.

«En fin, esto es todo lo que quería deciros por hoy. Nos vemos dentro de dos días. Recibid todos un abrazo fraternal y, como siempre, me despido con una cita de nuestro querido libro azul: "*La vida no es más que un día de trabajo —hacedlo bien—. El acto es nuestro; las consecuencias, de Dios*."»

Y cuando el holograma de Gabriel desapareció, todos los presentes se quedaron unos minutos en meditación silenciosa, reflexionando sobre la cita que acababan de escuchar y que tan bien recordaban.

4

—¿Qué os ha parecido el comentario de Gabriel sobre los «aprovechados»? —preguntó Raquel a los demás mientras daban buena cuenta del pastel que había traído Irene.

El sol ya había caído, pero el crepúsculo era largo en aquellas latitudes y la noche no acababa de llegar. La conversación se había calmado y la música suave de majesNET ayudaba a mantener a los allí presentes en un estado de gran relajación.

—No sé muy bien a quién se refiere —respondió un joven alto, moreno y de pelo rizado llamado Jan, encogiéndose de hombros—. No conozco a nadie que haya sido acusado de aprovecharse del servicio de los demás.

Irene no pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a Max, que masticaba un trozo de pastel con aire ausente.

Sabía que sus supervisores de servicio le habían dado un toque de atención porque llevaba semanas sin cumplir con todas las horas de servicio asignadas, pero no creía que lo hiciera porque quisiera aprovecharse.

«Simplemente está triste. Es normal, después de todo por lo que ha pasado», pensó. Y recordó que ella también había pasado por días muy duros tras la muerte de Cris. De hecho, no podía evitar sentir una punzada en el corazón cada vez que algo le hacía recordarle.

—Pues yo sí que creo saber de quiénes está hablando —intervino Miguel, el anfitrión de aquella fiesta improvisada, un joven robusto de estatura media y mirada franca—. Hace unos días vi en majesNET una especie de manifiesto de un grupo llamado NeoCAP.

-¿NeoCAP? ¿Y quiénes son esos? —preguntó Raquel, extrañada.

—Según lo que dicen en su manifiesto y lo que pude averiguar, están en contra del actual sistema de servicio —respondió Miguel—. Quieren volver a instaurar el capitalismo que desapareció tras el Despertar. De ahí lo de NeoCAP: nuevos capitalistas.

—Menuda tontería —dijo Jan, con un bufido—. Si el sistema que tenemos funciona, ¿para qué cambiarlo?

—Eso mismo pienso yo —afirmó Raquel—. Además, ya sabemos a qué llevó el capitalismo. La humanidad estuvo a un paso de desaparecer.

—Ahí está la cuestión, que estos tipos no se acaban de creer que el capitalismo tuviera la culpa del Desastre —explicó Miguel, al que siempre le gustaba exponer cualquier cuestión desde todos los puntos de vista—. Lo atribuyen a catástrofes naturales que hubieran sucedido de cualquier forma, sin que el hombre tuviera nada que ver.

—Eso es una soberana estupidez —insistió Jan—. Cualquiera que haya leído las *Crónicas del Despertar* sabe que los hombres sí tuvieron mucho que ver con lo que sucedió.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Miguel—. Pero ellos cuestionan incluso las *Crónicas del Despertar*, así que esa no es una fuente válida para ellos. Dicen que fueron manipuladas para hacernos creer que el capitalismo era algo malo.

—¿Entonces? —preguntó Raquel— ¿En qué se basan para decir que el sistema de servicio no vale?

Miguel suspiró, dejó el plato vacío en la mesita que tenía delante y se acomodó en el sofá antes de responder.

—Dicen que este sistema no fomenta que el individuo se esfuerce y dé el máximo de su capacidad. Quieren que el dinero (o algo parecido) sustituya a la cuota de servicio, porque así (según ellos) las personas se esforzarán por trabajar más.

—No acabo de comprender a esta gente —intervino Andrea mientras se servía otro trozo de pastel—. Con las cuotas de servicio tenemos todo lo que necesitamos: comida, ropa, transporte, educación... ¡incluso ocio! Nunca he tenido la impresión de que me faltara nada.

—Lo dicho: tonterías —afirmó Jan, tajante, mientras se desperezaba—. Yo no necesito dinero para servir, porque empleo mi tiempo en lo que más me gusta hacer. Y si con eso ayudo a la comunidad, mucho mejor. ¡Doble satisfacción!

—¿Para qué queremos dinero, si tenemos todo lo que necesitamos? —intervino Flor, una amiga de la infancia de Irene que servía como enfermera en un hospital cercano.

—Estos neoCAP deben de ser cuatro gatos —sentenció Raquel—. No creo que tengan mucho éxito entre la gente. Todos conocemos la historia a partir del Desastre y los que escribieron las *Crónicas* tuvieron

mucho cuidado en alertar sobre los peligros de repetir la historia pasada.

Y aún siguieron dándole vueltas al tema durante un rato más. La conversación fue tomando otros derroteros, y entonces Irene se fijó en que Max ya no estaba con ellos. Sin pensarlo dos veces, siguió el impulso de ir a buscarle. Lo encontró en el jardín, la espalda apoyada junto a un árbol, cerca de una pequeña alberca que se utilizaba para recoger el agua de lluvia.

Para entonces, aunque todavía no era noche cerrada, ya habían aparecido las estrellas más brillantes en el cielo. Irene se sentó junto a Max mientras decía:

—Hace buena noche para estar aquí fuera viendo las estrellas, ¿verdad?

Max asintió, distraído, sin mirarla.

—Veo que no tienes muchas ganas de estar con otras personas —observó Irene.

—No muchas, la verdad —afirmó Max lacónicamente, con la vista fija en el firmamento.

Irene pasó por alto que eso quizá podía incluirla a ella también, y comentó:

—Es normal que estés abatido, hace poco más de un año de lo de Cris.

—Un año y tres meses, para ser más exactos —puntualizó Max.

Irene suspiró. Bastante bien sabía el tiempo que había pasado desde que Cris tuvo el accidente con el deslizador que le costó la vida. No pasaba ni un solo día sin que lo recordara.

—Lo sé —asintió Irene, cabizbaja—. Te recuerdo que teníamos pensado casarnos en cuanto llegáramos a la edad legal permitida.

—Pero tú tienes padres y hermanos —replicó Max instantáneamente—. Yo en cambio me quedé sin familia. Primero mis padres, cuando solo tenía cinco años. Y luego Cris, mi hermano mayor, mi único hermano.

—Pero no estás solo —afirmó Irene, mirándole fijamente—. Tus tíos os adoptaron a Cris y a ti y os criaron como si fuerais sus hijos. De hecho, sigues viviendo con ellos.

Max apartó la mirada y, con la vista fija en el suelo cubierto de hierba, musitó, abatido:

—Sí, es cierto que nos han criado como a sus hijos. Incluso a veces nos han mostrado más cariño que a sus propios hijos, supongo que para intentar compensar nuestra pérdida. Pero no es lo mismo, Irene. Siempre he echado de menos a mis padres, y lo sigo

haciendo. Nadie puede ocupar su lugar —y añadió, con la voz ligeramente quebrada—. Nunca.

—Claro, Max —dijo Irene, apretando un poco su brazo en señal de ánimo—. Nadie podrá ocupar su lugar. Pero estas cosas pasan, y hemos de aprender a superarlas.

—Es muy fácil de decir —replicó Max, que había pasado del abatimiento a la irritación en cuestión de segundos.

—Sé que no es fácil ponerlo en práctica, pero la vida es lucha y aprendizaje —dijo Irene con vehemencia, plenamente convencida de lo que decía—. Yo estoy luchando por superar la pérdida de Cris. Tú deberías hacerlo también.

—¿Y cómo lo estás superando? ¿Sumergiéndote en el trabajo? —preguntó Max, con un deje de sarcasmo en su voz— No podrías aunque quisieras, solo podemos trabajar cuatro horas al día. El Consejo de Sabios lo ha decidido así.

—Bueno, aun así son más horas de las que estás trabajando tú —replicó Irene, ligeramente molesta por el comentario de Max.

El joven se encogió de hombros antes de decir:

—Intenté superarlo con el trabajo, pero cuatro horas al día no eran suficientes para dejar de pensar en mi dolor. Así que… ¿para qué esforzarse en olvidar?

Irene aprovechó el comentario de Max para decir algo que llevaba tiempo queriendo expresar en voz alta:

—Sé que tus supervisores te han llamado la atención porque no cumples con tu cuota de servicio. En serio, ¿en qué estás pensando?

—Vaya, no sabía que tenía otra madre adoptiva que se preocupaba por mí —ironizó Max.

—Claro que me preocupo por ti, aunque no sea tu madre. Sabes que los supervisores están teniendo un poco de manga ancha contigo porque son conscientes de tus circunstancias personales, pero esa tolerancia no va a durar para siempre.

Max apoyó la cabeza en el tronco del árbol y cerró los ojos.

—Mi pena durará para siempre —susurró.

Durante unos segundos, solo se oyeron risas dentro de la casa y el ladrido esporádico de algún perro. Por lo demás, reinaba la calma en aquella zona situada a las afueras de la ciudad.

Irene no sabía cómo romper el muro que Max se había empeñado en levantar contra todos, y le dolía verle sufrir porque con los años había llegado a querer

al joven como si fuera su propio hermano. Justo cuando se estaba planteando levantarse y regresar a la casa, el joven dijo, sin mirarla, como hablando para sí mismo:

—No dejo de preguntarme por qué me ha pasado esto. Por qué a mis padres, por qué a Cris, por qué me he quedado solo a los veinte años de edad…

—¿Y has encontrado la respuesta? —preguntó Irene.

El joven negó con la cabeza.

—Peor aún, la falta de respuestas me está haciendo dudar seriamente de la bondad del universo —se sinceró.

—Quizá no encuentras respuestas porque las preguntas están mal planteadas —sugirió la joven.

Max la miró con el ceño fruncido, sin comprender.

—Te empeñas en preguntarte por qué, y esa no es la pregunta correcta —se explicó Irene.

—¿Y cuál es la pregunta correcta, según tú?

—Ahí está la cuestión, Max. No hay un porqué. Las cosas simplemente pasan.

—¿Y ya está? —preguntó el joven, arqueando las cejas— ¿Es lo único que se te ocurre?

—Yo también he pensado mucho sobre esto, ¿sabes? Y he llegado a la conclusión de que ni Dios ni el

universo conspiran contra nosotros. Simplemente las circunstancias de la vida nos llevan a vivir unas experiencias determinadas. Es lo que nos ha tocado vivir, ya sabrá el cielo por qué.

—O sea, según tú, esto es lo que me ha tocado vivir, y no tiene sentido darle más vueltas —razonó Max.

—Eso es —asintió Irene—. Todos tenemos nuestro camino que recorrer, y los obstáculos no son los mismos para todos.

—¿Y por qué hay gente a la que no le ha pasado nada malo en la vida? ¿A ellos no les ha tocado sufrir? ¿Fueron agraciados con algún premio que desconozco? —espetó Max, irritado.

La joven suspiró. Tenía la impresión de que en la mente de Max había demasiadas turbulencias como para poder razonar con él. Sin embargo, siguió intentándolo.

—No hay desfavorecidos ni agraciados, Max. Sabes que el Padre no favorece a unos en beneficio de otros. Además, la ausencia de problemas no siempre es una bendición. Dice un viejo refrán que el mar en calma no hace buenos marineros.

—Entonces, si he de hacer caso al refrán, voy a ser el mejor marinero de todos —replicó el joven con sarcasmo.

Irene se levantó y, antes de volver al interior de la casa, le dijo, a modo de despedida:

—Solo si aprendes de las tempestades.

Max la siguió con la mirada, sin poder evitar sentir una punzada de culpabilidad.

«Ella era la prometida de Cris y una de mis pocas amigas. No debería hablarle así», pensó.

Y añadió un punzante malestar al dolor que llevaba tanto tiempo acompañándolo.

5

«Los más jóvenes, que no han conocido otra vida que esta, me han preguntado muy a menudo por el día que sucedió el Desastre. No importa la época en la que vivamos, los seres humanos estamos ciertamente obsesionados con los datos. Queremos cifras, fechas, números concretos. Pero, la verdad, no soy capaz de dar una fecha exacta que señale el comienzo del derrumbe. Aquellos días fueron tan traumáticos para mí que mi mente estaba más ocupada en sobrevivir que en retener información. Y bien que lo lamento, porque necesitamos recordar para mantener viva la memoria de todo lo que sucedió. Necesitamos recordar para aprender de nuestros errores.

»De todas formas, creo que la respuesta al 'cuándo' es sencilla: no hubo una sola fecha en la que todo comenzara, pues dependió en gran medida del

rincón del mundo en el que uno se encontrara. Básicamente toda la humanidad sufrió el Desastre, pero unos en mayor medida que otros. Algunos de los que vivieron aquello os dirán que el desastre fue principalmente económico; otros lo atribuirán a una serie de catástrofes naturales que aparentemente no tenían relación entre sí. Probablemente todos tengan razón.

»Para mí, en particular, el Desastre comenzó el día en que se produjo el Gran Apagón, el 11 de junio del 2050. Según las pocas noticias que circularon, provocado por manchas solares. Como no entiendo mucho de eso, debo suponer que esa fue la causa.

»Nada ni nadie nos había preparado para afrontar la vida sin electricidad. Y la electricidad era justamente la base sobre la que giraba toda nuestra vida.

»La mayoría de nosotros no teníamos reservas de comida ni de agua. ¿Para qué, si en el supermercado vendían todo lo que podíamos necesitar? Tampoco teníamos dinero en efectivo. Y el dinero de plástico, las llamadas tarjetas de crédito, tampoco servían de mucho cuando ni los cajeros automáticos ni Internet funcionaban.

»Durante las primeras horas del apagón, nos lo tomamos con paciencia. Pensábamos que sería algo pasajero, una avería que se solucionaría pronto. Las

compañías eléctricas intentaron cubrir las necesidades más apremiantes utilizando generadores, pero estos tampoco funcionaban. Era como si por todas partes funcionara un inhibidor gigantesco que hiciera imposible que se generara energía eléctrica.

»Por suerte, era finales de primavera en mi rincón del mundo, así que al menos la gente no pasaba frío. Eso sí, costaba mucho esfuerzo e imaginación llenar el estómago. La comida caliente estaba al alcance solo de unos pocos. Por suerte, vivíamos en una casa adosada que tenía una barbacoa en el patio, así que podíamos cocinar con leña.

»Durante aquellos días, no teníamos más que rumores que corrían de boca en boca. En la ciudad donde vivía, los policías iban por todas las calles intentando calmar a la gente, que se mostraba más y más nerviosa a medida que pasaban los días y la electricidad no llegaba. En Barcelona y otras ciudades de su área metropolitana, hubo pillaje y saqueo de supermercados. La policía, impotente, dio paso al ejército, que sofocó con contundencia los altercados.

»Al cabo de diez días, la electricidad volvió a las casas, y poco a poco se restauró la normalidad. Después de aquella experiencia tan traumática, la gente se hizo consciente de que debía estar más preparada para

contingencias de ese tipo, y el que pudo acaparó comida y otros utensilios para hacer frente a otra tormenta solar.

»Aquel verano fue inusualmente fresco y lluvioso en la costa mediterránea. Parecía que las manchas solares nos habían robado el verano, aunque después de las olas de calor que habíamos tenido los años anteriores, nos pareció que el tiempo atmosférico nos daba un respiro y lo agradecimos. Por lo demás, todo el mundo siguió con su vida de siempre; recordábamos los días del apagón como un mal sueño que no queríamos revivir, y esperábamos no volver a tener que pasar por algo parecido.

»Y sí que es cierto que lo que vino después no fue algo parecido.

»Fue muchísimo peor.»

Testimonio de Laia A.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

6

«Bienvenidos a la presentación del proyecto Pioneros XXI», dijo con voz nítida y clara la proyección holográfica de Sara Strong, una mujer de unos cuarenta años delgada, rubia y de estatura media. Sus ojos eran grandes y de color esmeralda y parecían sonreír incluso aunque sus labios no lo hicieran. Transmitía cercanía y confianza.

Irene estaba en el salón de su casa, pendiente tanto de las palabras de la mujer como de sus propios gestos y sus movimientos, pues estaba participando en una conferencia múltiple en la que todos podían verse entre sí. Alrededor de ella tenía veinte proyecciones holográficas de otros tantos participantes en el proyecto. Por su aspecto, había miembros de todos los rincones del planeta. Algunos eran jóvenes de su misma edad; otros parecían haber entrado plenamente en la

madurez. A los directores de proyecto les gustaba formar equipos heterogéneos. Decían que así se potenciaba la sabiduría de grupo.

Sara Strong, de las islas británicas, era la directora del proyecto y una investigadora muy conocida entre los historiadores de todo el mundo. Había escrito muchas obras sobre el siglo XXI y conocía de memoria las *Crónicas del Despertar*. Irene había leído sus trabajos más importantes y le parecía una estudiosa brillante y una de las mejores de su campo. Todavía le parecía increíble que fuera a trabajar en el mismo equipo que ella.

«Ante todo, quiero daros las gracias por querer trabajar en este proyecto, así como por vuestra paciencia», prosiguió Sara. «Han sido muchas las solicitudes que hemos recibido para trabajar en Pioneros XXI, pero las limitaciones técnicas de acceso a los servidores encontrados nos han obligado a reducir el número de investigadores en mayor medida de lo que hubiéramos querido. De todas formas, es posible que los problemas técnicos se vayan solucionando y podamos incorporar a más investigadores en el proyecto. Hay expertos en telecomunicaciones y computación que siguen trabajando en hacer cada vez más accesibles y operativos estos nuevos servidores. Es

una tarea desafiante, pues tiene mucho de arqueología tecnológica, pero tenemos un equipo excelente de técnicos que están dando sus mejores horas de servicio con el fin de permitir que nosotros, los historiadores, tengamos la materia prima que nos permita completar el rompecabezas que sigue siendo aquella época turbulenta, incluso hoy día.

»Como sabéis, los servidores fueron hallados en territorio de los antiguos Estados Unidos, pero hemos decidido repartir el trabajo de investigación por continentes, atendiendo a las lenguas antiguas de las que todos vosotros domináis al menos alguna de ellas. En el transcurso de la preparación de este proceso, se han ido descubriendo más servidores informáticos del siglo XXI en otras zonas del planeta, algunas incluso en Europa, así que también tendremos acceso a la información que contengan. Esto no puede sino alegrarnos más, aunque será un trabajo largo y costoso separar la paja del grano y recopilar todo lo que tenga valor para conocer y comprender cuál fue el origen del despertar espiritual de la humanidad. Esa, y no otra, es la finalidad del proyecto Pioneros XXI.

»Por lo que hemos visto, el progreso espiritual y la búsqueda de la Verdad eran ocupaciones muy minoritarias durante la primera mitad del siglo XXI, que

ocupaban una atención reducida entre los que utilizaban el antiguo Internet. Por suerte, los técnicos informáticos han implementado unas herramientas que os permitirán ir directamente a la información que queráis obtener. Eso os ahorrará muchas horas de búsqueda infructuosa.

»De momento, a cada uno de vosotros se le asignará un servidor del que extraer toda la información que se considere valiosa. Todos tendréis un supervisor al que informar periódicamente de vuestros avances, y que puede orientar vuestro trabajo cada vez que sintáis que os estáis perdiendo en un aluvión de información.

»Hay algo que quiero dejar claro: no tenemos prisa. No hay plazos que cumplir, pero sí que queremos que vayan apareciendo nuevos conocimientos sobre la época con el paso del tiempo. Como ya sabéis, es posible que obtengamos información sobre siglos anteriores al XXI; con el Desastre se perdió una buena parte del saber acumulado. Actualmente tenemos piezas sueltas de un rompecabezas que tenemos que ensamblar para conocer de dónde venimos. Aquí pueden estar muchas de las piezas que nos faltan.

»Eso es todo por ahora. Una vez más, gracias por servir en esta empresa. Estoy segura de que todos aprenderemos muchísimo de esta experiencia, y

ayudaremos a nuestros semejantes a que ellos también lo hagan.»

La imagen holográfica de Sara Strong levantó la mano en señal de despedida y se desvaneció, mientras Irene seguía reflexionando sobre sus palabras.

7

Era una bonita mañana de primeros de junio. Irene se había despertado al salir el sol, como solía hacer todos los días del año. Se levantó de un salto, se asomó a la ventana de su habitación, que por la noche dejaba abierta de par en par, cerró los ojos y dejó que los primeros rayos calentaran su rostro mientras escuchaba el canto de los pájaros cercanos. Le encantaba sentir ese calor, le parecía que se llenaba de energía para afrontar un nuevo día.

El día amanecía sin una sola nube en el cielo. Desde su ventana podía ver a lo lejos el mar, una franja de azul intenso aparentemente en calma. También podía escuchar los ruidos de los habitantes de las casas colindantes, para los que el día también había empezado. Todos allí comenzaban su actividad más o menos a la misma hora. Aunque la energía última

proporcionaba luz artificial en abundancia, preferían hacer la mayor parte de sus tareas con luz natural. Cuando se ponía el sol, poca gente permanecía despierta muchas horas después del ocaso, a no ser que su servicio lo exigiera.

Después de su meditación diaria, desayunó y, una vez aseada y vestida, se asomó a majesNET para comprobar si tenía mensajes pendientes. Se alegró al ver que, entre ellos, había uno que llevaba días esperando: el que le daba la clave de acceso para comenzar su trabajo en el proyecto Pioneros XXI.

«¡Por fin podré ponerme a trabajar! ¡Ya tenía ganas de empezar con esto!», pensó. Sentía que su ánimo estaba bien alto, y hacía tiempo que no tenía esa sensación. Quizá fuera por el hecho de poder acceder a una fuente de información que llevaba sepultada durante dos siglos y que ella iba a ayudar a desentrañar. Tenía la sensación de estar ante un tesoro, y estaba deseando comenzar a extraer las joyas del baúl.

El mensaje que contenía las claves de acceso tenía también instrucciones sobre cómo utilizar el buscador. Al principio leyó atentamente las indicaciones, pero luego pensó que lo mejor era

seguirlas sobre la marcha. Ya iría aprendiendo a medida que trabajara con él.

Iba ya a conectarse al antiguo servidor usando las claves que le habían enviado cuando sonaron tres golpes en la puerta de su habitación.

Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a su amigo Miguel.

—¡Hola, Miguel! ¡Qué sorpresa! —dijo con una sonrisa, y le invitó a entrar en su habitación.

Miguel sonrió tímidamente y entró, con los ojos fijos en el suelo. Parecía nervioso, pero Irene fingió no darse cuenta y le ofreció la única silla que había en la habitación. Ella se sentó en el borde de la cama y lo miró, esperando a que él empezara la conversación.

—Disculpa por haberme presentado en tu casa sin avisar —comenzó él— pero quería decírtelo personalmente. Espero no haberte interrumpido.

—¡Oh, no, no te preocupes! —dijo Irene con una sonrisa, mientras hacía un gesto con la mano— Estaba leyendo los mensajes pendientes, todavía no había empezado mi servicio.

—Me alegro —suspiró Miguel, visiblemente aliviado, aunque todavía seguía pareciendo nervioso, como si interiormente estuviera dándole vueltas a lo que quería decirle.

Irene se dio cuenta de que Miguel no parecía encontrar las palabras adecuadas, así que preguntó directamente:

—¿Qué era lo que querías decirme?

Miguel carraspeó antes de responder:

—Verás, justo esta mañana temprano he recibido un mensaje de la ESP.

—¿La Escuela de Servidores Públicos?

—Eso es. Sabes que llevo cinco años estudiando allí.

—Sí, claro. Por lo que se comenta, tus supervisores están muy contentos con tu rendimiento y están convencidos de que serás un gran gestor.

El joven ensanchó su sonrisa, visiblemente halagado.

—Y quién sabe si un gran dirigente —añadió ella, guiñándole un ojo.

Miguel bajó los ojos. Irene juraría que se había ruborizado.

—Gracias, simplemente me esfuerzo todo lo que puedo —dijo Miguel con modestia no fingida—. Pues bien, dentro de diez días será la ceremonia de fin de estudios, y me han invitado a dar el discurso final en nombre de todos los graduados.

Irene se quedó boquiabierta y, con los ojos como platos, exclamó:

—¡Enhorabuena! ¡Es un gran honor el que te han dado! —y sin pensarlo, fue a darle un abrazo que él aceptó, azorado.

—Gracias, Irene. La verdad es que ahora mismo me siento tan abrumado ante esta responsabilidad que no sé cómo voy a plantear el discurso…

—Bah, estoy convencida de que se te ocurrirá algo enseguida y, a partir de ahí, las palabras fluirán como si nada —le animó Irene, contenta de veras por el privilegio que le habían concedido a su amigo.

—Me alegro mucho de que tengas tanta confianza en mí —replicó Miguel con una media sonrisa, y después de tragar saliva, añadió—. Pero quería decirte algo más.

Irene se quedó expectante. Después de unos segundos que parecieron interminables, el joven habló de nuevo.

—Como sabrás, después de la ceremonia de graduación hay una fiesta en la que habrá música y baile, a la que podemos llevar a un invitado. Y yo había pensado en que, si te va bien…

—¿Quieres que vaya como tu acompañante a la ceremonia? —preguntó Irene, sinceramente

sorprendida. Por supuesto que era amiga de Miguel, pero normalmente los graduados llevan a la ceremonia a sus prometidos, aquellos con los que finalmente van a casarse.

—Si tú quieres… —dijo Miguel, que tenía dificultades para mirar a Irene a los ojos— Me haría mucha ilusión que me acompañaras en esta ocasión tan importante para mí. Ya sé que solo somos amigos, pero no tengo novia, y tú… bueno…

Irene ayudó a Miguel a salir del atolladero.

—Está bien, Miguel, no hace falta que sigas. Me encantaría acompañarte a la ceremonia y a la fiesta que habrá después.

Miguel la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? No tienes por qué darme una respuesta ahora. Todavía hay días para confirmar la asistencia de los invitados.

—¿Para qué esperar, cuando tengo clara la respuesta? —dijo Irene con una gran sonrisa, encogiéndose de hombros— Sí, iré como tu acompañante a la ceremonia. Como amigos.

Por primera vez, Miguel sonrió abiertamente, visiblemente contento.

—Sí, claro, como amigos —asintió el joven—. Muchas gracias, Irene. Significa mucho para mí que me acompañes ese día.

—No hay de qué, Miguel. Por cierto, tus padres y hermanos también asistirán, ¿no?

—Sí, vendrán todos, hasta mi hermano Abel, que está de servicio en las islas germánicas. ¡Ninguno quiere perderse mi graduación!

—¡Qué bien! —rio Irene— Me alegro mucho de que puedas estar con toda tu familia. Es una ocasión muy especial y hay que celebrarla con los que quieres.

Miguel asintió tímidamente y, acto seguido, después de consultar su B-Ultimate, añadió:

—Bueno, tengo que pasarme un momento por la ESP y luego dedicarme a preparar el discurso. Te enviaré la invitación por majesNET, ¿de acuerdo?

Irene asintió con la cabeza. Los dos se levantaron y, después de darse dos besos en las mejillas, se despidieron. Miguel no quiso que Irene le acompañara a la puerta de salida.

Durante un buen rato, la joven se quedó mirando por la ventana. Justamente desde allí se veía el camino por el que Miguel se alejaba con paso rápido en dirección al centro de la ciudad, donde estaba justamente la ESP y otros edificios oficiales. Aunque el

centro estaba a media hora de camino a paso rápido, la mayoría prefería dejar los deslizadores para trayectos más largos.

Mientras veía a Miguel alejarse, empezó a ver claro que, por mucho que el joven insistiera en que eran amigos, su actitud hacia ella daba a entender que sentía algo más que amistad. Ahora le parecía tan obvio que se preguntaba cómo no se había dado cuenta antes. Quizá porque el duelo interior que había pasado con la muerte de Cris hizo que pasara inadvertido. Durante los últimos meses se había sentido tan destrozada por dentro que no tuvo ni tiempo ni ganas de plantearse otras posibles relaciones.

Irene suspiró. Pronto cumpliría veintitrés años. Según las leyes que gobernaban el mundo, si a los treinta años seguía soltera debería abandonar la casa de sus padres y trasladarse a uno de los hogares de solteros que había en todas las ciudades. La perspectiva no le entusiasmaba. Además, los solteros mayores de treinta años debían ofrecer más horas de servicio que los casados, pues se suponía que no tenían que dedicar tiempo a cuidar de una familia y por tanto disponían de más horas libres. Como la población se mantenía en unos números muy bajos desde los tiempos del Desastre, era una manera de fomentar la creación de

nuevos hogares y, por consiguiente, de que hubiera más nacimientos.

«Quizá debería mirar a Miguel con otros ojos», pensó. Pero enseguida desechó la idea. No debía alimentar falsas expectativas en su amigo solo por interés. Eso sería ruin.

Sin embargo, una pequeña chispa pareció calentar su corazón.

8

«Los meses pasaron, y parecía que todo volvía a la normalidad. Los niños iban a la escuela, los padres iban al trabajo... La vida seguía su curso habitual. El desorden y los pillajes de los días sin electricidad parecían un mal sueño del que todos nos habíamos recuperado.

»Afortunadamente, los sistemas informáticos habían resistido el apagón. Los bancos no habían perdido sus cuentas, Internet seguía manteniendo al mundo conectado. El dinero, la sangre del sistema circulatorio económico, seguía fluyendo. Concentrándose cada vez en menos manos, por cierto, como venía siendo tendencia de las últimas décadas. Pero mientras la gente tuviera distracciones, no iban a cuestionar demasiado el statu quo*.*

»Por supuesto, hubo muchas investigaciones para averiguar las causas del que años más tarde se conoció como el Gran Apagón de 2050. La explicación oficial fue el relato de una enrevesada cadena de infortunadas desdichas que comenzó con un ciclo de manchas solares especialmente virulento y continuó con una serie de fallos humanos. Como siempre, hubo muchas personas que se cuestionaron esas explicaciones. Parecía todo demasiado rocambolesco para ser cierto. Pero, por otro lado, era estadísticamente improbable que volviera a repetirse otra tormenta perfecta. ¿O no?

»Cuando ya todos nos habíamos olvidado prácticamente de aquella pequeña catástrofe, fue nuestro maltratado planeta Tierra el que protestó. ¿Reaccionó a las manchas solares? ¿Se hartó de los molestos humanos y decidió sacudírselos de encima? ¡Quién sabe! Lo cierto es que, si ese era su propósito, casi lo consigue.»

Testimonio de Erik B.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

9

Irene no se imaginó que bucear en el antiguo buscador de Internet sería tan apasionante. ¡El proyecto de buscar a los pioneros estaba superando todas sus expectativas! El tiempo volaba cuando estaba conectada a Magallanes.

—¿Magallanes? —preguntó su amiga Raquel cuando Irene le habló de su servicio en el proyecto— ¿No era un antiguo explorador?

—Así es —asintió Irene—. Fernando de Magallanes fue el primer navegante que dio la vuelta al mundo. O casi, porque no vivió para finalizar esa empresa. Era portugués y vivió a caballo de los siglos XV y XVI. Como explorador, parece un nombre muy adecuado para la red de viejos buscadores de Internet.

—Si Magallanes era portugués, entonces vivimos casi en el mismo territorio en el que él vivió —observó su amiga.

Irene se quedó pensativa un momento antes de decir:

—Sí, en caso de que te refieras a que tres de las islas ibéricas fueron en otro tiempo territorio de Portugal. Pero, por lo que sé, el lugar donde nació Magallanes lleva al menos dos siglos sumergido.

Raquel suspiró.

—El mundo cambió tanto desde el Desastre...

—¿Y qué es la vida sino cambio? —planteó Irene alegremente— Además, este es el mundo que conocemos y en el que nos ha tocado vivir. Y es un lugar mejor del que era en el siglo XVI.

—¡De eso no me cabe ninguna duda! —exclamó Raquel— Y tampoco tengo dudas de que, desde el Desastre, todo fue a mejor.

—Bueno, eso no era difícil. Cuando se ha tocado fondo, cualquier cosa que pase a continuación solo puede significar ir hacia arriba.

—¿Y qué has descubierto de nuevo? Llevas en el proyecto... ¿cuánto? ¿Un mes?

—Tres semanas. Bueno, estoy recorriendo foros de debate, pero también sitios de noticias, para poner en contexto lo que se comenta en esos foros.

—¿Y no te aburres? —preguntó Raquel, a la que la investigación histórica no le atraía demasiado.

—¿Aburrirme? ¡Me encanta! —exclamó Irene— Muchas veces pierdo la noción del tiempo y suena el aviso de desconexión cuando pienso que ha pasado apenas una hora.

—Entonces estupendo. Si haces un servicio y además te gusta, ¡la satisfacción es doble!

La joven asintió. Dio un sorbo a la bebida de fruta que estaba disponible aquella temporada y disfrutó de su frescor y de la brisa que soplaba desde el mar al caer la tarde en la amplia terraza del Centro Social de Alándica, la pequeña ciudad donde había nacido y donde vivía desde entonces. Alrededor había grupos de jóvenes de edades parecidas a la suya. Algunos jugaban entre ellos utilizando los B-Ultimate, pero también había otros enfrascados en antiguos juegos de mesa. Siempre había algún que otro amante de los juegos antiguos. Sonaba una música relajante de fondo y había gente bailando despreocupadamente en un rincón.

—Todavía no me has contado qué tal fue la fiesta de graduación en la ESP —dijo Raquel después de un breve silencio.

—Oh, estuvo muy bien. Miguel dio un discurso brillante, en su línea.

—Eso no es novedad —replicó su amiga y, después de beber un poco, añadió, con una sonrisa maliciosa—. Me refiero a si pasó algo... tú ya me entiendes...

—¿Qué quieres que pase? —Irene ni siquiera se puso a la defensiva, como su amiga creía que haría, y añadió, encogiéndose de hombros— Comimos, bebimos y bailamos. La verdad es que nos lo pasamos muy bien. Me presentó a su hermano Abel, al que todavía no conocía, y también a otros compañeros de la ESP. Daba gusto conversar con ellos.

—Pero... ¿no estuviste en ningún momento a solas con Miguel? —insistió Raquel.

Irene se rascó la mejilla derecha, pensativa, antes de responder.

—Durante la fiesta... no. Ya sabes cómo son esas ceremonias. Todo el mundo quería felicitar a Miguel, decirle lo mucho que les había gustado su discurso... ese tipo de cosas. Y además estuvimos casi todo el rato bailando con los demás graduados.

—¿Y después? ¿Te acompañó a casa? —quiso saber su amiga.

—Sí —asintió Irene—. La verdad es que hacía una noche preciosa, se veían unas estrellas increíbles y era una gozada caminar dando un paseo. Hablamos un poco de la fiesta, de sus amigos... incluso me dijo que le hubiera gustado mucho que Cris estuviera allí. Me emocionó mucho que se acordara de él.

—Es normal. Eran muy amigos —observó Raquel.

—Es cierto. Y bueno, después de mencionar a Cris... me dijo que llevaba meses esperando a decirme que me quería.

Su amiga dio un respingo en el asiento y la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Me estás diciendo que se te declaró esa noche? ¿Y a qué esperabas para decírmelo? —exclamó, sorprendida.

Irene se encogió de hombros y se limitó a esbozar una sonrisa nerviosa.

—¿No me acabas de decir que no pasó nada? ¡Pues anda que si llega a pasar algo...! —exclamó Raquel en tromba— No sé, quizá para ti no sea noticia otra cosa que no sea la caída de un meteorito, ¡pero lo que acabas de decir sí es algo importante!

La joven rio abiertamente al escuchar estas palabras de su amiga, que no podía evitar exteriorizar abiertamente lo que pensaba.

—Irene —dijo Raquel poniendo su mano sobre la de ella—, hace tiempo que sé que Miguel siente algo por ti. Nunca me comentó nada, pero estoy segura de que te quería incluso cuando eras la prometida de Cris.

Irene se sorprendió tras esa confidencia de su amiga.

—¿En serio? Te juro que nunca me había dado cuenta.

—Porque tú estabas con Cris y no te preocupaba lo que pasaba a tu alrededor. ¡Ay, estos enamorados! ¡No se dan cuenta de nada!

—¡Mira quién habla! —exclamó Irene divertida— ¿Tengo que recordarte que estás prometida, guapa?

—No, cariño, eso ya lo sé —replicó su amiga con tono burlón—. Solo que, como tengo una relación a distancia, no estoy en ese estado de idiotez suprema todo el día.

Irene rio alegremente. Con Raquel siempre era así cuando estaban juntas, conseguía hacer que se sintiera bien incluso cuando estaba baja de ánimo. Se conocían desde que eran niñas y, a pesar de que se especializaron en profesiones distintas y durante unos años no se

vieron muy a menudo, su amistad perduró a lo largo de los años y de todos los cambios por los que habían pasado.

—¿Echas mucho de menos a Ben? —preguntó Irene, con una sonrisa.

Raquel suspiró y asintió.

—Aunque quedemos para vernos en majesNET, no es lo mismo.

—¿Sigue en Atlantia? —preguntó Irene.

—Sí. Está sirviendo en un proyecto de potabilización de agua. Está contento porque dice que está aprendiendo mucho allí. Hay muchos territorios nuevos por civilizar, y le encanta embarcarse en servicios como ese.

—¿Va a volver pronto?

—No creo. Seguramente iré a verle en vacaciones. Tengo curiosidad por ver cómo es un nuevo territorio. Nunca he estado en ninguno.

—Atlantia es enorme y apenas está habitado —observó Irene.

—Así es —asintió Raquel y, después de suspirar profundamente, añadió—. ¿Sabes? Por lo que me comenta Ben cuando nos vemos en majesNET, tengo la impresión de que querría quedarse a vivir allí.

—¿En serio? —exclamó Irene, enarcando las cejas— ¿Y tú qué harías si fuese así?

—¿Qué voy a hacer? —respondió Raquel— Pues ir con él, claro. Seguro que allí también habrá niños a los que educar. Por él me iría a la isla más perdida del mundo.

—¡Mira quién es la cursi ahora! —rio Irene. Y de repente se puso seria y, con una sonrisa triste, le dijo— Te comprendo, pero sabes que te echaré mucho de menos.

—¡No seas tonta! —Raquel le dio un golpe cariñoso en el brazo— Con los superdeslizadores llegarías a Atlantia en seis horas. Con el servicio que estás haciendo, tendrías el viaje más que ganado.

—No te quepa la menor duda de que iría a visitarte. Además, yo también tengo curiosidad por conocer un nuevo territorio.

Se quedaron durante un rato en silencio. La tarde ya estaba cayendo y muchos estaban abandonando el centro para ir a cenar a su casa. Irene pensó en lo mucho que le ayudaban a superar su pérdida esos momentos de conversación despreocupada, y quería disfrutarlos siempre que tuviera ocasión.

Entonces, de repente Raquel exclamó:

—¡Un momento! Al final me has cambiado el tema de conversación y no me he enterado de lo que sucedió después de que Miguel se te declarara. ¡Si serás pillina…!

Y como fuera que su amiga estaba expectante, Irene se vio obligada a responder, aunque a regañadientes:

—Bueno, yo… le dije que me parecía un buen amigo y que necesitaba tiempo para pensar.

—Una respuesta típica y tópica —sentenció Raquel, tajante.

—¿Qué querías que le dijera?

—Pero vamos a ver, chiquilla… ¿sientes algo por él?

Irene se mordió el labio unos segundos antes de responder.

—Bueno… me cae muy bien y me siento muy a gusto cuando estamos juntos, pero no sé… No puedo evitar dejar de pensar en Cris y en lo mucho que lo echo de menos. Fue una relación de seis años, Raquel, no puedo olvidarlo así como así. Teníamos planes, sueños, proyectos de vida en común, de formar una familia… y todo eso se fue al traste con el accidente que le costó la vida. No puedo simplemente pasar página y pensar en sustituirlo por otro.

—Nadie podrá sustituir a Cris, Irene —le dijo su amiga con un apretón de brazo cariñoso—. Pero te queda mucho tiempo hasta que abandones este mundo. ¡No pensarás en vivir sola en un hogar de solteros hasta el fin de tus días!

—Yo no he dicho eso —protestó Irene—. Lo único que digo es que necesito tiempo. Quiero saber si echo de menos a Miguel como estoy echando de menos a Cris, si siento que tengo con él la misma afinidad y la misma complicidad que sentía con Cris.

Raquel asentía mientras la escuchaba, con el semblante serio.

—Te entiendo —dijo, sin dejar de mover la cabeza—. Estas cosas no se pueden forzar. O lo quieres, o no.

—¡No es que no lo quiera! —volvió a protestar Irene— Pero...

—Pero no sientes mariposas en el estómago cuando estás con él —aventuró su amiga.

Irene asintió, con la vista fija en el suelo.

—No pasa nada —la animó su amiga, tomándola del brazo—. Como se dice siempre, el tiempo dirá.

Irene suspiró profundamente y levantó la vista para mirar a su amiga a los ojos.

—Sigo sin superar la pérdida de Cris, y siento que le estaría traicionando si me planteara otra relación ahora mismo —confesó.

Raquel le devolvió la mirada con una sonrisa llena de cariño y comprensión.

—Está bien, es normal que te sientas así. Nadie espera que alguien tan joven muera y eso lo hace más traumático. Ahora necesitas tiempo para superarlo y seguir adelante con tu vida y tu servicio.

Irene miró en dirección al mar, que desde allí no se veía pero cuya presencia se intuía en la brisa que alborotaba sus cabellos a esa hora del atardecer.

—¿Sabes? A veces Cris y yo nos imaginábamos que seguiríamos juntos en los mundos que nos esperan más allá, y que nos enviarían a los dos a resolver problemas por el universo.

Raquel sonrió y apuró lo que quedaba de su bebida.

—Ben y yo también hemos hablado de esto en alguna ocasión —reconoció—. No sé qué sucederá en el más allá, pero creo que las relaciones de allá arriba no son iguales que las de aquí abajo. ¿Quién te dice a ti que no te mandan a resolver problemas del universo con otras personas igual de afines? A lo mejor es algo

que forma parte del aprendizaje: hacer equipos con otros desconocidos compatibles.

—¡Quién sabe! —suspiró Irene, moviendo distraídamente su vaso, ya vacío.

—Igual también formas un equipo con Miguel allá arriba —conjeturó Raquel, guiñándole un ojo.

Irene rio abiertamente.

—¡Te noto muy empeñada en emparejarme con Miguel! —exclamó, dándole un golpecito amistoso en el brazo.

—¿Se me nota mucho? —preguntó Raquel en tono irónico, y las dos rieron de buena gana.

—Solo un poco —respondió Irene con una sonrisa.

—No, en serio, creo que los dos hacéis muy buena pareja. Sois amigos desde hace tiempo, os lleváis bien, estáis solos, me caéis fenomenal...

—Ya, pero eso no es suficiente —la interrumpió Irene—. El amor no es una fórmula matemática, no surge de la razón o de lo que más convenga.

—En eso estoy de acuerdo. ¡Pero estaría tan bien...! —suspiró Raquel mientras se apartaba un mechón de cabello que el viento había colocado en mitad de su rostro.

El sol ya se había puesto por el horizonte cuando las dos amigas se levantaron y se dirigieron a la salida. Como vivían en direcciones diferentes, se despidieron justo al salir del centro. Ya se habían dado los besos de despedida de rigor cuando Raquel dijo:

—Por cierto, no me has dicho qué te dijo Miguel después.

—Me respondió que no le importaba, que esperaría todo el tiempo que fuera necesario a que yo superara mi duelo particular. Me dijo también que quería que nos siguiéramos viendo como amigos mientras tanto, y que esperaba que su declaración no nos distanciara.

—¡Qué bonito! —exclamó Raquel en tono burlón, aunque se notaba que estaba conmovida y quería disimular— ¡Ya te lo he dicho, creo que haríais una buena pareja!

—¡Está bien, está bien! —rio Irene con los brazos levantados, como pidiendo una tregua— ¡Mira que eres pesada!

—No soy pesada, me preocupo por ti, que es distinto —replicó Raquel guiñándole un ojo—. ¡Bueno, me largo a casa! ¡Nos vemos, guapa!

Irene hizo un gesto de despedida con la mano y se dirigió a su casa con una sonrisa en los labios.

10

El proyecto Pioneros XXI estaba resultando ser muy revelador respecto a la historia de finales del siglo XX y la primera mitad del siglo XXI. Una vez cada dos semanas, el equipo del que Irene formaba parte celebraba una holoconferencia para poner en común lo que habían descubierto. A pesar de que no se conocían antes de que comenzaran a trabajar juntos, no pasó mucho tiempo sin que compartieran su entusiasmo. Así, día tras día, iban añadiendo piezas para completar el gran rompecabezas de la historia previa al Desastre.

Había algo en aquel proyecto que estaba despertando algo en Irene. Conocer cuáles eran las inquietudes de los pioneros le hacía apreciar el mundo en el que vivía precisamente por contraste.

Muchas veces, mientras se dedicaba a cuidar el huerto familiar o a regar las plantas del patio trasero de

su casa, recordaba lo que había encontrado buceando en Magallanes a primera hora de la mañana. Siempre le había costado desconectar del servicio en el que se encontraba inmersa, pero ahora ni siquiera lo intentaba porque tenía la impresión de que la civilización de hacía dos siglos le estaba enseñando algo que podía utilizar para su progreso personal.

Lo primero que le había llamado la atención era comprobar el gran consumismo que impregnaba toda la sociedad predominante en aquella época, la llamada «sociedad occidental». Irene sonrió mientras pensaba que ahora, dada la distribución geográfica de la humanidad, términos como «Oriente» y «Occidente» no tenían mucho sentido.

«Por fortuna, ahora estamos mucho más mezclados», se dijo. Ella misma era un ejemplo de esa mezcla. Sus ojos eran verdes y grandes, su cabello era castaño oscuro, espeso y muy rizado, y su piel muy blanca aunque enseguida se bronceaba con el sol y adquiría un tono tostado en verano con el trabajo en el huerto o al aire libre. Era de complexión delgada y de estatura normal para una mujer de aquel tiempo. Aunque, si hubiera que juzgarla según los patrones del siglo XXI, sin duda la habrían definido como alta.

Realmente la estatura media había aumentado en dos siglos.

Irene había tenido acceso también a mapas de la época, y se sorprendió de lo mucho que había cambiado la distribución de la tierra firme y de los océanos. Hace dos siglos Alándica, la ciudad donde ella vivía, de haber existido habría estado 50 kilómetros alejada de la costa. Ahora tenía kilómetros de playas de arena blanca.

El Desastre supuso la desaparición de todas las grandes urbes costeras del mundo. Ciudades como Nueva York, Los Ángeles, Londres o Tokio, entre muchas otras, yacían bajo el mar y ahora eran lugares fantasmagóricos donde habitaban los peces. Dos siglos después, pocos se habían aventurado a explorar aquellas urbes del pasado. Quizá nunca se explorarían. El mar había ganado mucho terreno en términos generales y no era precisamente el hábitat de los seres humanos.

Las megaurbes desaparecieron todas con el Desastre. Desde hacía al menos un siglo no se permitía que ninguna ciudad sobrepasara el millón de habitantes. Ni siquiera cuando el crecimiento demográfico pudo haberlo permitido.

Sin ir más lejos, Alándica apenas sobrepasaba las cincuenta mil almas, y ella estaba encantada con ese

tamaño. Le gustaba conocer a todos los que se cruzaban con ella, aunque solo fuera de vista. Por suerte, majesNET había permitido que tanto la población como los servicios se distribuyeran uniformemente por el territorio, de modo que las ciudades grandes dejaron de tener sentido hacía mucho tiempo.

Gracias a Magallanes, Irene tuvo acceso a información gráfica y escrita sobre esas megaurbes del pasado que ahora no eran más que arrecifes de acero y cemento. Al contemplar los rascacielos sentía una extraña fascinación, pues en ocasiones formaban un conjunto monumental impresionante, casi una obra de arte inmensa. Pero sabía que en aquel entonces la mayoría de sus habitantes vivía en edificios parecidos, unos encima de otros, y caminaban por calles atestadas de otras personas mientras las calzadas estaban llenas de vehículos ocupados por gente que iba de casa al trabajo o viceversa.

«Eran hormigueros. Las personas de entonces se veían como hormigas, todas iguales», pensaba.

Una vez, vio una fotografía de un cementerio y le parecieron réplicas de ciudades.

«Nichos-colmena para habitantes de casas-colmena, y tumbas-panteón para habitantes de casas-panteón», se dijo Irene. «Hasta para morir había clases.»

Porque, si algo era la población del siglo XXI, era muy diversa. A Irene le parecía fascinante que las personas fueran tan distintas y tuvieran un nivel de vida tan dispar según la zona geográfica habitada. Junto con pueblos que seguían viviendo como en épocas prehistóricas, había otros que estaban muy tecnificados. El nivel tecnológico, ese era el criterio para determinar el grado de progreso de cualquier nación. Ni el nivel espiritual ni la felicidad de sus habitantes ni el bien común computaba en esos cálculos.

¿Y qué opinaban los pioneros de todo eso?

Por lo que Irene había podido investigar, desde principios de siglo no hacían más que aumentar las voces que alertaban de los peligros de un crecimiento tecnológico sin considerar las implicaciones éticas. Pero entonces eran demasiado pocos y la avaricia estaba demasiado extendida como para echar el freno. Hizo falta el Despertar para que todo eso cambiara radicalmente.

Uno de esos días, después de pensar sobre todo aquello mientras cuidaba del huerto familiar, Irene pensó que sería buena idea releer las *Crónicas del Despertar*. Hacía ya un tiempo que las había leído, y ahora que tenía más información sobre la época

inmediatamente anterior, quería volver a ellas para darles un contexto que hasta ahora no habían tenido.

Levantó la vista hacia el cielo. El sol lucía alto en el cielo, como correspondía al principio del verano en aquellas latitudes. El calor empezaba a ser intenso, así que regresó a su casa a beber un poco de agua fresca. Pensó en aquellas pobres gentes del siglo XXI que tenían que trabajar ocho horas diarias o más, y se preguntó si era posible vivir una vida plena y consciente ocupados durante tantas horas en un trabajo alienante.

«Sin duda debió ser difícil para las mentes despiertas de aquella época», pensó. Y, limpiando el sudor que hacía rato que perlaba su frente, regresó a la dulce sombra de su casa a descansar.

11

«La sociedad humana de nuestra época tenía una capacidad limitada de recuperarse de las catástrofes.

»Si había un terremoto o un huracán especialmente virulento en alguna parte del mundo, el país afectado solía tener los recursos para reparar los daños materiales y para atender a los heridos.

»Todo era una cuestión de dinero y de capital humano. Era necesario que hubiera dinero para comprar materiales, y hombres y mujeres dispuestos a trabajar para reconstruir lo que la naturaleza había destruido.

»Pero… ¿qué podía ocurrir cuando los temblores, las inundaciones, las erupciones volcánicas, los huracanes y los tsunamis eran tantos y tan frecuentes en todos los rincones del globo?

»Simple y llanamente: no había nada con que reparar todo el daño, y las bajas humanas eran demasiadas.

»Los gobiernos al principio intentaron llevar a cabo la reconstrucción de aquello que había quedado destruido, pero apenas comenzaban los trabajos se encontraban con que otro temblor de tierra había causado estragos en otra zona del país. Muy pronto se vieron impotentes ante la magnitud de las catástrofes naturales que sobrevenían.

»Algunos gobernantes llevaron a sus países a la quiebra por su empeño en no comprender que no podían hacer frente económicamente a las catástrofes.

»Los países más perjudicados eran aquellos que tenían costa, pues el mar arrasó muchas ciudades. Los supervivientes huyeron tierra adentro, pero muchos perecieron por las epidemias provocadas por la falta de agua potable.

»Las bacterias parecieron propagarse con la misma rapidez que morían los seres humanos. A la escasez de antibióticos se sumó el hecho de que muchas de aquellas bacterias eran resistentes a ellos. Solo los más fuertes, o los que simplemente tuvieron la suerte de estar alejados de un foco de contagio, pudieron sobrevivir a los ataques de esos enemigos microscópicos pero letales.

»Los volcanes decidieron unirse a los temblores de tierra y escupir lava y cenizas. Tantas cenizas salieron a la atmósfera que provocaron un invierno prolongado en todo el mundo.

»Recuerdo que mi padre decía, sentado junto al fuego en nuestra tienda-refugio, después de diez días de lluvia ininterrumpida: "Solo faltaría que cayera un meteorito".»

»Pero no hacía falta que viniera ninguna roca del espacio exterior para vivir el Apocalipsis en pleno siglo XXI: lo estábamos viviendo en vivo y en directo. Y no había nadie para retransmitirlo por televisión.»

Testimonio de Alvin K.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

12

Otra de las cosas que llamaba la atención a Irene de aquella sociedad antigua es que se hablaba mucho de trabajo y muy poco de servicio.

En el mundo en que vivía Irene, la palabra «trabajo» se consideraba en desuso y muy pocos la empleaban. En su lugar, utilizaban el término «servicio» para indicar todo aquello que hacía cada miembro de la sociedad para ganarse el derecho al sustento y a todos los beneficios de vivir con otros seres humanos.

Había algo en esa palabra que repugnaba a muchos. De algún modo, se había ido transmitiendo de generación en generación la idea de que el trabajo era algo sucio, impersonal, que no surgía del deseo de hacer el bien a los demás sino del puro egoísmo personal, del lucro por el lucro, del tener más para ser más.

Una tarde, Irene fue al centro de provisiones más cercano a su casa para realizar el abastecimiento semanal de alimentos y otros productos para su hogar, cuando se encontró con una escena que hubiera preferido no presenciar.

En uno de los mostradores de salida, donde los clientes, una vez tomaban lo que necesitaban, mostraban su identificación para acreditar que tenían derecho a llevarse los artículos del centro, estaba Max y una de las responsables del centro, una mujer de unos cincuenta años a la que Irene conocía bien, pues era amiga de su madre.

Irene, al ver a Max, se dirigió directamente hacia allí para averiguar qué ocurría.

—¿Pasa algo, Isabel? —preguntó la joven, llamando a la mujer por su nombre de pila.

La mujer parecía incómoda, y con una sonrisa forzada respondió:

—Hola, Irene, ¿qué tal estás? ¿Conoces a este chico?

—Sí, es amigo mío. ¿Qué sucede? —respondió la joven mientras miraba de reojo a Max, que seguía adoptando la típica expresión ausente e indiferente que tanto la desesperaba, aparentemente ajeno a la aparición de su amiga.

—Verás —explicó la mujer, procurando no levantar la voz para que no la oyera nadie más—, tu amigo ha venido al centro a llevarse unos artículos y, al pasar su identificación, majesNET ha desautorizado el suministro.

—Seguro que debe haber un error… —comenzó a decir Irene, pero la mujer la interrumpió.

—Lo hemos comprobado varias veces. Tu amigo Max no tiene derecho a llevarse ningún artículo del centro de provisiones.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó Irene, aunque ya la sabía. Si no había ningún error, solo podía haber un motivo por el cual se denegaba a alguien llevarse artículos del centro.

—Al parecer, no ha cubierto su cuota de servicio durante el último mes —respondió la mujer, confirmando las sospechas de la joven.

Irene miró a Max, que rehuyó su mirada y fijó la vista al suelo. La joven no pudo dilucidar si estaba avergonzado o simplemente le daba igual todo aquello.

De todas formas, fuera cual fuese la actitud del joven, ella sentía que tenía que echarle una mano, así que preguntó a la responsable:

—¿Sería posible que yo me hiciera cargo de sus artículos?

La mujer pareció sorprenderse, pero respondió inmediatamente:

—No hay ningún problema, siempre que tengas cubierta tu cuota de servicio.

—Por supuesto —contestó Irene—. Aquí tienes mi identificación. Pero te pediría que, puesto que tengo que llevarme más cosas, dejemos este trámite para después.

—De acuerdo —asintió la mujer—. Llévate las cosas del chico y hacemos cuentas al final —y, dirigiéndose a Max, le dijo—. Tienes suerte de tener una amiga como ella.

El joven se encogió de hombros y, sin decir nada, siguió a Irene por el centro de provisiones. No dijo ni una palabra durante todo el recorrido, y la joven tampoco quiso iniciar la conversación.

Una vez hubo terminado de tomar los artículos que necesitaba, Irene se dirigió a la salida, donde Isabel se encontraba. Después de que la joven mostrara su acreditación, la mujer asintió y, mientras la ayudaba con los artículos suministrados, le dijo en voz baja para que Max no la oyera:

—Está bien que ayudes a alguien en apuros, pero sabes que no podrás ayudarlo para siempre —y señalando al joven, que ya salía por la puerta, añadió—. Tiene que cubrir su cuota de servicio, como hacemos

todos. Si no lo hace, está aprovechándose de sus semejantes. Ya sabes que es un delito grave no realizar servicios para la comunidad.

—Lo sé, Isabel, lo sé —asintió Irene—. Max no es un «gorrón» —y dijo esta palabra en voz baja, pues en aquellos tiempo era un insulto grave—. Tiene un problema y tiene que solucionarlo, eso está claro, pero de momento está enfadado con el mundo.

—Pues estaría bien que busque ayuda —replicó Isabel—. No me parece justo que se aproveche de ti, Irene. Te lo digo porque te conozco desde que eras una chiquilla y te aprecio.

Solo cuando ya habían salido del edificio, Max preguntó a Irene:

—¿No vas a darme ningún sermón de hermana mayor?

Irene suspiró profundamente, mientras se lamentaba de que fuera tan difícil mantener una conversación con Max que no pusiera a prueba su paciencia.

—¿Para qué? No serviría de nada —respondió la joven finalmente, encogiéndose de hombros.

—Tienes razón. Como siempre, hablas con la voz de la sabiduría —replicó el joven, con cierto tono irónico que disgustó a Irene.

—No voy a darte un sermón, pero quiero dejar una cosa clara —dijo Irene mientras colocaba los artículos en el deslizador que había tomado para llevarlos a casa—. Es la última vez que te echo una mano con un problema que te has buscado tú solo.

—No te he pedido ayuda, que yo sepa —replicó Max, fríamente.

—Lo sé, lo sé, pero en serio… ¿qué pensabas? ¿Qué ibas a poder llevarte artículos del centro de provisiones sin cubrir tu cuota de servicio? Sabes perfectamente que no es posible.

El joven se encogió de hombros y no respondió. En ese momento, Irene tuvo muy claro que su amigo necesitaba ayuda psicológica. No era normal que se comportara así. Siempre había sido un muchacho introvertido y callado, pero su actitud indiferente parecía ocultar una tristeza que seguramente estaba rozando la depresión. Probablemente, aquel episodio en el centro de provisiones había sido un grito de socorro, y en ese momento Irene se alegró de haber estado allí para solucionarlo.

—Escucha, Max —dijo, tomándolo del brazo y obligándolo a mirarla a los ojos—. Sé que no estás bien. Creo que deberías ir a un terapeuta, si no has ido ya. Conozco a una amiga a la que podrías visitar. Si

empiezas un tratamiento, tendrás cubierta tu cuota de servicio y podrás evitar situaciones como la de hoy.

En ese momento Max pareció reaccionar, y la joven pudo ver que dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—Sí, creo que necesito ayuda —dijo, con la voz quebrada.

Irene esbozó una sonrisa comprensiva y le dio un abrazo que acabó por bajar sus defensas.

—Estupendo. No te preocupes, yo me encargo de concertar una cita con la terapeuta. Y si quieres que te acompañe, iré contigo.

—Te lo agradezco —respondió el joven, intentando sonreír, aunque solo lo consiguió a medias.

Irene subió al deslizador, lo puso en marcha y con un gesto le invitó a subir, diciendo:

—¡Sube! Te llevaré a casa.

Y el joven, sin pensárselo dos veces, montó en el deslizador, que en cuestión de segundos se elevó y se dirigió a buena velocidad hacia el sol poniente.

13

Según pudo saber Irene, hubo varias crisis económicas importantes en el siglo XXI que trajeron mucho sufrimiento a países enteros. Bueno, quizá debería decir a la mayoría de los habitantes de esos países, pues habían algunos (los menos) que ganaron muchísimo dinero a costa de aquellas crisis. En aquel entonces les llamaban «el uno por ciento», que hicieron suyo el antiguo refrán de «a río revuelto, ganancia de pescadores».

La joven no pudo profundizar mucho en las causas de esas crisis económicas, pero no tuvo que escarbar mucho para darse cuenta de que aquellos altibajos en el sistema económico se debían al dominio absoluto del afán de lucro, a la avaricia insaciable de los seres humanos de aquellos tiempos.

La joven no podía entender el ansia de tener dinero. Se imaginó que por el poder que iba ligado a él, ya que era imposible que algunos de los más ricos del planeta pudieran gastar en el transcurso de su corta vida terrenal el dinero que habían ganado. Entonces, ¿para qué lo tenían? Era algo que simplemente no podía concebir.

El poder de aquella época iba ligado a la posibilidad de coartar la libertad de otros, de hacerlos sufrir, de dominarlos mediante el miedo o cualquier otro poder de coerción. Pero, ¿qué satisfacción podía derivarse de eso? Era simplemente perverso. ¿Acaso ese poder los hacía sentirse como pequeños dioses? ¿Cómo podían, ya no ser felices, sino dormir bien por las noches? La joven simplemente no podía concebir que pudiera haber verdadera dicha del alma en esa actitud hacia otras personas, en ver a otros seres humanos como medios para obtener fines determinados.

Irene no concebía otro poder que el de servir a sus semejantes. Era lo que le habían enseñado y lo que había vivido, y era feliz.

Por desgracia, esa manera de pensar no era exclusiva de los poderosos. Entre la gente normal y corriente también había calado hondo esa mentalidad del «tanto tienes, tanto vales». El que conseguía un poco

de dinero solo pensaba en adquirir bienes materiales simplemente para hacer alarde de estatus social. Se aparentaba mucho en aquella época, y mucha de la producción de bienes estaba orientada justamente a eso. Algo que en la sociedad de Irene brillaba justamente por su ausencia.

En ese sentido, los pioneros manifestaban una manera de vivir muy parecida a la de la sociedad en la que Irene vivía, y eso le pareció a la joven especialmente admirable, dado el ambiente predominante que tan adverso era a esa concepción. Por sus palabras, se les veía que disfrutaban enormemente ayudando a sus semejantes y animaban a otros pioneros cuando estos confesaban sentirse abrumados a veces por el capitalismo salvaje en el que vivían. De hecho, les enorgullecía enormemente comprobar que su actitud servía como ejemplo a otros, que podían experimentar en carne propia que era posible cambiar del afán de lucro al afán de servicio.

A veces, la joven no podía por menos que estremecerse al ver las barbaridades que llegaban a cometerse simplemente por ganar más dinero. Le parecía simplemente suicida el dogma empresarial de que los beneficios habían de aumentar cada año. Porque, primero, era imposible que todos aumentaran

beneficios, luego eran muchos los que se quedaban en el camino y eso, en la sociedad en la que ella vivía, era impensable; y segundo, producir más equivalía a esquilmar el planeta. Y bastante habían pagado los humanos futuros ese afán depredador del medio ambiente. De hecho, la joven estaba convencida de que no se habría producido ningún Desastre si los humanos de entonces hubieran sido más respetuosos con la Madre Tierra.

El beneficio por el beneficio había llevado a la humanidad casi a la extinción, y había herido muy gravemente al planeta con su afán depredador.

«Por suerte, la humanidad no desapareció del todo, y los que quedaron parecieron aprender la lección», pensó Irene. «Y la Tierra pudo recuperarse de sus heridas».

Echó un vistazo por la ventana de su habitación. El cielo estaba limpio de nubes y hacía calor, pero afortunadamente no tanto como para ser insoportable. En Gran Hispania, la isla ibérica en la que vivía, de vez en cuando había veranos muy calurosos y húmedos e inviernos muy fríos y duros, pero afortunadamente todas las casas habían sido construidas para mantener de manera natural una temperatura interior agradable tanto en invierno como en verano. Aunque siempre

podían echar mano de los acondicionadores que funcionaban con energía última, en caso de que la temperatura interior causara incomodidad. Todas las casas tenían uno y formaba parte de sus componentes básicos.

Ya había dejado de trabajar con Magallanes por ese día, pero se había guardado unas imágenes que había encontrado en su búsqueda de información y de repente le apeteció volver a mirarlas. En algunas de ellas había ciudades que ahora no eran más que ruinas sumergidas, pero en otras podían verse paisajes naturales de muchos tipos distintos. Le gustaba especialmente contemplar esas fotografías de lugares que se habían perdido para siempre, pues le daba la impresión de que, si esas imágenes habían podido ser capturadas en instantáneas, no se habían perdido del todo. Al menos ojos humanos del futuro habían podido verlas.

Desde que los hielos polares se fundieron a raíz del Desastre, el clima había cambiado radicalmente. Las corrientes marinas o bien habían modificado su recorrido o simplemente habían desaparecido, lo que tuvo consecuencias en la distribución de las lluvias y produjo cambios en la temperatura de ciertas zonas del planeta. Zonas antes habitables habían pasado a tener

temperaturas demasiado extremas para que los seres humanos pudieran vivir cómodamente en ellas. Pero también es cierto que lo que fueron desiertos comenzaron a tener más lluvia de la que habían tenido en miles de años, con lo que se convirtieron en bosques y tierras cultivables al cabo de varias décadas.

«La Tierra ha cambiado tanto que no volverá a ser igual», pensó Irene mientras contemplaba las imágenes. «Pero ahora ya hemos aprendido la lección. Es una lástima que tantos ecosistemas, tantos paisajes naturales hayan desaparecido. Al menos nos queda el recuerdo y el mensaje que nos transmitieron, para que no suceda nunca más. Al menos, no a manos del hombre.»

14

«La combinación de terremotos y erupciones volcánicas provocó inundaciones de las costas y de los territorios adyacentes, así como la aparición de nuevas tierras debido al empuje de la lava que surgía de las profundidades de la tierra, en las cordilleras oceánicas.

»Todo el que pudo emigró tierra adentro, donde la invasión del mar no alcanzara y el terreno estuviera más o menos estable. Fue un éxodo realmente penoso y accidentado en el que perecieron millones de personas debido a los rigores del clima, la malnutrición, el cansancio y las enfermedades infecciosas.

»Quizá algún día alguien escriba el relato de ese éxodo como una epopeya del triunfo de la perseverancia humana, pero ahora simplemente estamos demasiado fatigados y ocupados en mantenernos con vida para hacerlo.

»Por ahora, queremos que este testimonio sirva para que la humanidad no olvide que estuvo cerca de desaparecer. Ojalá sirva también para que en ningún momento de la historia futura se vuelvan a repetir los mismos errores que nos llevaron al borde del precipicio.

»Hermanos del futuro: olvidad el afán de lucro, olvidad el ansia de consumir y de poseer bienes materiales. Abandonad todo afán por tener más y más, pues esa ansia depredadora ha estado a punto de destruir a la humanidad y al planeta que le da cobijo.»

Testimonio de Peter L.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

15

«Queridos amigos. Ante todo, quiero dar gracias por concederme el gran honor de pronunciar el discurso de la promoción de la Escuela de Servidores Públicos. Por supuesto, estoy convencido de que cualquiera de mis compañeros de promoción sería capaz de ofrecer unas palabras igual o incluso mejor que las mías. Por ello, me siento con la gran responsabilidad de representar de la manera más digna posible no solo a mí mismo, sino también a mis compañeros de promoción.

»Esta es una ocasión especial, pues la Escuela de Servidores Públicos (o ESP) celebra 100 años de funcionamiento. En estos cien años, se ha encargado de proporcionar al mundo numerosos servidores públicos preparados de manera excelente para dirigir el mundo de acuerdo con los principios más elevados de ética y

servicio hacia nuestros semejantes. Como muy bien sabéis, ellos se encargaron de diseñar la organización política actual de cien estados organizados en un Consejo Federal Mundial y subordinados a él. El camino no fue fácil, pero a base de ensayos y errores se organizó una buena administración. Y no la calificaré de óptima, pues dicen que a veces lo óptimo es enemigo de lo bueno.

»En todos estos años de estudio en la ESP, creo que hablo en nombre de todos mis compañeros si afirmo que tenemos meridianamente claro cuál es nuestro propósito al salir de la escuela, y es el de servir a nuestros semejantes con las habilidades que hemos aprendido. No buscamos honor, no buscamos poder, no buscamos simplemente llenar nuestras horas de servicio para cubrir el expediente. Nuestra única ambición es la de poner nuestras habilidades al servicio de los demás para que la sociedad en su conjunto avance y sus miembros puedan dedicarse a la noble meta de cultivar cuerpo, mente y espíritu, a la vez que nosotros también trabajamos por mejorar a todos los niveles.

»Tras nuestro paso por la ESP; tenemos claro que hay que dedicarse a la Política con mayúsculas, no a la política con minúsculas de siglos pasados que nos

acabó llevando al Desastre. En un antiguo diccionario se definía “política” como “arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados”, y así es, pero esta definición solo abarca una parte de lo que la Política significa. La Política es también “un quehacer ordenado al bien común”. Nunca, nunca debemos perder de vista que la Política debe ir dirigida al servicio a nuestros semejantes, para que ni uno solo de nuestros hermanos se vea desamparado.

»Por supuesto, también hemos de velar por que todos aporten su contribución a la sociedad, de manera que nadie se aproveche del esfuerzo de otros sin dar nada a cambio. Esa lacra por desgracia todavía no ha desaparecido del todo, y como recién graduados, estaremos vigilantes, allá donde desempeñemos nuestros servicios, para que nadie abuse de sus semejantes. Todos hemos hecho nuestro el lema de “dar según nuestras capacidades, dar a cada uno según sus necesidades”. Y no solo nos hemos comprometido a cumplirlo, sino también a hacerlo cumplir allá donde vayamos

»Se dice de cada promoción que trae el futuro de la organización administrativa y política. Pero, ¿cuál es la meta final a la que debemos avanzar como sociedad? Todos sabemos cuál es la sociedad ideal: la que se hará

realidad cuando este mundo alcance el estado de luz y vida. Y todos sabéis que, en ese lejano futuro que se nos describe en nuestro querido libro azul, la mejor administración, la mejor gestión, es la que no existe colectiva sino individualmente. Nuestra meta es la autogestión, el autogobierno. En ese remoto día, la humanidad no necesitará de gobernantes, pues cada uno será su propio gobernador.

»Mientras tanto, a lo largo de los siglos (y probablemente milenios) que transcurrirán hasta que lleguemos a ese estado ideal, en el que nuestra ética y nuestra sabiduría sea tan elevada que no necesitemos a nadie que vele por el orden público ni cuánto tiempo hemos de dedicar al servicio, hemos de ir reduciendo poco a poco el tamaño de la administración, a medida que el avance ético y espiritual de la humanidad se vaya desarrollando. Como promoción, también nos comprometemos a trabajar en dirección a esa meta final, y no solo a limitarnos a que las cosas funcionen más o menos bien. El trabajo presente es importante, pero no hay que perder de vista la construcción de nuestro futuro como humanidad.

»Y para finalizar, quiero dar las gracias a…»

Irene detuvo la holograbación del discurso de Miguel en la ceremonia de fin de curso de su promoción.

Justo ese día había recibido un correo de Miguel en el que le decía que estaba disponible en majesNET la ceremonia completa de graduación, y sintió el deseo de volver a recordar las palabras del joven al respecto de la política y la administración de los servicios públicos. Aunque disfrutó rememorando aquel día y lo bonita que había sido la ceremonia, lo que quedaba por ver y escuchar era la parte de agradecimientos y la entrega de los diplomas acreditativos. Nada importante.

Justamente hacía pocos días la joven había estado obteniendo en Magallanes información muy interesante sobre cómo se ejercía la política en el siglo XXI y, una vez más, le pareció abismal la diferencia que existía entre aquella sociedad y la de su tiempo.

El siglo XXI no había estado exento de política, desde luego, pero de la mala política. Buceando por noticias y artículos de opinión que descubrió por aquí y por allá, los políticos de aquel tiempo estaban muy alejados del objetivo de garantizar el bien común de sus ciudadanos; más bien gobernaban para el beneficio de grandes empresas y, desde luego, de sus propios intereses. De hecho, los objetivos de empresas y políticos solían ser los mismos: el lucro de los más privilegiados. El noventa y nueve por ciento restante eran consumidores y votantes respectivamente para

ellos. Todo seguiría bien mientras ellos estuvieran repartiéndose los beneficios del negocio.

¿Y los ciudadanos? Algunos, una pequeña parte, protestaban y luchaban. La mayoría estaban como dormidos, manipulados por los medios de comunicación, anestesiados de tal manera que solo buscaban adquirir bienes materiales de consumo fugaz que se supone les traerían una felicidad tan efímera como lo eran esos mismos artículos. Parecían huir hacia delante, como si pensaran que el planeta les proporcionaría recursos infinitos y que no debían preocuparse por el futuro. De hecho, era algo que les habían hecho creer durante todo este tiempo, aunque había cada vez más voces que clamaban por un cambio de modelo de sociedad.

Pero esos, los que protestaban, los que se rebelaban, eran los pájaros de mal agüero, los que decían verdades incómodas. La mayoría no quería escucharlos. Preferían pensar que la sociedad en la que vivían duraría para siempre tal como lo había hecho hasta entonces. Mientras tuvieran trabajo y dinero, todo iría bien.

¿Y qué pensaban los pioneros de todo aquello?

Según pudo investigar Irene, y aunque todos tenían opiniones políticas y se interesaban mucho por

conocer mejor la sociedad y el tiempo en el que vivían, no se caracterizaron precisamente por participar en política. En parte porque era un actividad muy desprestigiada por aquel entonces, y en parte porque, según pudo leer en muchas de sus declaraciones, creían que su misión era la de contribuir al despertar espiritual de la humanidad, y que ese despertar llevaría por añadidura una regeneración de las actividades humanas, en las que la política estaba, desde luego, incluida.

Bien mirado, no dejaban de tener razón. Si la humanidad consiguió superar el Desastre fue precisamente porque poco después, en un momento dado, hubo un Despertar ético y espiritual que hizo que, lentamente y no sin dificultades, la humanidad surgiera de sus cenizas y fuera prosperando gradualmente en el plano mental y espiritual.

Como dijo Miguel, a la política en minúsculas le siguió la Política en mayúsculas. Y en ello estaban.

16

Irene estaba haciendo sus ejercicios matutinos junto al mar cuando se encontró con Max, que iba corriendo descalzo por la arena húmeda y apelmazada de la orilla.

—¡Hola, Max! —le saludó animadamente sin dejar de hacer sus ejercicios— ¡Qué sorpresa verte por aquí tan temprano!

El joven se detuvo frente a ella y, jadeando por el esfuerzo realizado, respondió:

—Si, últimamente procuro salir a correr un poco cada día. Me tenía muy abandonado. Además, desde que estoy haciendo ejercicio regularmente me encuentro de mejor humor. Fue un consejo de tu amiga terapeuta, ¿sabes?

—¿En serio? Pues me alegro mucho de que hayas decidido ponerte en forma. La verdad es que al principio

puede dar pereza, pero después el cuerpo parece pedirlo.

El joven asintió, sonriente. Irene se alegró de ver esa expresión relajada en su rostro. Hacía mucho tiempo que no veía a Max tan animado, por lo menos desde antes que muriera su hermano Cris.

Irene dejó sus ejercicios, se sentó en la arena cruzando las piernas e invitó a Max con un gesto a que se sentara junto a él, cosa que el joven hizo. Era pleno verano y el sol lucía ya alto en el cielo sin apenas nubes que atenuaran sus rayos. Las gaviotas graznaban a lo lejos, mar adentro. Era primera hora de la mañana y el día prometía ser espléndido.

—Por cierto, ¿qué tal va la terapia? – preguntó la joven.

Max suspiró profundamente y levantó la cabeza para dejarse invadir por los rayos de sol antes de responder.

—Muy bien. ¡Ojalá la hubiera hecho antes! Me habría ahorrado mucho sufrimiento. Me ha hecho enfrentarme al origen de mi dolor y he comprendido lo autodestructiva que era mi actitud. Ahora estoy empezando a sentirme liberado. En serio.

—¡No sabes cuánto me alegro de oír eso! –exclamó Irene llena de alegría, y le rodeó con su brazo en un gesto cariñoso.

Max aceptó con agrado el abrazo y su sonrisa se ensanchó.

—¿Sabes? —le dijo— Tengo que reconocer que tenías razón.

—¿Razón? ¿En qué?

—En que los infortunios no son castigo de Dios. Simplemente pasan. Me ha costado muchas lágrimas comprenderlo, pero es verdad.

Irene suspiró, aliviada. Le pareció que se había obrado un gran cambio en su amigo, y le dio gracias al cielo. «Mis oraciones han funcionado», pensó para sus adentros.

—Un buen día, hará un par de semanas, salí de terapia y vine aquí a caminar un poco y ordenar mis pensamientos. Y de repente lo comprendí todo —confesó Max—. Fue como si mi chispa divina por fin hubiera encontrado la manera de transmitirme ideas. ¡Lo recuerdo como si fuera ahora mismo! Me di cuenta de que vivimos en un mundo donde puede haber accidentes y donde la gente comete errores porque tiene libertad de elegir, lo que implica que no siempre van a

elegir lo correcto. Y en ninguno de los dos casos Dios tiene nada que ver.

Max se quedó de nuevo en silencio, disfrutando de la brisa marina que acariciaba su rostro. La joven estaba asombrada de ver a su amigo tan locuaz, cuando durante los últimos meses casi había que arrancarle las palabras de los labios.

—Pero también he aprendido algo más —prosiguió el joven—. He aprendido que todos estos sinsabores nos ayudan a ser más fuertes si los consideramos como fuente de experiencias. Por fin he comprendido que son las tempestades las que hacen a los buenos marineros. ¡Y estoy decidido a ser un buen capitán!

—¡Eso es lo que intentaba hacerte comprender! —exclamó Irene— Así es como lo entiendo yo también.

Max se volvió hacia ella y le dijo, sin perder la sonrisa:

—Tengo que agradecerte muchas cosas, Irene. Gracias a ti he podido afrontar mi dolor y comprender que así no iba a llegar a ningún sitio. ¡Eres una buena amiga, una amiga de verdad! Aunque para mí eres como de la familia, como una hermana mayor.

—Ya tienes hermanas mayores —replicó la joven, guiñándole un ojo.

—Sí, mis primas, y me llevo muy bien con ellas —concedió Max—. Pero tengo una hermana más. Cris se fue, pero quedaste tú.

Irene no pudo evitar emocionarse y que una lágrima estuviera a punto de escaparse de sus ojos. Bajó la vista y dijo, esforzándose porque no se le quebrara la voz:

—Gracias, Max. Yo también te considero como un hermano para mí, como el hermano pequeño que nunca tuve al ser la pequeña de mi familia.

Estuvieron durante unos segundos en silencio, escuchando el relajante sonido de las olas que iban y venían por la orilla y que en ocasiones se acercaban mucho a ellos, aunque sin llegar a lamer sus pies.

—¿Vas a seguir con la terapia? —preguntó Irene, mientras jugueteaba con la arena.

—Sí, creo que iré durante unas semanas más, pero siento que ya casi he acabado. Ahora tengo que pensar en lo que voy a hacer, a qué voy a dedicar mis horas de servicio. Justamente eso, decidir a qué voy a dedicar mi servicio a partir de ahora, es lo que me preocupa más estos días.

—¿No vas a seguir con lo que habías hecho hasta ahora?

—Creo que no —respondió Max, estirando las piernas—. Llevo días meditando sobre esto, y siento que me iría bien cambiar de aires y aceptar nuevos desafíos.

—¿Cambiar de aires? ¿Estás pensando en irte de Alándica?

El joven asintió con la cabeza.

—No solo eso, sino en irme a uno de los nuevos territorios. A Pacífica, por ejemplo.

—¿A Pacífica? —se asombró Irene— ¡Eso está a medio mundo de distancia! ¿Por qué allí precisamente? Si buscas un nuevo territorio, Atlantia está mucho más cerca.

—Es cierto —concedió Max—. Pero por lo que sé, Pacífica está apenas en las primeras fases de colonización, a diferencia de Atlantia. Y me apetece un gran desafío. ¡Allí no tendré ningún problema para cubrir mi cuota de servicio de manera más que generosa!

A Irene se le escapó un bufido de asombro. Apenas sabía nada de Pacífica, aparte de que era uno de los nuevos territorios más extensos y salvajes. Estaba prácticamente en mitad del océano Pacífico y se componía de una docena de grandes islas prácticamente desiertas. Por lo que ella sabía, estaba todo por hacer en aquel nuevo territorio.

—Desde luego, si eso es lo que decides finalmente, te esperan grandes aventuras allí —concedió la joven.

—Eso es justamente lo que busco —afirmó Max con seguridad.

—Si finalmente decides irte a Pacífica, voy a echarte de menos —reconoció Irene—. Pero hoy día, con majesNET, las distancias no son apenas nada.

—Y con los superdeslizadores tampoco —apostilló el joven, visiblemente contento ante la perspectiva de irse a la otra punta del mundo a comenzar una nueva vida.

—Cierto —concedió Irene. Y levantándose de un salto, dijo—. Tengo que irme. ¡Magallanes me está esperando!

—¿Magallanes? ¿Quién es ese? –preguntó Max, intrigado.

—Un buen marinero que aprendió mucho de las tormentas —bromeó Irene, para aclarar acto seguido, ante la extrañeza del joven—. Es el nombre del servidor que me da información para seguir investigando el siglo XXI.

—De acuerdo, pues no te entretengo más entonces. ¡Nos vemos!

Y mientras Max siguió sentado en la playa, Irene tomó el camino hacia su casa, feliz por ver el cambio que se había obrado en su amigo-hermano, y ansiosa por descubrir lo que Magallanes iba a ofrecerle aquel día.

17

A pesar de que la información de Magallanes era para Irene una fuente inagotable de sorpresas, una de las cosas que más le llamó la atención era justamente la manera en que los habitantes del mundo del siglo XXI concebían el futuro que para ella era su presente.

Desde luego, habían acertado en visualizar su futuro inmediato como distópico y catastrófico. Irene pudo acceder a novelas electrónicas en las que pintaban futuros realmente desesperanzadores, en los que el cambio climático había hecho que parte del planeta fuera inhabitable para los seres humanos. Ya fuera porque había anegado gran parte de la masa terrestre, o porque la zona ecuatorial hubiera quedado quemada y abrasada por la acción directa o indirecta del hombre. Y los hombres que habían sobrevivido vivían embrutecidos, retrocedidos a la fuerza a una especie de

edad de piedra tecnológica, sin apenas esperanzas de que su mundo mejorara.

Irene no pudo dejar de sonreír con el temor que les producían a aquellas personas de entonces el aumento de las máquinas y su inteligencia cada vez mayor. Las máquinas llegaban a verse como los enemigos que arrebataban puestos de trabajo a los humanos. Incluso corrían historias entre ellos en las que las máquinas adquirían conciencia y se rebelaban contra sus creadores manteniéndolos en la esclavitud más abyecta, cuando no estaban dedicadas a la aniquilación de la especie humana.

A pesar de que en aquella época las máquinas no habían llegado a un estado de desarrollo ni de sofisticación que pudiera hacer temer que se habían vuelto demasiado inteligentes (y mucho menos a tener conciencia de sí mismas), aun así existía cierto temor soterrado entre la gente, que se manifestaba en libros y películas. Era significativo que las personas de aquel tiempo no vieran el auge de las máquinas como algo liberador para ellos. Con máquinas que hacían el trabajo monótono y tedioso, podrían disponer de más tiempo libre y dedicarse a trabajos más creativos que ninguna máquina podría hacer por el ser humano.

Por otro lado, era curioso que los humanos de aquel tiempo esperaran y a la vez temieran una catástrofe que los precipitara a todos a un trágico final. El fin del mundo, el fin de la civilización, el fin de la humanidad. Eran muy raros los relatos en los que se visualizaba un futuro idílico para los seres humanos. Daba la impresión de que todos eran conscientes de que se estaban haciendo las cosas muy mal, y de que todo eso iba a pasar factura de la peor manera posible. En cierto modo, no anduvieron muy desencaminados. El Desastre no fue en su totalidad por causas ajenas al ser humano.

Muchos amantes de lo sobrenatural gustaban de poner fecha al fin del mundo cada cierto tiempo, basándose en profecías de videntes, predicciones astrológicas o cualquier otro elemento pseudocientífico. Y cuando llegaba esa fecha y nada sucedía, siempre encontraban una razón (¿o era más bien una excusa?) por la que ese final no se había producido y no tardaban en dar una fecha unos años posterior. ¡Lo más asombroso de todo es que tenían mucho eco entre la población! Seguramente, porque muchos esperaban y temían que la Tierra se rebelara contra el ser humano por todos los atropellos que había sufrido durante siglos.

Al final, podría decirse que el Desastre fue una profecía autocumplida, aunque no de la manera que muchos esperaban. Y el resultado no fue la distopia imaginada, aunque los cien años que siguieron al Desastre fueron de todo menos fáciles.

Por otro lado, también era cierto que habían imaginado historias ambientadas en el futuro (en el género que llamaban ciencia-ficción) en el que se producirían avances tecnológicos espectaculares. En ese futuro imaginado, el viaje a otros planetas situados en estrellas muy alejadas (incluso a los confines de la galaxia) parecía ser lo más habitual del mundo, por no hablar de los viajes en el tiempo.

En su tiempo, en el siglo XXIII, nada de eso había sucedido. Las estrellas seguían siendo igual de inaccesibles, y los viajes en el tiempo solo estaban en la imaginación de las mentes soñadoras de la época.

«El futuro ya no es lo que era», leyó Irene de uno de los blogs de los pioneros. Y no pudo evitar una sonrisa. Ella formaba parte del futuro con el que ellos soñaban, y pensó que le hubiera gustado poder hacerles viajar en el tiempo para que vieran que finalmente la humanidad había despertado y que estaba avanzando con paso firme hacia su progreso espiritual.

A pesar de que la ciencia había avanzado enormemente durante su siglo gracias al empuje de la energía última y de la investigación de sus aplicaciones, todos los esfuerzos se estaban centrando en mejorar las condiciones de la humanidad y en optimizar los recursos sin dañar al planeta. De momento no había prioridad para los viajes espaciales, que tanto habían fascinado e inspirado a los seres humanos de los siglos XX y XXI.

Irene sí pudo comprobar que el optimismo por lo que la ciencia podría hacer por el ser humano fue decayendo desde mediados del siglo XX hasta principios del XXI. Hubo una época en la que se elevó a la ciencia casi a la categoría de religión, precisamente por el fracaso de las religiones del mundo en ofrecer una explicación con sentido de la existencia humana. Muchos de entonces (para desesperación de los pioneros, que remaban justo en dirección contraria) pensaban que la ciencia, con sus hechos demostrables, con sus leyes formuladas en la teoría y probadas en la práctica, podía dar todas las respuestas al origen de todo y al sentido de la vida. Y la ciencia simplemente no podía hacer eso pues ese no era su ámbito de acción. Todo intento por llegar hasta la Causa Primera, hasta los últimos porqués, obligaba a detenerse pues la

ciencia llegaba a su límite. Esto llevó a cierto pesimismo determinista y materialista que ahogó muchas esperanzas y llevó justamente a ese pensamiento catastrofista que era tan predominante.

Los pioneros justamente tenían un mensaje de esperanza que llevar a la humanidad, pero eran demasiado pocos y, aunque mejoraron notablemente su entorno individual, carecieron de la masa crítica necesaria para acelerar el despertar espiritual antes del Desastre.

«Simplemente no era el momento», pensó Irene, y desconectó el acceso a Magallanes. Tenía informes que redactar.

18

«Estábamos tan acostumbrados a estar conectados que dejar de estarlo casi nos llevó a la locura.

»Sabíamos que las llamadas "potencias mundiales" todavía tenían recursos para mantener y usar satélites, pero estos recursos se habían restringido a uso militar. Internet, la red que nos mantenía a todos conectados, había dejado de estar operativa. Toda su información dormía en sus servidores y solo unos pocos privilegiados podían acceder a ella.

»En muchos lugares del planeta, el Estado simplemente había desaparecido. Reinaba la ley de la selva. Quien tenía armas, tenía el poder. Pero las armas no duraban mucho, pues no había fábricas que repusieran las que se estropeaban. Por no decir que las balas también escaseaban.

»Las potencias mundiales evaluaban daños, querían saber cuál era la situación del planeta y cómo seguir manteniendo su hegemonía en un mundo revuelto y con su población seriamente diezmada. Pero no lo tenían fácil pues tenían dos carencias importantes.

»Una era la carencia de energía. El petróleo, que ya mostraba signos de agotamiento desde principios de siglo (al menos el petróleo fácil y barato de extraer), no podía utilizarse pues las infraestructuras de las compañías petrolíferas habían quedado prácticamente inservibles después del Desastre.

»Otra era la carencia de dinero. Puesto que la inmensa mayoría del dinero que circulaba por el planeta era virtual, la destrucción de servidores informáticos clave supuso que gran parte de los registros de ese dinero 'virtual' desapareciera. Eso llevó a un gran número de suicidios. Había mucha gente que pensaba que, sin el dinero que habían acumulado codiciosamente, la vida no tenía sentido, pues creían que el dinero que tenían en el banco les definía. Poco importaba que realmente no se pudiera hacer gran cosa con él, dada la situación en la que el mundo se encontraba. El sistema económico simplemente se había derrumbado.

»Fueron tiempos salvajes y duros. Sobrevivir un día más era la meta de todos nosotros. Los que no

teníamos armas nos agrupábamos en comunidades que se defendían con la simple pero efectiva fuerza del número, como hacen los herbívoros. Intentábamos no regresar a edades oscuras anteriores y nos esforzábamos por no perder el barniz de humanidad y civilización.

»Poco a poco, comunidad a comunidad, fuimos descubriendo la fuerza del trabajo en equipo, de la cooperación.

»Y eso no gustaba mucho a los que siempre habían tenido el poder.»

Testimonio de Ludmila I.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

19

Con el verano se acercaba ya el mes de vacaciones y, aunque Irene disfrutaba mucho con su participación en el proyecto Pioneros XXI, también tenía ganas de cambiar de aires y relajarse durante un tiempo.

A diferencia de otros años, en los que había solicitado su viaje con mucha más antelación, aquel año la joven todavía no había reservado su plaza en ninguno de los destinos que se ofertaban. Lamentó haber dejado pasar todo ese tiempo, pues las alternativas seguramente se habrían reducido a unos pocos destinos, normalmente los menos atractivos.

La mayoría de los lugares que admitían turistas eran nuevos territorios; los gobernantes siempre fomentaban que los ciudadanos de los llamados «lugares históricos» visitaran las nuevas islas que

habían surgido después de las erupciones volcánicas del Desastre, con el fin de que conocieran de primera mano esas nuevas tierras, fomentar la colonización y que, como objetivo final, la población se fuera dispersando por todo el planeta. En tiempos de Irene, la densidad de población de los lugares históricos era diez veces superior a la de los nuevos territorios, y los gobernantes querían que la humanidad estuviera mucho más repartida para evitar los problemas que conlleva una densidad de población excesiva.

Claro está que no todos los nuevos territorios eran iguales o ideales para ser habitados. En el caso de Thule, por ejemplo, en el Atlántico norte, rozando el círculo polar ártico, el clima era demasiado frío, las tormentas eran habituales durante todo el año y había escasez de suelo fértil. Por ello los únicos habitantes eran científicos y otros investigadores, que estudiaban allí la evolución del clima y de las especies marinas. Luego estaba Atlantia, situada en el centro del Atlántico, cuyo clima era suave y templado y estaba llena de vegetación exuberante y de extensas playas que invitaban a relajarse y disfrutar de los deportes acuáticos.

Pero mucho se temía Irene que Atlantia habría completado ya su cupo de visitantes, pues era uno de

los destinos de vacaciones más buscados. Recordó a su amiga Raquel, que iba a ir en su mes de vacaciones porque su prometido trabajaba allí, y se alegró mucho por ella. Raquel no necesitaba solicitar Atlantia como destino turístico, ya que podía ir en calidad de pariente de Ben, su novio, bajo el concepto de reagrupamiento familiar. A pesar de no estar todavía casados, el compromiso era un vínculo legal lo bastante fuerte como para equipararlo al matrimonio en muchos casos.

Como Irene estaba soltera y no estaba comprometida, no tenía ventajas de ese tipo, así que debía solicitar destino como cualquier otra persona. Y había estado tan enfrascada en sus investigaciones en Magallanes que había olvidado el detalle de solicitar destino para sus vacaciones y por ello había dejado pasar mucho tiempo. El plazo para inscribirse en los viajes turísticos terminaba en unos días, así que debía darse prisa en acceder a majesNET para hacer su reserva.

Justamente estaba pensando en ello mientras vigilaba el buen funcionamiento del sistema de riego del huerto familiar, cuando Miguel apareció por la puerta de acceso al huerto desde la calle.

—Hola, Irene —la saludó con una sonrisa tímida.

—Hola, Miguel —respondió ella con los dos besos en las mejillas de rigor—. Me alegro de verte, ¿qué te trae por aquí?

—Bueno, no diré que pasaba por aquí, pues tu casa no está precisamente de paso —dijo él con una risa nerviosa—. Me apetecía dar un paseo después de mi servicio, hacía tiempo que no te veía y quería saber qué es de tu vida.

—Pues tengo poco que contar sobre mí, francamente. Justamente estaba pensando en que el mes de vacaciones se me ha echado encima y no tengo ni idea de a dónde voy a poder ir.

—¿Has solicitado destino para tus vacaciones? —preguntó Miguel, visiblemente interesado por conocer la respuesta.

—Todavía no —reconoció la joven—. El servicio me absorbe tanto que pierdo la noción de la época del año en la que estamos. Me temo que tendré que conformarme con lo que quede. O dedicarme a visitar las islas vecinas, que tampoco es un mal plan.

El joven se quedó unos segundos en silencio, como pensativo, y luego dijo:

—Yo iré a Mauritia.

—¿Mauritia? ¿El nuevo territorio del océano Índico? —preguntó Irene, extrañada. La verdad es que

ni siquiera había considerado ese nuevo terreno que surgió del mar y que hizo que se unieran en una sola las antiguas islas Mauricio y Reunión, al este de Madagascar.

Miguel asintió y dijo:

—He pedido mis vacaciones allí, pues mi idea es trasladarme a ese territorio para servir en el consejo de la isla.

Irene se detuvo y se lo quedó mirando durante unos segundos. No sabía por qué, pero no pudo evitar sentir una punzada de tristeza en el corazón que le hizo un nudo en la garganta.

«Raquel, Max y ahora Miguel», pensó. «Todos siguen con su vida y me dejan atrás para marcharse muy lejos de aquí».

—¿Y por qué Mauritia? —preguntó, mientras fingía estar muy ocupada arrancando hojas secas, en un intento de ocultar la tristeza que sentía por dentro.

Miguel suspiró profundamente antes de responder.

—Mauritia necesita servidores públicos, y pienso que es un lugar lleno de oportunidades para dar lo mejor de mí. Los nuevos territorios son como páginas en blanco que hay que escribir con la mejor historia posible.

—¡Qué poético te ha quedado eso! – exclamó Irene, con una risa nerviosa. En esos momentos le daba la espalda, mientras se preguntaba por qué le dolía tanto la perspectiva de que Miguel se marchara tan lejos de allí.

Miguel sonrió, pero no dijo nada. Al estar de espaldas, Irene no pudo ver que parecía debatirse interiormente por algo, como si hubiera una pregunta que estuviera pugnando por salir de su boca.

Pasaron unos segundos en los que solo se oía la brisa del mediodía soplando por entre los pinos y el canto de algún pájaro cercano. Las nubes viajaban perezosas por el cielo, aunque no amenazaban lluvia porque eran como enormes trozos de algodón muy separados entre sí.

Finalmente, después de un silencio que a Miguel le pareció una eternidad, se atrevió a formular la pregunta que tanto había luchado por salir de su interior, intentando parecer lo más natural posible.

—¿Qué te parecería venir conmigo a Mauritia?

Irene dejó lo que estaba haciendo y se volvió para mirarle, sorprendida.

—¿Lo dices en serio? —inquirió ella, sin saber muy bien si se refería a ir de vacaciones o de manera definitiva.

Aunque Miguel aclaró esa duda enseguida.

—Por supuesto, me refiero a pasar las vacaciones. Sé que todavía hay plazas libres, porque no es un sitio demasiado solicitado. El clima es tropical y justamente el mes de vacaciones es el más caluroso en aquellas latitudes. Pero también dicen que la vegetación es exuberante y que hay unas puestas de sol espectaculares y unos lagos interiores que invitan a bañarse en ellos.

Irene se quedó pensativa durante un buen rato, que a Miguel se le antojó una eternidad. La verdad es que empezaba a ilusionarle la idea de viajar a Mauritia con su amigo. Nunca había ido a ningún nuevo territorio del hemisferio sur, y ya iba siendo hora de conocer nuevos lugares. Pero seguía habiendo algo que le impedía dar una respuesta definitiva, y es que seguía sin tener claro cuáles eran sus sentimientos hacia Miguel. No quería darle falsas expectativas si aceptaba su invitación.

Una vez más, Miguel se encargó de aclarar sus dudas.

—Hay una cosa que quiero dejar clara, Irene. Es cierto que te dije que te quería y mis sentimientos hacia ti no han cambiado, pero quiero que sepas que mi invitación no tiene segundas intenciones. Simplemente

me parece que eres la mejor compañía que podría tener, y pensé que sería una buena idea que vinieras conmigo, si es que no habías hecho otros planes.

—Pues no, no tenía planes de ninguna clase —reconoció la muchacha, que empezaba a ilusionarse con la perspectiva de viajar a Mauritia en compañía de Miguel.

—¿Entonces qué me dices? —preguntó Miguel, procurando no parecer ansioso— ¿Vendrías conmigo?

Justo en ese momento, Irene vio clara la respuesta que se le había escabullido en los minutos previos de indecisión.

—Sí, Miguel, iré contigo —respondió con una relajada sonrisa—. Me apetece mucho viajar a Mauritia, a pesar del calor.

El joven suspiró aliviado y, con una gran sonrisa, le dio un abrazo tan apretado que casi dejó a Irene sin aliento.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamó, y añadió casi atropellando sus palabras, sin disimular su ilusión— ¡Qué alegría me da que vengas conmigo! Bueno, todavía tienes que hacer la reserva, pero seguro que no tienes problema con eso. Verás que en majesNET están todas las recomendaciones para los viajeros sobre la ropa que llevar, las precauciones que deben tomar y

toda la información necesaria. Si quieres, yo me encargo de las reservas del superdeslizador. Creo que hay que hacer una escala técnica en algún aeropuerto del valle sahariano, pero por lo demás el viaje, aunque largo, es tranquilo.

Irene no pudo evitar sentirse enternecida con la alegría de Miguel.

—Descuida, en cuanto termine con el huerto haré la solicitud en majesNET —dijo, y empezó a pensar en los preparativos que debería hacer antes de que llegara el momento de partir.

—¡Genial! Bueno, tengo que marcharme. ¡Nos vemos!

Miguel hizo gesto de marcharse, pero Irene lo detuvo tomándolo del brazo.

—¡Espera un momento! No me has dicho qué día saldremos de aquí.

El joven se dio una palmada en la frente y puso los ojos en blanco.

—¡Es cierto, se me había olvidado! El 5 de agosto sale un superdeslizador de Gran Lusitania a Mauritia sobre el mediodía, luego saldremos de aquí ese día por la mañana temprano.

—De acuerdo. Entonces solicitaré empezar las vacaciones el 5 de agosto.

—Estupendo. Queda casi un mes, así que hay tiempo. Si quieres, podemos quedar más adelante para comentar lo que quieres hacer durante las vacaciones, y así planificamos la visita.

—Me parece bien —aceptó Irene, y después de darse dos besos de despedida Miguel se marchó por donde había venido, visiblemente contento.

Irene lo vio alejarse y, con un suspiro, siguió trabajando en el huerto.

«Al final se ha resuelto la incertidumbre de mis vacaciones», pensó, ilusionada, mientras se preguntaba lo que pasaría en Mauritia. El corazón le decía que aquella visita podía ser decisiva para aclarar sus sentimientos hacia Miguel.

¿Sería buena su intuición? Solo el tiempo lo diría.

20

La época que le tocó vivir a los pioneros fue… ¿cómo lo diría?

¿Interesante? No. Ese era un adjetivo que, de tanto usarse, había perdido gran parte de su significado.

¿Convulsa? Eso quizá se parecía más a lo que Irene estaba comprobando a partir de su investigación.

En aquella época previa al Desastre sucedieron muchas cosas en poco tiempo. Había muchas fuerzas opuestas luchando por mantenerse y prevalecer, aunque no todas estaban en igualdad de condiciones. El materialismo y el amor al dinero estaban todavía muy extendidos en aquella época, y los que abogaban por dar más importancia a la trascendencia y la espiritualidad todavía eran pocos en comparación. Y aunque su voz se dejaba sentir, no era una sola sino que formaba un coro

compuesto por muchas voces, que en numerosas ocasiones sonaba discordante, pues eran muchas las corrientes y doctrinas que ofrecían sus propias visiones del mundo y del cosmos, visiones no siempre coincidentes.

Entre todas aquellas voces que abogaban por una vida con sentido estaban las voces de los pioneros.

En aquellos tiempos todavía había Iglesias y religiones creadas por los seres humanos y, aunque no carecían de poder, a partir del siglo XX empezaron rápidamente a perder influencia entre sus seguidores. Los que habían abandonado las Iglesias abandonaron también a Dios, y se proclamaban agnósticos, cuando no ateos.

Irene no podía evitar sonreír tristemente cuando leía en Magallanes alguno de los alegatos de gente que decía no creer en Dios. En realidad, y según lo que decían, ella pensaba que no era en Dios en quien no creían, sino en las religiones que se habían apropiado de Él, que habían creado a un Dios a imagen y semejanza de unos intereses demasiado humanos, que habían encerrado a Dios en una iglesia y no lo dejaban salir para que las personas pudieran creer libremente en Él. Todas las religiones afirmaban poseer la Verdad y que no había salvación fuera de ellas, y eso ya no podía

sostenerse en una etapa de la humanidad de gran desarrollo tecnológico en la que la información inundaba literalmente a miles de millones de personas, pero en la que también había una gran sed de respuestas ante el misterio de lo trascendente que no se podía saciar con las soluciones tradicionales de las religiones.

Ante esa contradicción, y en lugar de seguir el camino de los pioneros de la religión personal, muchas personas tomaron el camino cómodo de confundir a Dios con sus supuestos representantes en la tierra. Si negaban a estos últimos, negaban a Dios, y las implicaciones de esa confusión llevaban a la desesperanza y al pesimismo vital.

Por otro lado, estaban los que se llamaban creyentes, que profesaban la religión de sus antepasados, cuyos dogmas no se atrevían a cuestionar, tan ciega era su obediencia a los dirigentes religiosos. Estaban totalmente seguros de que, si seguían fielmente y al pie de la letra los preceptos de su religión, se salvarían y conseguirían la vida eterna, cuando no la suerte y la riqueza en este mundo.

Y como tercer grupo (un grupo heterogéneo), estaban los inconformistas, los buscadores que iban de una doctrina a otra buscando respuesta a las grandes

preguntas. Algunos picaban tanto de aquí y de allá que acababan confusos y con un batiburrillo mental que les impedía captar las grandes verdades, que suelen ser las más sencillas. Pero había otros que simplemente buceaban entre el mar de doctrinas y filosofías hasta encontrar una que resonara en su interior, sin más guía que su propia intuición y su propio discernimiento, sin ningún lastre intelectual que dificultara su búsqueda de la verdad. En ese grupo reducido se encontraban los pioneros.

«¡Pobres pioneros!», pensó Irene, con un suspiro. Es cierto que no fueron masacrados ni perseguidos, pero en el siglo XXI había maneras mucho más eficaces de evitar que se propagaran ciertas ideas que la persecución y la muerte, entre las que se encontraban la intoxicación informativa, el descrédito y la burla.

En Internet, el precursor rudimentario de majesNET del siglo XXI, a menudo la información falsa se difundía mucho más veloz y extensamente que la verdadera, que a menudo se veía ahogada por una marea de inexactitudes y medias verdades, cuando no directamente mentiras.

De los pioneros habían dicho que eran una secta, que el libro azul que decían estudiar venía directamente del Maligno, que pretendían apropiarse de la figura de

Jesucristo y fundar una Iglesia alternativa al cristianismo, que la revelación había sido un engaño perpetrado por un grupo reducido de personas…

Todo falso, a la luz de cómo transcurrieron los acontecimientos y con la perspectiva de dos siglos.

Por todo ello, Irene tenía mucho cuidado en extraer solo la información sobre los pioneros que había sido expresada por ellos mismos.

¡Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces! En su época, ya no había Iglesias ni religiones institucionalizadas de ningún tipo. En su lugar, se había desarrollado la religión como experiencia personal única e intransferible con el Creador, el Dios, la Causa Primera, el Padre, o como cada uno prefiriera llamarlo. Justo como los pioneros comenzaron a poner en práctica.

Es cierto que todavía quedaban restos de antiguos lugares de culto (los que el Desastre respetó), pero o bien se mantenían como expresiones artísticas de siglos pasados, o bien servían como lugares donde quien quisiera podía ir a orar o adorar, pero sin seguir ningún rito ni ceremonia prefijados.

Precisamente no lejos de donde vivía Irene, en las afueras de Alándica, había una pequeña iglesia que se había restaurado mucho antes de que ella naciera y en

la que se reunían periódicamente varios grupos para estudiar el libro azul. La joven prefería estudiar en casa con sus padres y sus hermanos, pero alguna vez había asistido a algunas de aquellas reuniones en la iglesia y admitía que se respiraba mucha paz entre sus cuatro paredes.

Sin embargo, nunca había ido a orar a solas allí. Para eso prefería la soledad de su habitación, la compañía de los árboles o el murmullo hipnótico de las olas del mar. Como a ella le gustaba decir, «la naturaleza es mi templo».

Eso le recordó que hacía una tarde preciosa y que podría salir a dar un paseo y dar las gracias al Padre (como ella llamaba a Dios) por todo lo que tenía. Y eso hizo.

21

«Los pocos Estados que quedaban dignos de ese nombre fueron aquellos que utilizaron los pocos recursos energéticos de los que disponían y mantuvieron el control sobre ellos. Pero ni siquiera en ellos la vida volvió a ser igual que en los años previos al Desastre. Los años en los que se cambiaba cada pocos años de teléfono móvil, de vehículo, de videoconsola, de ordenador, habían terminado. Se convirtió en una norma aplicar las tres erres: reparar, reutilizar, reciclar.

»Con la escasez de energía y de componentes para extraerla, estaba claro que quien tuviera acceso a una fuente de energía tendría el poder. Y las elites que habían gobernado el planeta hasta entonces, los que habían derribado y colocado gobernantes que defendieran sus intereses, seguían teniendo el poder sobre los restos del naufragio. Ya ni siquiera se

molestaban en poner y derrocar gobiernos: ellos mismos se pusieron al frente, como cabezas visibles del poder.

»Una década después del Desastre, los Estados habían desaparecido prácticamente y pasaron a ser zonas de control de empresas privadas. Muchas de esas compañías eran hijas de antiguas multinacionales; los gobernantes prefirieron no mantener los viejos nombres, para evitar que el pueblo recordara. Y bastante tenía la gente con sobrevivir como para pararse a pensar en quién estaba al mando.

»A cambio de trabajo, las empresas ofrecían alojamiento, seguridad, comida y un salario exiguo. Algunas empresas pagaban con moneda acuñada por ellos; otras pagaban con bonos que podían canjearse por comida, ropa o cualquier otro bien que necesitaran. La mayor parte de esa retribución volvía de nuevo a las empresas, pues los trabajadores no tenían otro sitio donde gastarlos que en los comercios de esas mismas compañías.

»"¿Para qué queréis más?", decían los empleadores.

»Pero ellos sí que querían más. Querían recuperar el poder perdido. Querían controlar al noventa y nueve por ciento restante. Querían tener potestad sobre la vida

y la muerte de los supervivientes. Querían seguir siendo los elegidos por los dioses para dominar el mundo.

»Al principio, muchos supervivientes cedieron a sus cantos de sirena y aceptaron sus condiciones. Soportaron arduas y prolongadas jornadas de trabajo en las fábricas, cultivando la tierra y extrayendo carbón, metales y petróleo, que cada año que pasaba eran más escasos y difíciles de obtener.

»Las condiciones de trabajo eran muy duras y muchos murieron. Pero siempre había gente de repuesto. Al fin y al cabo, para la elite los demás solo eran números, peones que podían sacrificarse.»

Testimonio de Gábor S.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

22

Irene llegó jadeando a la escuela donde Raquel hacía su servicio. Su amiga le había mandado un mensaje urgente por majesNET en el que le pedía que le trajera una muda de ropa lo más rápido posible, y ella procuró ir todo lo deprisa que pudo.

Al parecer, uno de los pequeños que cuidaba se había indispuesto y le había vomitado el desayuno encima. «Pensaba que tenía ropa de recambio, pero luego recordé que tuve que usarla hace un par de semanas y se me olvidó traerla de nuevo a la escuela», le decía Raquel en su mensaje. Así que Irene fue a casa de su amiga (donde no había nadie, pues todos estaban realizando su servicio), entró en su habitación, tomó un vestido de lino azul que tenía en el armario y salió todo lo deprisa que pudo con el deslizador que tomó prestado

en la central de transporte. Así que en total había tardado apenas quince minutos.

Cuando Raquel la vio llegar con su vestido, dio un gran suspiro de alivio.

—¡Muchas gracias, guapísima! ¡Me has salvado la vida! —exclamó, tras darle los dos besos de saludo— ¡Ya me estaba viendo las próximas tres horas oliendo a vómito! Y no solo eso; el olor habría hecho vomitar a los demás niños. ¡Menudo panorama!

Irene rio de buena gana.

—No hace falta que me des las gracias, mujer. Has tenido suerte, porque todavía no había comenzado mi servicio. Además, no me costaba nada hacerte el favor —le dijo.

—Eres un sol —insistió su amiga—. Oye, ya que estás por aquí y todavía no has empezado con tu servicio de hoy, ¿por qué no te das una vuelta por la escuela para recordar viejos tiempos? Yo voy a cambiarme de vestido ahora mismo.

—Sí, claro, ¿por qué no? —aceptó Irene— Por cierto, ¿qué es lo que están haciendo los mayores este trimestre?

—Aparte de hacer de profesores auxiliares de los pequeños, están aprendiendo artes plásticas. ¡Tienes que ver las pinturas y los cuadros que han hecho! Todos

tienen su parte interesante, pero hay algunos realmente buenos. También están modelando con arcilla. Hacen vasijas, figuras… lo que el profesor les asigna.

—¡Ah, qué tiempos los de la escuela! —suspiró Irene con nostalgia— ¡Cómo disfrutaba trabajando con las manos!

—Aunque trabajar el intelecto también se te daba bien —dijo Raquel guiñándole un ojo—. Eras la favorita de los profesores, no me digas que no.

Irene dio un manotazo al aire, como negando lo que su amiga acababa de decir.

—¡No digas tonterías! Los profesores siempre nos trataban con la misma atención a todos. Realmente no creo que nadie pueda quejarse de favoritismos. ¡Y ve a cambiarte ya! Realmente apestas —bromeó, mientras se tapaba la nariz con una mano y empujaba cariñosamente a su amiga con la otra.

Raquel se marchó con su muda de ropa, y la joven se dio la vuelta para deambular un rato por la escuela. Hacía tiempo que no entraba y reconoció enseguida el olor familiar de los lápices, las pinturas y la arcilla. En invierno, la luz natural entraba a raudales por la bóveda acristalada del techo, que se abría en verano para dejar entrar el aire y evitaba así que hubiera un calor excesivo. De las ventanas

estratégicamente abiertas entraba una brisa fresca procedente del mar, que reducía considerablemente la sensación de calor sin necesidad de recurrir a los acondicionadores de energía última, que se usaban solo en los días de calor tórrido. El horario escolar comenzaba muy temprano y en agosto la escuela se cerraba por vacaciones, así que el aire acondicionado solo se usaba en contadas ocasiones al cabo del año.

La escuela era de planta cuadrada y tenía un gran patio interior central con un jardín exuberante que los mismos alumnos se encargaban de cuidar. En medio del jardín, una fuente ornamental construida por alumnos del último curso expulsaba un chorro cantarín de agua. Irene siempre había visto aquella fuente, y su sonido alegre y refrescante formaba parte imborrable de sus recuerdos infantiles. De repente, la escuela le recordó a Irene a los claustros de los antiguos monasterios, de los que quedaban algunas ruinas o, como mucho, imágenes y reconstrucciones accesibles desde majesNET. La diferencia es que aquí el silencio se veía interrumpido a menudo por las risas de los niños o por alguna exclamación esporádica.

Durante el verano, las actividades escolares eran mucho más relajadas y lúdicas que en invierno. Normalmente los alumnos se dedicaban a actividades

manuales y plásticas que pudieran hacerse con ropa ligera y que podían exigir ensuciarse un poco. A Irene le encantaba esa parte del curso escolar. ¡Cuánto se había divertido en aquel edificio!

Iba caminando pausadamente por el pasillo de la planta baja al que daban todas las estancias, y de repente vio una sin niños pero llena de herramientas y maquinaria. Recordaba aquella habitación. Era el taller de carpintería. Allí había aprendido a fabricar sillas, mesas, estantes y otros muebles auxiliares.

Entonces, de repente se le ocurrió que quizá seguiría por allí aquella mesa de trabajo que le encargaron construir con sus propias manos. Recordó haber trabajado en ella a conciencia, así que sería improbable que se hubiera roto. Cuando la terminó, se le ocurrió grabar sus iniciales en la madera, en la base de una de las patas. «I.A.». Sintió una pequeña punzada de orgullo al pensar que aquella mesa todavía seguiría allí como testimonio mudo de su paso por la escuela, y que habría servido a otros niños que pasaron después por allí.

Los muebles se fabricaban prácticamente en su totalidad en las escuelas. En casa de Irene, salvo algunos muebles grandes que había montado su padre, casi todo el mobiliario venía de las escuelas del

archipiélago ibérico. En su época se daba tanta importancia a las habilidades manuales como a las intelectuales.

Justo mientras contemplaba todas las herramientas colgadas ordenadamente en la pared, pensó en lo diferente que fue la educación en la época de los pioneros. En el sistema educativo de entonces se impartían varias asignaturas al año, y el profesor iba dando las lecciones de un plan de estudio prefijado cuyos contenidos podían aparecer (o no) en un examen final al final de cada trimestre. Los alumnos básicamente debían memorizar conocimiento que no siempre resultaba útil y, mientras estaban en clase, tenían que permanecer sentados y callados ante unos pupitres, atentos al profesor. Y no solo eso: cuando salían de la escuela, al llegar a casa, tenían que completar las tareas que el profesor les había encargado.

«Pobrecillos, debían morirse de aburrimiento», pensó Irene. Realmente sentía lástima de ellos. Ella nunca tuvo que memorizar nada para repetirlo en un examen. En la escuela, los libros estaban ahí no para aprendérselos de memoria, sino para consultarlos cuando surgiera una duda. Por supuesto, desde que majesNET se extendió por todo el planeta, los libros en

papel eran una rareza. Prácticamente todos los libros que pudieron conservarse después del Desastre estaban digitalizados y podían consultarse en majesNET sin restricciones de ningún tipo.

De repente, la familiar voz de Raquel la sacó de sus cavilaciones.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó.

Irene se dio la vuelta y sonrió a su amiga, ya aseada y con su vestido limpio puesto.

—Sí, ya ves, recordando viejos tiempos —respondió ella con una sonrisa.

—Sí, este lugar está lleno de recuerdos —dijo su amiga con un suspiro—. Aquí conocí a Ben cuando apenas habíamos aprendido a sonarnos los mocos.

Irene rio de buena gana ante el comentario de su amiga. Entonces cayó en la cuenta de que debía comenzar su servicio y dijo, sin perder la sonrisa:

—Tengo que marcharme. ¡El navegante portugués me espera!

—¿Quién? —preguntó Raquel, extrañada.

—¡Magallanes, mujer!

—Ya me parecía a mí que no podía ser nadie nuevo… —dijo su amiga. Y guiñándole un ojo, añadió—Yo lo sabría.

—Oye, oye, ¿qué insinúas? ¿Que no puedo conocer a nadie sin que tú lo sepas? —bromeó Irene.

—Claro que no, guapa —respondió Raquel. Y añadió, con un gesto pícaro—. Pero sí sé algo que no me has dicho.

Irene, que conocía muy bien a su amiga, sabía perfectamente a qué se refería.

—¿Por casualidad tiene que ver con mis vacaciones? —preguntó, burlona.

Raquel asintió, entornando los ojos y haciendo una mueca.

—Hace un par de días me encontré con Miguel en el centro social, y me dijo que ibais a Mauritia de vacaciones. Los dos.

—Es cierto —admitió Irene.

—En serio, Irene, ¿por qué nunca me cuentas nada que tenga que ver con Miguel? —preguntó su amiga, ahora con el semblante serio.

La muchacha suspiró y bajó los ojos.

—No sé qué decirte, Raquel. Supongo que porque no tengo muy claro cuáles son mis sentimientos hacia él. No quiero que nadie eche a volar la imaginación o se haga ilusiones sobre este asunto. No al menos hasta que yo misma sepa qué es él para mí.

—¿Y no crees que le has dado falsas expectativas aceptando ir con él a Mauritia? —inquirió su amiga.

—No, no lo creo —respondió Irene negando con la cabeza—. Él mismo se encargó de dejar claro que íbamos como amigos.

Raquel se encogió de hombros.

—Bueno, lo importante es que os divirtáis y tengáis buenas experiencias allí —se limitó a decir.

—Eso espero —afirmó Irene—. ¡Me apetece mucho cambiar de aires!

—Y a mí —reconoció su amiga—. ¡Estoy contando los días que quedan para ir a Atlantia a ver a Ben! ¡Tengo tantas ganas de abrazarlo…!

Irene sonrió, feliz de ver tan ilusionada a su amiga.

—¡Ahora sí que tengo que irme! —exclamó— Si me doy prisa, puedo hacer las horas de servicio esta mañana y así tendré la tarde libre para ayudar a mi madre con el huerto.

Salieron las dos del taller, y Raquel la acompañó hasta la puerta de entrada de la escuela. Después, regresó al taller donde estaban pintando «sus niños», como ella los llamaba.

23

En octubre serían las elecciones a presidente del Consejo Federal Mundial y, a pesar de que la mayoría pensaban más en sus futuras vacaciones que en los candidatos a los que iban a votar, empezaba a ser un tema de conversación que daba para muchos debates tanto presenciales como virtuales, incluso en plena época prevacacional del hemisferio norte como en la que estaban en aquel rincón del mundo.

Estas elecciones siempre suscitaban grandes conversaciones por todo el globo, pues el presidente del CFM tenía un mandato de diez años no renovable ni prorrogable bajo ningún concepto, y todos los ciudadanos con derecho a voto consideraban que era su deber votar con responsabilidad y conocimiento al que iba a servir durante tanto tiempo en el puesto de máxima responsabilidad política.

La presidenta actual, Hilde Widding, originaria de Escandinavia, había dirigido el consejo con gran sabiduría y acierto, y por ese motivo era muy querida por todos. A pesar de las diferencias culturales que todavía había entre los Cien Estados, ella supo apelar a todo lo que los unía sin menospreciar las diferencias, y consiguió con ello que todos los Estados cooperaran armoniosamente.

—Voy a echar de menos a Widding —dijo Irene, exhalando un suspiro triste, una tarde que estaba con su grupo de amigos en el centro social y surgió el tema de las elecciones.

—Todos la echaremos de menos, sin duda —asintió Blanca, una joven rubia de expresivos ojos azules que había empezado a salir con Jan.

Su amigo David, más pragmático, afirmó:

—Sí, igual que echamos de menos al anterior. ¿Os recordáis de quién fue?

—Por supuesto, Luiz Pires —respondió Raquel—. ¡Nació en Gran Lusitania! Es prácticamente vecino nuestro.

—Aunque eso no tiene mayor importancia —replicó Jan—. Interesa que sean buenos servidores, no que sean vecinos.

—Sin duda —reconoció Raquel.

Entonces, Jan se dirigió a Miguel, que estaba también en la reunión, para preguntarle:

—¿Qué piensas de los candidatos, Miguel? Tú que estás más al corriente de lo que se cuece entre los servidores públicos, quizá nos puedas aconsejar a quién votar.

—Es cierto —apostilló Blanca—. Además, como graduado en la ESP, tu voto tiene más peso, ¿no es así?

—Así es —asintió Miguel con naturalidad—. Los recién graduados en la ESP tenemos tres votos adicionales.

—¡Vaya, no está mal! —exclamó David, tras soltar un silbido de admiración— Me temo que todavía me queda un buen trecho para llegar a los tres votos. ¡De momento tendré que conformarme con el único que me corresponde!

Irene sonrió. Ella tenía dos votos pues su participación en los proyectos de investigación histórica tenía esa distinción adicional.

«Ahora que caigo, creo que no se lo he comentado a nadie», pensó, mientras bebía distraídamente de su vaso. Por un lado le hacía ilusión decirlo, pues tener votos adicionales era una señal de prestigio y distinción social en todos los lugares civilizados del planeta. Era incluso habitual que las personas incluyeran el número

de votos al que tenían derecho en sus perfiles de majesNET.

Pero, por otro lado, no podía compararse a los tres votos adicionales de Miguel, que podrían ser fácilmente más a medida que adquiriera experiencia de gestión entre los servidores públicos.

Al pensar en ello, Irene no pudo evitar sentir una gran admiración hacia Miguel. ¡Podría llegar incluso a tener diez votos, el máximo para cualquier ciudadano con edad para votar!

—Vamos, Miguel —le animó David—. Dinos qué te parecen los candidatos.

El aludido se encogió de hombros y respondió:

—Hay mucha información en majesNET para ayudaros a decidir el voto. No quiero influiros con lo que os pueda decir.

—Ya, hombre, pero precisamente por eso, porque hay mucha información, a veces cuesta ver lo realmente importante. Y tú eres un recién graduado de la ESP —insistió Jan. Y, después de dar un sorbo a su bebida, añadió—. Por ejemplo, ¿crees que va a seguirse esa regla no escrita que dice que a una presidenta le sigue un presidente?

Miguel se tomó unos segundos antes de responder.

—Bueno, Jan, como ya sabes, es una elección democrática en la que no hay un único candidato sino varios. Sí que es cierto que durante el último siglo se han alternado hombres y mujeres en la presidencia, pero no creo que esa sea una razón de peso para valorar a un candidato sobre otro. Más bien hay que estudiar su experiencia previa de servicio y, cómo no, sus propuestas para el mandato, que normalmente suelen incluirse en una lista corta de puntos básicos.

—O sea, me estás diciendo que no sea vago y me trabaje el voto —resumió Jan, y todos rieron, incluido Miguel.

—A ver, si insistes, te puedo dar algunas diferencias clave entre los dos candidatos con más posibilidades —dijo Miguel, con una amplia sonrisa que daba a entender claramente que le apasionaba el tema—. Como sabéis, hay cinco candidatos, pero creo que solo dos tienen posibilidades reales de salir elegidos. Por un lado, tenemos a Meera Lee, de Australia, que propone ensayar el autogobierno en los nuevos territorios para luego extenderlo al resto de Estados, pues afirma que la humanidad ha llegado a un nivel de desarrollo espiritual que favorece que no existan gobiernos tal como los conocemos actualmente.

»Y por otro está Sanjay Singh, de la India, que prefiere seguir con el sistema de gobierno actual de los cien Estados federados en el CFM, con sus respectivos gobiernos y su separación de poderes, porque afirma que la humanidad no ha alcanzado todavía el estado evolutivo que nos permita autogobernarnos. Singh defiende que al menos nos quedan cien años más para llegar a la etapa del autogobierno, siempre que no haya más desastres (que, dicho sea de paso, espero que sigan siendo algo del pasado).

»Los dos tienen un historial de servicio impresionante; realmente están más que cualificados para ser presidentes del CFM. Pero defienden posturas radicalmente distintas en lo que respecta al futuro que debe seguir el sistema político a partir de ahora. ¿De verdad estamos preparados para no tener gobierno? ¿Hemos llegado al punto en que no necesitamos poder legislativo, judicial y ejecutivo?

Durante unos segundos, todo el grupo quedó sumido en la reflexión. Finalmente, fue Irene quien se atrevió a romper el silencio para dar (sin pretenderlo) la opinión de todos los reunidos.

—Creo que no, no estamos preparados todavía. Es cierto que los últimos cien años han sido una balsa de aceite políticamente hablando, pero bajo una

perspectiva histórica no es tiempo suficiente para hacer ese tipo de experimentos, aunque estén restringidos a una parte del territorio.

—Está claro que el autogobierno forma parte del futuro de la humanidad —opinó David—. Pero creo que nos queda mucho camino por recorrer antes de poder prescindir de leyes y de gobierno. Como bien ha dicho Irene, cien años no son suficientes para cantar victoria y pensar que ya hemos aprendido a gestionarnos nosotros solos.

—Por cierto, Irene —intervino Blanca—. Jan me ha dicho que estás investigando el siglo XXI. ¿Cómo era la política de entonces? Cuéntanos algo para que podamos comparar.

La joven soltó un bufido y arqueó las cejas antes de responder.

—La verdad es que poco o nada tiene que ver con lo que tenemos actualmente. Los sistemas de elección de los gobernantes variaban según los Estados, pero lo que sí que era común a todos era que los ciudadanos con derecho a voto tenían eso, un voto, sin importar su educación, su profesión, si habían pagado o no sus impuestos o el servicio que hubieran prestado a la sociedad. Como las votaciones no se basaban en las profesiones sino en los territorios, bien podía suceder

que el voto de una persona tuviera más peso en la elección final dependiendo del lugar desde el que votara.

—Entonces, ¿un criminal o un delincuente podía votar? —preguntó Blanca, escandalizada ante esa posibilidad.

—Sí, si se tomaba la molestia de hacerlo —respondió Irene.

Todo el grupo, menos Miguel, mostró su asombro. El joven había estudiado los viejos sistemas políticos como parte de su formación y conocía todo aquello.

—¿Y las personas sin cultura ni educación cívica también? —insistió la joven.

—Sí. Y es más: su voto podía tener más peso real si vivían en zonas relativamente poco pobladas, si lo comparamos con el de un profesional culto y honrado que viviera en una gran ciudad, por poner un ejemplo.

Se quedaron en silencio unos segundos, reflexionando sobre las implicaciones que tenía aquella información.

—Pero eso es terrible —dijo finalmente Blanca—. ¿Qué candidatos podían salir elegidos, teniendo en cuenta todo eso?

—Blanca, ¿recuerdas lo que dice el libro azul sobre los peligros de la democracia? —intervino Miguel.

—Más o menos, pero refréscame la memoria —respondió ella.

—Glorificación de la mediocridad, elección de gobernantes ineptos, incapacidad de reconocer la evolución de la sociedad, que haya mayorías incultas, esclavitud a la opinión pública —enumeró Miguel, usando los dedos de la mano.

—Pues bien, en el siglo XXI cayeron de lleno en todos y cada uno de esos peligros —apostilló Irene.

—Por suerte, la humanidad ha aprendido de sus errores —intervino Raquel, con un suspiro.

—Eso esperamos todos —comentó Miguel—. Pero es necesario seguir trabajando y hacerlo bien. Si caemos en la autocomplacencia, será cuestión de tiempo que volvamos a repetir los mismos errores que cometieron nuestros antepasados.

—¡Por supuesto! No queremos volver a repetir un Desastre 2.0, ¿verdad, chicos? —exclamó David, y levantó su vaso para brindar— ¡Por la vida!

—¡Por la vida! —repitieron sus amigos. Y celebraron que estaban relajándose después de otro día más de servicio y de ocio.

24

«Durante unos años la vida fue muy dura. Los supervivientes parecían tener solo dos alternativas: buscarse la vida por su cuenta y enfrentarse a la ley de la selva por ellos mismos, o bien sacrificar su libertad trabajando para las corporaciones, que los exprimían hasta dejarlos exhaustos a cambio de seguridad, protección y energía con la que subsistir.

»Una seguridad y protección que pagaban muy cara.

»Los más mayores, que recordaban los tiempos anteriores al Desastre, se lamentaban y se preguntaban cómo habían llegado hasta ese punto. Ellos habían conocido la abundancia de productos de consumo, la energía barata, la seguridad que daban los antiguos Estados, la dignidad de vivir con un trabajo que les permitía un buen nivel de vida. Nada de eso existía ya.

»Los más jóvenes, los que habían nacido justo después del Desastre o eran unos niños cuando sucedió,

simplemente pensaban que ese era el orden natural de las cosas y, aunque a veces se cuestionaban la situación y algunos incluso se rebelaban, eran reprimidos muy pronto por las empresas, que crearon sus propios ejércitos privados para defender sus intereses y para defender a sus empleados (o eso decían).

»La vida fue muy gris y triste en aquellos tiempos. En algunos aspectos, fue como regresar a la Edad Media, solo que los reyes y la nobleza de entonces habían sido sustituidos por las empresas.

»Pero dicen que, cuando la noche es más oscura, es cuando empieza a amanecer.

»Y doce años después del Desastre, eso fue justamente lo que sucedió.»

Testimonio de Lila D.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

25

Hacía ya unas semanas, buceando en los blogs que algunos de los pioneros mantenían con más o menos regularidad, Irene había descubierto a Natalia, una joven pionera que vivió cerca de lo que ahora era la ciudad sumergida de Barcelona.

En la época en la que había escrito su blog, tenía unos veinticinco años, estaba soltera y trabajaba de decoradora de interiores, un oficio que en los tiempos de Irene ya no existía como tal. Había descubierto el libro azul cuando tenía dieciocho años y ese descubrimiento la había transformado completamente. Por lo que pudo leer en su diario virtual, le apasionaba viajar y, aunque sus recursos económicos eran limitados, siempre que podía se escapaba de su ciudad natal para visitar otros lugares, casi siempre a casa de amigos que habían

emigrado o que había conocido por Internet, la gran red comunicadora del siglo XXI anterior al Desastre.

No sabía por qué, pero Irene sentía que tenía una conexión especial con aquella joven que había vivido más de doscientos años atrás. Se sentía muy identificada con sus preocupaciones y sus esperanzas. Algunas no eran muy distintas a las suyas. Otras afortunadamente eran cosa del pasado, pero a pesar de todo no podía evitar sentir empatía por ella.

«¿Será porque las dos tuvimos el mismo hilo mental que nos une a la mente cósmica?», se preguntaba Irene. Por supuesto, no tenía manera de saberlo, pero disfrutaba mucho leyendo lo que escribía. Incluso tenía algún que otro poema de verso libre, donde se traslucían sus inquietudes y sus pensamientos más profundos.

Natalia estaba muy atenta a lo que sucedía en el mundo de su época y muy mentalizada respecto a la necesidad de que la humanidad diera un golpe de timón para enderezar el rumbo hacia una destrucción que parecía inevitable.

La joven pionera estaba preocupada por el agotamiento de las reservas de petróleo, que empezó a producirse a principios del siglo XXI y del que apenas se oía hablar, salvo por algunas voces aisladas y perdidas

en la cacofonía del ciberespacio. La población mundial había ido creciendo lentamente hasta el siglo XIX, en el que el crecimiento comenzó a dispararse, hasta llegar en el siglo XXI a más de siete mil millones de habitantes. De ellos, aproximadamente uno de cada nueve no comía adecuadamente para llevar una vida sana y activa, por no decir que pasaba hambre. Sin fuentes de energía adecuadas, la producción de alimentos para todas esas personas estaría seriamente en peligro. Por no hablar de que la agricultura intensiva estaba llegando al límite en el que no podía producir más. La tierra no daba más de sí, por más fertilizantes que se le añadieran. Y eso sin tener en cuenta los daños medioambientales que el uso excesivo de fertilizantes, herbicidas y plaguicidas estaban causando a la naturaleza.

El panorama era, desde luego, sombrío. Pero, como decía Natalia, «hay verdades incómodas que la gente prefiere no ver ni oír. Para muchos, es mejor mirar para otro lado y seguir con la vida como si no pasara nada y todo fuera a arreglarse por sí solo como por arte de magia. ¡Y cosas como estas nunca se arreglan solas!».

Salvo algún caso aislado, no había políticas de control de población. Había un acuerdo casi total en que la procreación era un asunto enteramente personal

y se dejaba al libre albedrío de las personas, tuvieran estas o no capacidad y recursos económicos para criar adecuadamente a sus hijos.

Irene sacudió la cabeza. «¡Qué barbaridad!», pensó. «¡Ni siquiera tenían escuelas de padres! Lo raro es que llegaran medianamente equilibrados a la edad adulta.»

¡Era tan distinto en su época…! A pesar de que la población mundial apenas llegaba a los mil millones y, por tanto, la superpoblación había dejado de ser un problema, cuando una pareja se registraba como «comprometida para el matrimonio» se le hacía automáticamente una prueba de ADN para determinar su aptitud procreadora. Además se realizaban pruebas psicológicas para determinar su equilibrio mental y detectar posibles enfermedades mentales.

Según el resultado de estas pruebas se determinaba el número de hijos que podría tener esa pareja. Si había alguna posibilidad de que se transmitiera una enfermedad hereditaria pero los examinados demostraban tener una gran aptitud mental y un gran deseo de ser padres, para no privarlos de esa experiencia humana tan importante se llevaba a cabo lo que se llamaba "fecundación asistida", en los

que se utilizaban óvulos y espermatozoides sanos de las personas implicadas y se fecundaban en laboratorio.

Afortunadamente, después de cien años de llevar a cabo esa práctica de manera generalizada en la federación de Estados cada vez eran más raros los casos en los que se privaba de procrear libremente a las personas, pues tanto las enfermedades físicas como las mentales habían descendido a niveles ínfimos.

Irene sonrió al recordar cuando le dieron las pruebas que se hizo junto con Cris. Tanto él como ella eran plenamente aptos, y les dieron el permiso para procrear hasta cinco hijos, el número máximo permitido. Para los dos fue un motivo de gran alegría saber que podrían formar una familia típica de aquella época. Incluso tenían ya fecha para comenzar a realizar los cursos prematrimoniales, y esperaban con ilusión el momento en que estuvieran listos para el matrimonio.

Pero, como siempre, la vida tenía otros planes, y Cris murió en un terrible accidente causado por un deslizador defectuoso. Porque las enfermedades podían estar prácticamente erradicadas, pero nadie estaba a salvo de los accidentes y de los imprevistos que se producen en planetas como la Tierra. Ese fue un duro recordatorio para Irene de que, en un segundo, los

accidentes del tiempo podían arrebatarte lo que más querías.

Al principio se recluyó en sí misma y se refugió en la lectura y en el servicio de investigación, pero en ese mismo momento, mientras reflexionaba sobre lo que leía en Magallanes aquella mañana de verano, se dio cuenta de que era hora de pasar página y de seguir viviendo y experimentando lo que la vida pudiera ofrecerle. Si nunca más iba a volver a vivir en la Tierra ni iba a tener un cuerpo material como aquel, tenía que aprovechar esa oportunidad única de aprender y vivir.

Irene suspiró profundamente y sonrió mientras miraba a lo lejos, a través de la ventana de su habitación.

Eternidad

A veces, desde la orilla,
me quedo mirando al mar.
Fijo la vista en el horizonte
y me pregunto a qué distancia estará.
Muy bien podría no haber más que mar,
por mucho que viajara hacia allí.
Mar y mar, olas y olas,
agua allá donde mire.
¿Será el infinito algo parecido?
¿Y la eternidad?
En el fondo, la eternidad
no es más que el tiempo infinito.
El infinito
es el espacio sin fin.
No hay fronteras, no hay límites.
No puede haberlos,

cuando hablamos del YO SOY.
La Primera Causa,
el primer postulado.
El Gran Axioma
del que deriva todo.
Supongamos un ser autoexistente.
El Gran Incondicionado.
Y aunque pudiera imaginarlo,
no sería suficiente.
Porque lo finito
no puede concebir lo infinito,
del mismo modo
que una botella de medio litro
no puede contener un litro.

(Natalia, 10-12-2016)

26

Otra de las cosas del atribulado siglo XXI que llamaban poderosamente la atención de Irene era la fuerte presencia de la discriminación en todos los ámbitos.

En primer lugar, la discriminación por motivos de raza. A pesar de que el discurso oficial afirmaba que todos eran iguales ante la ley, la realidad era muy distinta. Los sospechosos habituales de cometer delitos eran siempre miembros de minorías raciales, cuyo color de piel era siempre más oscuro que el de la raza blanca, considerada una raza superior por alguna ley no escrita. En los países donde la raza blanca convivía con otras, cuanto más clara fuera la piel de alguien, mejor le iría en la vida, independientemente de sus habilidades y su valía. El ascensor social no estaba igual de bien engrasado para los que no eran blancos.

«Afortunadamente hemos superado todo esto», pensó Irene. «Aunque todavía son distinguibles algunas razas, nos han enseñado desde pequeños a vernos a todos como hermanos y a actuar en consecuencia. ¡Y eso ha tenido consecuencias increíbles para la humanidad!»

Por otro lado, estaba la discriminación de sexo. Las mujeres, incluso en las sociedades más avanzadas, no habían logrado un estatus de igualdad plena con los hombres. En algunos países eran directamente ciudadanas de segunda y no podían siquiera trabajar o salir solas a la calle. Incluso Natalia, una mujer blanca que vivía en un país de la civilizada Europa, se quejaba en su blog de que sus colegas masculinos ganaban más que ella solo por el hecho de ser hombres. Las mujeres tenían además que sufrir un doble rasero en muchos aspectos de la vida. La promiscuidad sexual era censurable en las mujeres, y sin embargo en los hombres no solo no se censuraba sino que se veía con buenos ojos. También tenían unas exigencias de apariencia y de peso que no tenían los hombres.

Irene simplemente no podía comprenderlo. En su época, las horas de servicio computaban exactamente igual para hombres y para mujeres. Los puestos de responsabilidad (incluido el de presidente del Consejo

Federal Mundial) estaban copados por igual por hombres y mujeres. Y desde luego no existía ningún tipo de exigencia hacia las mujeres para que lucieran más guapas o más delgadas. ¡Le parecía impensable perjudicar a una sola mujer solo por el hecho de serlo!

También estaba la discriminación de las personas que sufrían discapacidades. En una época donde, a pesar de los avances médicos, todavía había muchas personas que nacían con discapacidades, o que las tenían debido a los accidentes del tiempo o a enfermedades degenerativas, se discriminaba a estas personas dificultándoles el simple hecho de poder salir de su casa y desplazarse por el territorio con facilidad. Por no hablar de que les era mucho más difícil encontrar trabajo o incluso tener una relación de pareja. No ser físicamente aceptable o no estar sano al cien por cien eran motivos suficientes para sufrir estigma social.

Para Irene era terriblemente cruel maltratar así a personas que no habían sido afortunadas por la genética o por los accidentes del tiempo. En su mundo del siglo XXIII, había muchos recursos para ayudar a personas que se habían visto incapacitadas por accidentes o por las cada vez menos frecuentes pero todavía presentes enfermedades. En aquella sociedad

nadie sobraba (entre otras cosas, porque la población mundial era siete veces inferior a la del siglo XXI) y todos tenían algo que aportar, por poco que fuera.

Otra de las discriminaciones claras de aquella época tenía que ver con la orientación sexual. Todo aquel que se alejara de la orientación heterosexual era discriminado e incluso condenado y asesinado en ciertos países. En algunas sociedades del siglo XXI empezaba a haber un cambio de actitud, pero se estaba todavía muy lejos de considerar esas orientaciones como comparables, por ejemplo, a ser zurdo.

En su época, la orientación sexual ni siquiera era algo digno de mención, como no lo era el color de la piel ni del cabello ni de los ojos. El compromiso oficial incluía a las parejas del mismo sexo, que tenían los mismos derechos y las mismas obligaciones que las parejas hombre-mujer. Entre esos derechos se incluía por supuesto la posibilidad de adoptar a huérfanos. Irene conocía a un par de amigas de su madre que habían adoptado al sobrino de una de ellas poco después de casarse. Como con todos los casos de adopción de huérfanos, tuvieron que pasar por una selección junto con otras parejas candidatas. La única ventaja con la que partían es que una de ellas era familiar directo del huérfano.

Y por último estaban las clases sociales, determinadas por el dinero. En prácticamente todos los países del mundo se reproducía la misma división: una pequeña elite de ricos y poderosos, que tenían la mayor parte del dinero y del poder; una clase media en clara disminución, que actuaba como colchón amortiguador de tensiones entre ricos y pobres; y la inmensa mayoría, que ganaba un salario cada vez más insuficiente para vivir dignamente.

Esa división de clases era otra de las cosas que había pasado a formar parte de la historia. La sociedad ya no se movía por el afán de ganar dinero, sino que todos colaboraban con lo mejor de sus capacidades y ofrecían su servicio a todos los demás. Si había elites (aunque Irene no los calificaría así) las formaban esas personas que habían hecho una gran aportación a la sociedad y que tenían una capacidad excepcional de servicio.

La joven podía ver claramente que, en toda discriminación del siglo XXI, se repetía siempre el mismo patrón: el enfrentamiento del «nosotros» frente al «vosotros»; la cosificación del otro. En definitiva, la falta de amor hacia los que no son como nosotros ni piensan como nosotros.

«¿Dónde estaba la fraternidad?», se preguntaba Irene. «Por aquel entonces ya conocían el mensaje de la paternidad de Dios y de la hermandad de los hombres. ¿Por qué entonces solo eran bellas palabras y no se ponían en práctica?».

Justo en el momento en que se hacía todas esas preguntas, pareció que una voz interior le susurró una respuesta:

«A toda idea le llega su momento».

Irene sonrió para sus adentros. Estaba claro que los de allá arriba manejan otra magnitud de tiempo diferente, mucho más grande que la que abarca una fugaz vida en la Tierra. Pero sí que vio claramente que, cuando es el momento para que una idea se haga realidad, todos los obstáculos parecen desaparecer como por arte de magia.

Esperanza

Hoy es uno de esos días
en que me desanimo.
Aunque me repita mil veces
que el mal solo son manchitas negras
en una inmensa sábana blanca,
parece que solo tengo ojos
para las manchas
y mi ánimo es incapaz
de centrarse en la blancura.
Hoy es uno de esos días
en que pienso
que vivo en el mundo al revés.
Los malos campan
a sus anchas,
cometen fechorías
que no tienen castigo

y encima
dan lecciones de moral
a la buena gente.
Los más capacitados
no pueden prosperar
pues los mediocres
les cierran el paso.
Los más inteligentes de la clase
tienen que ocultar sus habilidades
para no ser objeto de burlas.
Y aun así,
a pesar del desánimo,
tengo fe
en que todo esto pasará
como una tormenta
en una tarde de verano.
Algún día, sí.
Algún día
en el que ya no estaré aquí.
Y mientras tanto,
mientras llega el día
de continuar el viaje
por el universo,
seguiré diciendo,
como aquel ángel guardián:

¡Qué vida, y en qué planeta!

(Natalia, 11-01-2017)

27

«En el antiguo territorio de Alaska, del que solo quedaban por entonces dos penínsulas de tierra que se adentraban en el Pacífico Norte, vivían comunidades autosuficientes que habían logrado zafarse del control y la tiranía de las empresas. A pesar de que aquella siempre había sido una zona rica en recursos naturales, las duras condiciones climatológicas y la inaccesibilidad del territorio había hecho a las empresas desistir de explotar aquellos territorios. Tenían otros lugares más fáciles en los que ejercer su poder y obtener sus beneficios.

»En una de aquellas comunidades pequeñas pero autosuficientes, que aprovechaban todo lo que la naturaleza pudiera ofrecerles, así como los 'restos del naufragio' que había generado el Desastre, vivió un

visionario que ofreció un legado a la humanidad de valor incalculable.

»Nadie sabe cuál era su verdadero nombre, o al menos ese dato se ha perdido para la historia. Él se hacía llamar Kin Lates en honor a Nikola Tesla, otro visionario que vivió a caballo de los siglos XIX y XX y al que Kin admiraba profundamente.

»No llegué a conocerle en persona (muy pocas personas tuvieron el privilegio de hablar con él), pero mi padre sí estuvo en contacto con él virtualmente, a través de la red que creó y mantuvo con el fin de propagar el descubrimiento que había hecho mientras trabajaba en una remota cabaña de Alaska.

»Aquella red, que Kin llamó majesNET, no solo permitió volver a conectar a comunidades que habían permanecido aisladas, sino que desafió directamente a las empresas.

»Y eso era algo que las elites no podían permitir bajo ningún concepto.»

Testimonio de Wanda S.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

28

Una calurosa tarde de domingo, Irene estaba bajo el porche de su casa leyendo una novela en su B-Ultimate cuando apareció su madre por la puerta.

—¡Irene, cariño! ¿Podrías ayudarnos un momento? Tu abuela y yo vamos a hacer mermelada y necesitamos que alguien nos eche una mano.

—Claro, mamá. Ahora mismo voy.

Irene se levantó, dejó su B-Ultimate en la tumbona que había utilizado y fue a la amplia cocina de su casa, donde su abuela estaba preparando los recipientes donde iban a poner a macerar la fruta con el azúcar.

En una de las encimeras, había montañas de frutas distintas, algunas del huerto familiar y otras de huertos colindantes. Algunos vecinos daban la fruta a

cambio de mermelada o de alguna otra cosa que necesitaran. El trueque era algo normal entre ellos.

En esta ocasión, tenían manzanas, higos, albaricoques, melocotones y ciruelas. Toda la fruta estaba sin pelar, así que Irene se imaginaba muy bien a qué parte del proceso se iba a dedicar.

—Me pongo a pelar, ¿no? —confirmó con su abuela.

La mujer, de unos ochenta años, alta pero ya algo encorvada por el peso de los años, asintió, sonriendo.

—Yo te ayudaría, cielo, pero no tengo fuerza en las manos… —dijo, y mostró sus dedos, levemente deformados por la artrosis.

—Tranquila, abuela, que ya estoy yo para eso —dijo Irene en tono jovial—. Además, me relaja pelar fruta, es como un pasatiempo para mí.

Hacía unos seis meses que su abuela se había venido a vivir con ellos, poco después de la muerte de su abuelo. Este había sido servidor público en la municipalidad de Alándica, su ciudad, y cuando los dos estuvieron jubilados (cuando su abuela cumplió sesenta y cinco años) se dedicaron a viajar por muchos lugares del mundo mientras la salud de los dos lo permitió. Cuando alguien se retiraba del servicio se consideraba que tenía la cuota necesaria para vivir con todo lo que

precisara hasta el día de su muerte, lo que incluía los viajes que el resto de habitantes debían esperar a hacer durante su mes de vacaciones.

Hacía un par de años que los abuelos de Irene decidieron no moverse de Gran Hispania, su isla, y vivieron una existencia plácida y feliz en su casa, situada cerca de su extensa familia de cinco hijos, veinte nietos y cuatro bisnietos.

Con la muerte del abuelo, la abuela no quiso quedarse sola en una casa que de repente se le había hecho enorme, y se fue a vivir con una de sus hijas, Eva, la madre de Irene. Uno de los nietos, que estaba comprometido y pensaba casarse pronto, pasó a ocupar la casa como su vivienda familiar. Normalmente las viviendas y sus parcelas correspondientes se otorgaban previa solicitud a la municipalidad, pero cuando alguien abandonaba su vivienda por los motivos que fuera, los familiares directos que necesitaran una vivienda tenían preferencia para ocuparla. Así, no era raro que los abuelos dejaran sus viviendas a los nietos cuando ya no podían valerse por sí mismos o preferían irse a vivir con alguno de sus hijos.

En su época, los abuelos eran muy bien recibidos en los hogares y era un motivo de honor para un hijo que sus dos padres (o uno de ellos si enviudaban) le

pidieran ir a vivir a su casa. Si los ancianos precisaban cuidados constantes debido al deterioro físico de la edad, había un servicio especial de apoyo a las familias, para que estas pudieran hacer sus vacaciones y realizar su servicio en otros puestos. Los familiares también podían cubrir su cuota de servicio cuidando de los padres o de otros familiares directos que estuvieran enfermos, pero siempre se procuraba que tuvieran personal de apoyo para que pudieran descansar y dedicarse durante unas horas al día a cultivar cuerpo, mente y espíritu.

Mientras estaba pelando cuidadosamente un melocotón, Irene recordó lo diferente que era la actitud ante los ancianos en el siglo XXI. Era muy triste ver cómo la belleza efímera de la juventud se colocaba por encima de la sabiduría de la vejez en la escala de valores. Las personas ancianas eran consideradas como trastos viejos que nadie sabía dónde poner. Daba la impresión de que sobraban, de que eran el recordatorio sombrío de la decadencia física y mental que a todos nos alcanza inexorablemente, y preferían tenerlos lejos. Encogía el corazón pensar en la falta de respeto hacia muchos ancianos, que acababan sus días aquejados de una terrible soledad y tristeza, alejados de sus seres queridos. Y ese patrón se iba repitiendo en cada

generación, como si de una maldición se tratase. Porque los hijos actúan según lo que han visto hacer a sus padres.

Se detuvo durante unos segundos y miró a su abuela, que estaba mezclando la fruta ya pelada con el azúcar para dejarla macerando hasta el día siguiente. En ese momento se alegró mucho de convivir con su abuela. Era una gran cocinera pero, en lugar de dedicarse a ello, sirvió como maestra en una de las escuelas de Alándica hasta el día de su jubilación. Fue su abuela la que le inculcó la pasión por la historia y por la lectura, y le estaba enormemente agradecida por ello.

«Ahora se la nota un poco más cansada que hace unos meses, pero sigue teniendo ilusión por hacer cosas y por ayudar en casa», pensaba la joven. «Además, su mente sigue estando muy despierta y es un placer charlar con ella de cualquier tema».

Justo en ese momento Irene recordó el gran apoyo que había tenido con su abuela después de lo de Cris. Y más aún cuando murió su abuelo, pues las dos compartieron una sensación parecida de pérdida.

—Yo he tenido muchos y buenos años de matrimonio con tu abuelo” —le dijo un día—. Y no voy a volver a tener esa relación con nadie más. Esperaré

hasta que llegue el momento de pasar al otro lado y me reencontraré con él. Pero tú eres demasiado joven para eso. Deberías encontrar el amor de nuevo con otra persona. Estoy segura de que Cris así lo querría.

Justo en ese momento su abuela se dio cuenta de que la estaba mirando y le devolvió la mirada a su vez, con expresión inquisitiva.

—¿Pasa algo, cariño? —le preguntó, con dulzura.

Irene movió la cabeza con una gran sonrisa.

—Nada, abuela. Que estoy muy contenta de que vivas con nosotros —respondió. Y siguieron haciendo mermelada para los desayunos de todo el vecindario.

29

«Kin Lates era descendiente de pioneros que leían el libro azul, y tenía un ejemplar impreso que pudo rescatar de su hogar natal en Colorado, del que huyó durante la peor parte del Desastre para dirigirse al norte.

»Según le contó a mis padres, siempre le obsesionó el pasaje en el que se hablaba de tipos de energía desconocidos en nuestro planeta, y se propuso dedicar su vida a la búsqueda de esa energía desconocida. Como dijo en un escrito del que se conservan solo algunos fragmentos: "Sé que existe al alcance de la mano una fuente de energía limpia, barata y suficiente para mantener un buen nivel de civilización, y no pararé hasta encontrarla". Y cumplió su palabra.

»A pesar de trabajar en condiciones climáticas adversas y de pasar por múltiples fracasos, jamás se

rindió. Renunció incluso a tener una familia y vivía como un ermitaño en las extensiones del lejano noroeste de los restos del continente americano. Aunque a veces echaba de menos la compañía de otros seres humanos y venía de vez en cuando a visitar a mi familia, que vivía a unas dos horas de travesía por la costa, la mayor parte del tiempo permanecía enfrascado en sus experimentos. La ciencia era su pasión, y muy a menudo perdía la noción del tiempo y se olvidaba hasta de comer y dormir. Cuando su cuerpo protestaba por los abusos, entonces se detenía y descansaba o comía.

»Kin Lates debería figurar entre los grandes genios de la humanidad de todos los tiempos. No solo descubrió una energía desconocida hasta entonces, sino que liberó a los hombres y mujeres de su época de la esclavitud abyecta a la que les habían sometido las empresas.

»En honor al libro azul, llamó a esta energía desconocida "energía última".»

Testimonio de Benjamin B.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

30

Finalmente llegó el día de las tan esperadas vacaciones.

El día anterior, Irene dejó preparado su equipaje: ropa ligera, calzado cómodo, sombrero, protector solar, repelente para los mosquitos y su B-Ultimate, para estar conectada con su familia en particular y con majesNET en general.

Aquella noche le costó un poco dormirse, pues a la excitación de viajar a un nuevo territorio en el que nunca había estado en persona se le unía la incertidumbre de cómo sería pasar las vacaciones con Miguel. Finalmente, el cansancio la venció, y tuvo una noche agitada con sueños extraños en los que vagaba por lugares extraños y desconocidos buscando a Miguel sin éxito.

A la mañana siguiente, 5 de agosto, el día del viaje, partió con Miguel de Gran Hispania en dirección a Gran Lusitania, desde donde salía el superdeslizador rumbo a Mauritia, uno de los nuevos territorios, situado justo al norte de la franja del planeta conocida como trópico de Capricornio.

Durante sus horas de ocio de los últimos días, la joven había procurado leer toda la información que había encontrado en majesNET acerca de aquellas tierras. Como todos los nuevos territorios, surgieron del océano después del Desastre; luego estuvieron durante casi cien años deshabitados, hasta que la Revolución Última aportó los recursos energéticos necesarios para colonizarlos. El Consejo Federal Mundial daba toda serie de facilidades y beneficios a los que quisieran emigrar a esos territorios, para que la población humana se extendiera uniformemente por todo el planeta, en la medida en que esto fuera posible. A excepción de Thule, que era con diferencia el más inhóspito, el resto de territorios tenían un clima y unas condiciones de vida más que aceptables y siempre había gente con ganas de cambiar de aires entre los habitantes de los territorios antiguos, que así se llamaban a los que habían estado poblados antes del Desastre.

Después de ocho horas de vuelo, intercaladas con una escala de apenas dos horas en Nueva Saharia, llegaron a Newport Louis, la capital de Mauritia. Ya era de noche en aquellas latitudes así que, en cuanto llegaron a la residencia de visitantes que se les había asignado, cenaron frugalmente y se fueron a dormir. El día había sido muy largo, y había que adaptarse a un clima y a un horario distintos a los suyos.

La residencia de visitantes estaba situada en una pequeña colina a poca distancia de una larga playa con palmeras y arena blanca. Las habitaciones estaban todas conectadas por un corredor al aire libre que daba justo al mar. Desde su cama, Irene podía escuchar claramente el murmullo de las olas, que avanzaban y retrocedían por la arena en un vaivén incesante. Con ese sonido se durmió, sintiendo que las olas la arrullaban cariñosamente hasta caer en un sueño profundo.

A la mañana siguiente Irene se despertó temprano. Apenas entraba claridad por su ventana, pero sintió el impulso de salir de la cama pues le pudo la curiosidad de ver amanecer en aquellas tierras. Como estaban en la zona este de la gran isla, el sol surgiría del mar, y no había cosa que le gustara más a Irene que ver surgir al astro rey por el horizonte.

Soplaba una ligera brisa fresca que hizo estremecer a Irene cuando salió de la habitación. Todavía iba con las prendas que usaba a modo de pijama: una camiseta de manga corta de algodón y unos pantalones anchos y cortos del mismo tejido. Pensó en si debía regresar a la habitación a por algo más de abrigo, pero desechó enseguida la idea pues sabía que el sol se movía rápido por aquellas latitudes y no quería perderse aquel momento por nada del mundo.

Una vez llegó a la playa se sentó a unos cinco metros de la orilla mirando al mar. Con los ojos abiertos para no perderse el momento en que viera aparecer el sol por el horizonte, se puso a meditar y a dar gracias por todo lo que había experimentado y estaba experimentando en su vida. Le pareció un lujo poder estar en aquella playa a solas, gozando de un espectáculo de la naturaleza que nunca era el mismo. Las vacaciones justo acababan de empezar, y tenía treinta días por delante para dedicarlos a lo que quisiera: viajar, conocer a otras personas y otras culturas, leer… en definitiva, a disfrutar de la vida en un planeta tan bello e impredecible como el suyo.

Entonces, de repente, vio asomar el sol por el horizonte. En ese momento cerró los ojos, aspiró profundamente la brisa marina y se entregó a dar

gracias por el momento presente, con una amplia sonrisa en su rostro. Estuvo así durante unos minutos, hasta que notó de repente una presencia detrás de ella.

Abrió los ojos, se dio la vuelta y vio a Miguel de pie en la playa, a unos diez pasos de donde estaba ella.

—Buenos días —le saludó el joven con una sonrisa.

—Buenos días —saludó Irene a su vez.

—No quería molestarte y por eso me he quedado aquí. Me imaginaba que estarías meditando o algo parecido.

Irene se levantó, se sacudió la arena que se le había quedado pegada a las piernas y fue hacia donde estaba él.

—Sí, algo parecido —dijo, sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias. La verdad es que estaba bastante cansado y no me costó mucho dormirme. ¡Ahora estoy listo para conocer este lugar!

Durante unos segundos estuvieron mirando a su alrededor, ya con plena luz del sol. La playa era realmente bonita; debía tener un par de kilómetros de longitud y estaba bordeada de palmeras y de vegetación exuberante, donde había intercalados algunos edificios bajos de fachada blanca. Irene imaginó que la mayoría

de esos edificios debían de ser residencias de visitantes, ya que la playa tenía un atractivo indudable para los forasteros.

—De momento me está gustando mucho lo que veo —afirmó Irene.

—A mí también —asintió Miguel—. ¿Qué te parece si vamos a desayunar y pensamos en lo que queremos hacer hoy? Me están empezando a rugir las tripas.

—Me parece perfecto. ¡Vamos!

31

«En cuanto Kin perfeccionó la manera de aprovechar la energía última para hacer funcionar toda clase de máquinas, se propuso dar a conocer sus descubrimientos de manera que las empresas no pudieran adueñarse de ellos para seguir esclavizando a sus trabajadores.

»Para ello, creó majesNET, una red de transmisión de información que no necesitaba transmitirse a través de los pocos satélites que funcionaban todavía, pues aprovechaba la característica de la energía última de estar en todas partes y cubrir el planeta como si fuera un manto. Eso permitía unas velocidades de transmisión enormes. Lo único que se necesitaba era tener aparatos receptores que fueran sencillos de fabricar y materiales fáciles de conseguir.

»En este asunto en particular, Kin contó con la gran ayuda de la comunidad más cercana a su cabaña, en particular de Michael B., al que sin duda le corresponde también su parte de mérito en esta gran empresa.

»Poco a poco, comunidad a comunidad, majesNET se fue extendiendo por los territorios de Alaska en dirección sur. Los comienzos fueron relativamente sencillos, pues el largo brazo de las empresas no había llegado hasta allí.

»El problema para ellos comenzó cuando llegaron a poblaciones controladas por las empresas, pues una fuente de energía barata y al alcance de todos, así como un medio de comunicación prácticamente instantáneo, eran muy difíciles de ocultar a los que querían tener el monopolio del poder y no dudaban en utilizar todos los medios a su alcance para mantenerlo.

»De hecho, las empresas no tardaron en darse cuenta del peligro que se cernía sobre sus intereses y en tomar medidas para neutralizarlo.»

Testimonio de Lydia C.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

32

Durante los diez primeros días de las vacaciones, Irene y Miguel recorrieron una buena parte de la zona este de la isla. Visitaron las playas, donde no solo nadaron en el mar sino también dieron paseos en barco y practicaron submarinismo.

En su exploración de la isla, también se dirigieron tierra adentro y disfrutaron de unos bosques tropicales rebosantes de vida y color. A pesar del calor y de los inconvenientes de la selva, se divirtieron de lo lindo descendiendo en canoa por ríos caudalosos, explorando grutas y nadando en estanques de agua cristalina. De tanto estar al aire libre, y pese a que llevaban puesta protección para el sol, su piel había adquirido un tono de bronceado intenso que casi podía compararse al de los habitantes de Mauritia.

Además los colonos de Mauritia eran muy hospitalarios con los visitantes y estaban siempre bien dispuestos a enseñar las bellezas de aquel nuevo territorio que estaba prácticamente en verano perpetuo durante todo el año. También conocieron a otros visitantes, que tenían más o menos su edad, con los que congeniaron muy bien. Procedían de otros Estados, algunos de ellos situados a medio mundo de distancia de Gran Hispania, como por ejemplo Australia, Sudáfrica o Siberia.

Realmente era muy enriquecedor hablar con gente de Estados tan lejanos usando el *neweng*, el idioma mundial que se había convertido en estándar y que todos los habitantes del planeta hablaban o conocían bien. Irene recordó que, en el siglo XXI, aunque el inglés era el idioma del comercio y del intercambio cultural, la humanidad de aquel tiempo vivía en una verdadera Torre de Babel, donde se hablaban unos seis mil idiomas. Aunque solo unos seiscientos idiomas tenían más de cien mil hablantes, no dejaba de ser un inconveniente serio para facilitar el intercambio cultural y, sobre todo, la comprensión del otro. En aquel siglo lejano se decía que los idiomas eran riqueza cultural, y era cierto, pero también ponían barreras difíciles de cruzar.

Por las noches, después de cenar, era muy frecuente que los jóvenes se reunieran por la noche en la zona de servicio de bebidas de la residencia para conversar, escuchar música y bailar. El resto de visitantes de su residencia eran familias con hijos de todas las edades, que estaban alojadas en otra parte del recinto donde había hileras de viviendas unifamiliares adosadas con un pequeño jardín delantero, lo que les daba más tranquilidad y privacidad. Esas viviendas, de una sola planta, eran muy sencillas, pero tenían todo lo necesario para que una familia pudiera sentirse cómoda.

Irene se dio cuenta desde el primer día de que, salvo ellos dos, todos los demás jóvenes alojados en las habitaciones eran parejas comprometidas. Al principio de conocerse hubo algún que otro malentendido (incluso les llegaron a preguntar por qué dormían en habitaciones separadas), pero una vez Miguel e Irene se encargaron de dejar claro que eran simplemente amigos, todos lo aceptaron sin más. En el fondo, les habría parecido más extraño que durmieran juntos en la misma habitación sin estar comprometidos. Eso era algo que socialmente no estaba muy bien visto en ninguno de los Estados.

La undécima noche de su estancia en Mauritia, todos los jóvenes de la residencia quedaron a las diez de la noche para ver juntos la holotransmisión en directo vía majesNET de un concierto que Chab Trazom iba a dar muy lejos de allí, en Gran Sicilia. Chab era un músico originario de Mongolia del que muchos afirmaban que era aquel del que hablaba el libro azul cuando decía que «pueblos enteros se sentirán cautivados por los magníficos acordes de sus melodías» y que «podría cambiar para siempre el curso de una nación entera, e incluso de todo el mundo civilizado». Por supuesto, no había ninguna garantía de que se refirieran concretamente a él, pero sí era cierto que todo el que escuchaba su música se sentía inmediatamente elevado.

Hacía casi un año que Chab no daba conciertos en directo ni ofrecía temas nuevos en majesNET, así que había mucha expectación en todo el mundo acerca de este acontecimiento. Irene se alegró de que hubiera sido durante el mes de vacaciones, pues estar fuera de la rutina diaria y más relajada que cuando tenía que atender el servicio y sus tareas en casa sin duda haría que la experiencia fuera mucho mejor.

La cena solía acabar a las ocho de la noche, así que Irene, Miguel y sus nuevos amigos tuvieron ocasión

de pasar un buen rato de charla y diversión antes de que fuera la hora de la holotransmisión. Aunque era de noche hacía un poco de calor, que en aquellas latitudes solía ir acompañado de humedad, así que algunos aprovecharon para darse un baño en la piscina de la residencia. Casi todas las charlas tenían lugar alrededor de ella, para tener la ocasión de refrescarse de vez en cuando.

Cuando se fue acercando la hora de acceder a la transmisión del concierto, poco a poco todos se fueron sentando en las tumbonas que había alrededor de la piscina, preparados para relajarse y dejarse llevar por la experiencia. Irene vio que las parejas habían puesto sus tumbonas prácticamente juntas, para poder disfrutar del espectáculo abrazados. Ella se sentó junto a Miguel, pero sin que sus tumbonas llegaran a tocarse. Se tumbó, respiró hondo y esperó pacientemente mientras contemplaba el cielo estrellado, que aparecía en todo su esplendor pues alguien se había encargado de apagar las luces.

A la hora en punto, el holovisor de majesNET situado justo sobre sus cabezas comenzó a enviar imágenes en tres dimensiones y una música tenue pero envolvente. Las imágenes eran como pulsaciones de colores que acompañaban a la música y que resultaban

casi hipnóticas. Poco a poco la música iba *in crescendo* y las imágenes iban cambiando cada vez más rápidamente. Era como una ola de melodías que avanzaban y retrocedían, que se apagaban y regresaban pero no como empezaron, sino con alguna variación más o menos perceptible. Aquello era como la representación musical de una espiral.

Atrapada por las imágenes y la música, Irene se sintió como transportada muy lejos, al centro del universo conocido. De repente fue como si hubiera perdido toda noción del tiempo y del espacio; solo existía ella, la música y las imágenes en continua metamorfosis.

Y entonces, cuando parecía que se había fundido con la música de tal manera que había abandonado toda conciencia de corporeidad, las imágenes en color fueron dando paso a un globo inmenso de luz blanca que no cegaba los ojos y que latía como si fuera un corazón. De repente, al cabo de un tiempo que la joven no pudo precisar, y sin previo aviso, se produjo la apoteosis final, en la que el globo inmenso de luz ocupó todo el campo de visión. Irene se sintió llena de un amor tan grande que le pareció que iba a explotar. Sentía tanta dicha y tanta paz a la vez que no podía evitar que acudieran lágrimas de felicidad a sus ojos.

Tras la apoteosis, las imágenes se fueron desvaneciendo lentamente, como también hizo la música, hasta que finalmente no quedó más rastro que la impresión que había dejado en los espectadores.

Durante un buen rato, todos se quedaron inmóviles en sus tumbonas, sin mover un músculo, como si estuvieran todavía recuperándose de una conmoción que había sacudido totalmente su cuerpo, su mente y su espíritu. Después, poco a poco, empezaron a moverse y se incorporaron para sentarse. Irene miró los rostros de los que tenía más cerca, bañados por la luna creciente. Algunos tenían todavía lágrimas en los ojos, como ella.

—Chab se ha superado —dijo alguien a quien no pudo identificar pues todavía no se habían encendido las luces. Hubo murmullos de asentimiento a sus palabras.

Era evidente que la mayoría seguían embriagados con aquella sensación que la música les había traído, así que casi nadie se atrevía a romper el silencio más que con cuchicheos o monosílabos. Irene miró a Miguel, que seguía tumbado mirando hacia el cielo, con una expresión de felicidad en el rostro que no le había visto jamás. Estaba tan abstraído que ni siquiera se daba cuenta de que la joven le estaba mirando.

Irene volvió a tumbarse, pues quería seguir experimentando aquellas sensaciones durante un rato más. Desconocía cuántos espectadores habría tenido Chab aquella noche, pero ya fueran pocos o muchos, estaba segura de que aquel día la paz y la armonía habían avanzado un poco más en el mundo.

Irene recordó entonces otra frase del libro azul: «La melodía tiene el poder de transformar a un mundo entero». Cerró los ojos e intentó revivir la experiencia que acababa de tener, que parecía haberse quedado impresa en su mente con una gran intensidad.

Cuando ya solo quedaban en su memoria jirones sueltos de las sensaciones que había experimentado, abrió los ojos y se dio cuenta de que Miguel estaba sentado a su lado, mirándola en la semioscuridad que daba la luz de la luna. Las luces seguían apagadas y reinaba un gran silencio. Irene entonces se incorporó.

—Se han ido todos —observó Miguel, mirando a su alrededor—. Nos hemos quedado solos.

Irene asintió. Se sentía extraña, como si tuviera algo en su corazón que pugnara por salir y que había estado oculto durante mucho tiempo. Y la música había hecho que saliera a la superficie y pudiera por fin ponerle nombre.

Porque, justo entonces, comprendió que quería a Miguel con un amor más profundo que el que había sentido por Cris. Quizá, si Cris hubiera seguido vivo, ese amor habría evolucionado, habría crecido y habrían sido felices juntos. Pero los accidentes de la vida los separaron y el amor hacia Cris se quedó en poco más que en un enamoramiento juvenil, en algo que pudo haber sido y no fue.

En ese mismo momento sentía que con Miguel tenía la posibilidad de hacer crecer un amor profundo y transformador. Sentía que con él podía desarrollarse plenamente como persona, que juntos podían construir un proyecto de familia, que podían llegar todo lo alto que quisieran. Porque juntos eran mucho más que la suma de dos individualidades. Juntos todo lo podían.

Miguel pareció leer los pensamientos de la joven, porque se acercó a ella y empezó a decir:

—Irene, yo…

No pudo terminar la frase, pues Irene tomó su rostro entre las manos y le dio un beso largo y apasionado. Durante un segundo él se quedó sorprendido por el impulso de la joven, pero luego devolvió el beso y la abrazó con fuerza.

Durante unos minutos estuvieron sin hablar, fuertemente abrazados, hasta que Miguel dijo, con la voz ronca:

—Te quiero tanto…

—Yo también —dijo Irene a su vez, abrazándolo con más fuerza—. Para mí ha sido como una revelación. Qué extraño, ¿verdad?

—Habrá que darle las gracias a Chab —sonrió Miguel, y le dio un beso cariñoso en la frente.

Entonces, el joven se deshizo del abrazo de Irene y dijo:

—¿Qué te parece si volvemos a la residencia?

La joven asintió y, rodeando a Miguel con el brazo, acercó su cara a la suya y le dijo, con una sonrisa pícara:

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me invites a pasar la noche en tu habitación.

El joven la besó en la nariz y respondió:

—Tus deseos son órdenes para mí.

Y regresaron a la residencia abrazados por la cintura.

Amor

¡Ay, amor,
cuántas atrocidades
se han cometido en tu nombre!
¿Por qué se ha prostituido tanto
tu significado?
¿Por qué te confunden
con posesión,
con dominación,
con celos,
con deseo?
¿Por qué te usan
cuando quieren decir sexo?
¿Por qué te banalizan tanto?
¿Por qué ya no se dice «te amo»,
sino «te quiero»?
¿Por qué hablan

de amor verdadero?
¿Hay acaso un amor falso?
El amor es verdadero,
bello y bueno.
El amor es dinámico,
empuja a actuar con bondad.
El amor es entrega alegre,
es respeto exquisito
al libre albedrío de los demás.
Si amas a alguien,
déjalo libre.
El amor no da cadenas,
sino alas.
«*El amor es el deseo*
de hacer el bien a los demás».

(Natalia, 16-4-2017)

33

«La noticia de los aparatos milagrosos que parecían funcionar solos corrió como la pólvora entre las comunidades controladas por las empresas. Esto hizo que cada vez más gente empezara a cuestionarse su modo de vida y el control que las elites ejercían sobre ellos.

»Como fuera que las empresas veían amenazado su dominio, intentaron por todos los medios impedir que las nuevas máquinas estuvieran en poder de sus trabajadores, echando mano de sus ejércitos privados si era necesario. Los aparatos eran incautados y fueron examinados para ver cómo funcionaban, pero parecía haber algo que se les escapaba, pues no conseguían averiguar de dónde procedía la energía que los ponía en marcha.

»También llegaron a infiltrarse en majesNET, pero el secreto último seguía sin ser revelado públicamente. Kin Lates había tejido una red de conocimiento que, aunque se propagaba por majesNET, no estaba al alcance de todo el que se conectara a la red. Por fortuna, no estaba solo.

»Desesperados, los dueños de las empresas intentaron ponerse en contacto con Kin Lates y le ofrecieron todo el dinero y el poder que quisiera. Solo recibieron burlas como respuesta. Si había algo que aquel genio no buscaba era justamente dinero. Bastante bien sabía a dónde podía conducir la avaricia humana como para querer perpetuar el sistema que se basaba justamente en el afán de lucro.

»Los poderosos del planeta, furiosos, decidieron tomar la solución más drástica. Antes de que majesNET extendiera su perniciosa influencia como una plaga, había que descabezar la red para que se derrumbara ante la ausencia de la carismática figura de su líder.

»Decidieron buscar a Kin Lates, matarlo y llevarse su secreto para que solo ellos pudieran aprovecharse de él.»

Testimonio de Mario F.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

34

El sol estaba bien alto en el cielo cuando Irene se despertó. Aunque había dormido muy poco, no se sentía ni fatigada ni somnolienta.

A su lado, Miguel dormía plácidamente con expresión relajada, a pesar de que los rayos de sol le daban directamente en el rostro. La joven se recostó apoyada en el codo y estuvo un rato viéndole dormir con una sonrisa. Aquella noche había unido su destino al de Miguel, habían hecho el amor varias veces y habían conversado largamente. Cuando el cansancio les podía, caían dormidos para volver a despertarse y seguir dando rienda suelta a todos los sentimientos reprimidos durante tanto tiempo.

—Estaba enamorado de ti desde que íbamos juntos a la escuela —confesó Miguel justo después de que hicieran el amor por primera vez—. Aunque no me

atrevía a decírtelo, tenía la esperanza de que correspondieras a mis sentimientos. Pero luego te comprometiste con Cris y perdí toda esperanza de que lo dejarais y te enamoraras de mí. Aunque me dolía el corazón veros tan felices y enamorados, me alegraba por vosotros porque erais mis amigos. Y seguía queriéndote, contra toda lógica y toda esperanza, hasta el punto de que no conseguí enamorarme de ninguna otra.

»Cuando Cris murió, aunque me dolió terriblemente su pérdida, pensé que quizá los accidentes de la vida me habían dado una oportunidad de estar contigo. Esperé durante unos meses a confesarte mis sentimientos, pues quería darte un tiempo para recuperarte del dolor de haber perdido a tu prometido. Y cuando te dije lo que sentía por ti, seguí dejándote espacio para que aclararas tus sentimientos. ¡Que no me rechazaras fue toda una inyección de esperanza para mí!

»¿Sabes? ¡Cuando te propuse venir conmigo a Mauritia, estaba muerto de miedo! Por un lado me moría de ganas de que vinieras, pero por otro me aterrorizaba la posibilidad de que dijeras que no. Y cuando aceptaste, tus palabras fueron como música celestial para mis oídos. No quise hacerme ilusiones ni crearme falsas expectativas, pero cada día que hemos

pasado juntos aquí me he dado cuenta de que congeniamos estupendamente. ¡Y ahora casi no me puedo creer que, por fin, estemos juntos como pareja!»

Irene se estremeció levemente al recordar estas palabras de Miguel. A ella le costaba más expresar sus sentimientos, pero estaba bastante segura de que los había dejado muy claros aquella noche.

Como vio que el joven no tenía visos de despertarse, se levantó y se dirigió al cuarto de baño para tomar una ducha rápida. El agua caliente la dejó como nueva y con energías renovadas para afrontar un nuevo día de vacaciones, a pesar de que el estómago le rugía pues no había comido nada desde la noche anterior.

Cuando regresó a la cama, vio que Miguel seguía durmiendo pero había cambiado de postura y estaba boca arriba. Entonces, se sentó a horcajadas sobre él y le dio un beso en los labios que hizo que Miguel finalmente despertara.

—Mmmmm —ronroneó él mientras le devolvía el beso—. ¡Quiero despertarme así todos los días de mi vida!

—Levántate, perezoso —bromeó Irene, mientras saltaba de la cama—. Tengo un hambre tremenda y, por lo alto que está el sol, debe ser casi mediodía.

—Vaya, pues es verdad —dijo, sorprendido mientras consultaba su B-Ultimate—. ¡Me temo que nos hemos perdido el desayuno!

—Bueno, con suerte nos darán algo que llevarnos a la boca en el comedor. O eso o esperamos a que sea la hora del almuerzo.

—Está bien. Deja que me dé una ducha rápida y salimos a ver qué podemos encontrar como tentempié para no llegar al almuerzo muertos de hambre.

—¿Y después? ¿Tienes pensado que vamos a hacer?

Miguel atrajo a Irene hacia sí y la abrazó.

—Después vamos a inscribirnos como pareja en el Registro de Compromisos de majesNET, y continuaremos nuestras vacaciones como prometidos oficiales —respondió el joven—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —asintió la joven.

Después del almuerzo, hablaron con los responsables de la residencia para ocupar una sola habitación, pues ya no tenía sentido que mantuvieran dos habitaciones separadas. Por la tarde, comunicaron la buena noticia a sus familiares y amigos, que se mostraron visiblemente contentos por su compromiso. Mientras Miguel visitaba el Consejo Insular, situado a media hora de allí en deslizador, Irene tuvo una larga

conversación vía majesNET con Raquel, que seguía de vacaciones en Atlantia disfrutando de la compañía de su prometido Ben.

—¡Me alegro muchísimo por vosotros! —exclamó su amiga, entusiasmada— ¡Ya sabía yo que las vacaciones iban a ser una buena oportunidad para que descubrieras tus sentimientos hacia Miguel! Por cierto, ¿dónde está? No lo veo cerca de ti.

—Está en el Consejo Insular —respondió Irene—. Cuando me propuso venir aquí de vacaciones, me comentó que estaba pensando continuar su carrera como servidor público en Mauritia. Ha ido a hablar con el consejero, supongo que para ver las posibilidades de servicio que tiene aquí.

—Pero eso era antes de que os comprometierais —observó su amiga—. ¿Sigue queriendo trasladarse a Mauritia? Ahora ya no puede pensar solo en él: acabas de entrar en la ecuación, ¿no?

—Claro, y de hecho me preguntó qué me parecía la idea de instalarnos aquí.

—¿Y qué tal? ¿Te gusta Mauritia para quedarte a vivir?

Irene reflexionó unos segundos antes de responder.

—Bueno, hace bastante más calor que en Gran Hispania, pues estamos en la estación seca. No sé cómo será vivir aquí en época de lluvias, pero es un territorio de una belleza espectacular, con una vegetación exuberante y donde abundan las corrientes de agua. ¡Y los amaneceres y atardeceres son espectaculares!

—Tal como lo describes, parece el Paraíso en la tierra.

—En cierto modo lo es —afirmó Irene—. Además los habitantes son muy amables y abiertos. Creo que están interesados en que vengan más colonos de los viejos territorios para sentirse menos solos. Es un territorio que todavía no está muy poblado.

—Como historiadora, además, puedes continuar con tu servicio desde cualquier parte del mundo —razonó su amiga.

—Así es —asintió la joven—. ¡De modo que no hay ningún problema! Si Miguel quiere asentarse en Mauritia, yo estaré con él.

—¡Estupendo! —exclamó Raquel—. Pero volverás a Alándica después de las vacaciones, ¿no?

—¡Claro que sí, mujer! No creo que vayamos a asentarnos aquí todavía. Tenemos que volver para despedirnos de familia y amigos y arreglar asuntos pendientes.

—¡De acuerdo! Entonces nos veremos allí.

—¡Un momento! ¡No te despidas tan pronto! —exclamó Irene, levantando la mano para señalar que esperara— Ahora me toca a mí hacer las preguntas. ¿Qué tal te va en Atlantia con Ben?

—Oh, muy bien. Aquí el clima es más parecido a Gran Hispania y el terreno tiene menos vegetación de la que tenéis en Mauritia, pero también tiene sitios preciosos. Además hay zonas donde sigue habiendo volcanes activos. ¡El paisaje es espectacular! Un día fui con Ben de excursión y tenía la impresión de estar en otro planeta mientras paseaba entre conos volcánicos y lava solidificada.

—¿Ben sigue queriendo quedarse allí?

Raquel hizo una mueca antes de responder.

—Al principio sí... pero ahora cree que regresará a Alándica, al menos durante una temporada. ¡Creo que me echa de menos! —y rio.

—Claro, hasta que no termines tu formación como maestra...

Raquel suspiró.

—En realidad, podría seguir mi formación allí, pues están empezando a construir escuelas para los colonos que lleguen con sus familias. Pero, a diferencia de ti, no me veo viviendo en Atlantia, ahora que he

estado en persona. Necesito estar cerca de mi familia y del lugar donde nací. Y Ben lo comprende y regresará a Alándica en cuanto termine su proyecto.

Y siguieron charlando de mil y una cosas para ponerse al día de sus vidas, hasta que Raquel tuvo que irse a almorzar, dada la diferencia horaria.

Paraíso

El Paraíso
no es exactamente
como nos lo habían contado.
No es el lugar
al que irán los buenos
después de morir.
No es el sitio
al que se va
a descansar eternamente
después de pasar
por este valle de lágrimas.
El Paraíso
está muy lejos.
Tan lejos,
que nuestro intelecto

es incapaz
de imaginarlo.
El Paraíso
no es un lugar,
porque no está
en el espacio.
El tiempo no existe
en el Paraíso.
Se vive
en un eterno presente.
El Paraíso
no está hecho
de materia muerta,
pero tampoco es un ser vivo.
El Paraíso
nos espera pacientemente
en su no-tiempo,
pero tenemos
que ganárnoslo.
El Paraíso
es el premio final
a una carrera de fondo
que durará
eones y eones.
Pero cuando lleguemos allí

por nuestro propio derecho,
ni siquiera entonces
será nuestro reposo eterno.
Porque el Padre
nos tiene reservadas
muchas más aventuras
en el universo de universos.
El Padre nos quiere
eternamente entretenidos.
Y estoy segura
de que no puede haber
una aventura mayor que esta.
Empezamos desde muy abajo,
pero nuestro destino
es alto, muy alto.

(Natalia, 5-5-2017)

35

«Kin Lates sabía que era cuestión de tiempo que fueran a por él, y se preparó para recibir visitas no deseadas.

»No iba a oponer resistencia ni a usar la violencia. Le repugnaba usar armas. Ni siquiera las usaba para defenderse de la fauna salvaje que medraba por las tierras de Alaska. Prefería usar métodos disuasorios de su invención, que hasta entonces le habían funcionado muy bien.

»Pero aunque no se defendiera con armas de fuego, eso no significaba que fuera a entregar su secreto así como así. De hecho, prefería morir mil veces antes de permitir que las empresas se lucraran con su descubrimiento. La energía última tenía que estar disponible para todo el mundo.

»Era muy posible que, si conseguían atraparlo, lo torturaran hasta que, loco de dolor, revelara el secreto. Por esa razón, nada más dar a conocer su descubrimiento en majesNET, tomó todas las precauciones posibles para que el método de fabricación de los receptores de energía última estuviera guardado a buen recaudo, tanto en la red como en soporte material.

»De hecho, guardó en escondites toda la documentación que había creado durante todo el tiempo que duraron sus investigaciones, escondites que ni siquiera él mismo conocía pues fueron sus amigos quienes se encargaron de ocultar la información en grutas y otro tipo de guaridas naturales. De esa manera, él no podría dar información que revelara nada comprometedor.

»Además, había dejado instrucciones de que, si algo malo le ocurría, se diera a conocer el secreto de la energía última hasta en el último rincón del planeta. Allí donde no llegara todavía la red majesNET llegarían los partidarios de la causa de la energía libre.»

Testimonio de Georgette D.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

36

Miguel regresó al poco rato de que Irene se despidiera de Raquel. Por la expresión de su rostro, la joven dedujo que le había ido muy bien en el Consejo Insular, y así se lo dijo después de darle un beso de bienvenida.

—Sí, el consejero me ha dicho que estará encantado de que sirva junto a ellos para impulsar el desarrollo de Mauritia. En cuanto arreglemos los asuntos pendientes en Alándica, me esperarán con los brazos abiertos. Pero hay algo más que tengo que comentarte y que seguro que te va a gustar.

La joven asintió en silencio y esperó a que Miguel continuara. ¿Qué más podía haber?

—Bueno, como ya sabes, dentro de unos días se celebra el Encuentro Espiritual Mundial en Yosemite.

—Sí, el día 21. Quedamos con los amigos de la residencia en verlo juntos por majesNET —le recordó Irene.

Entonces, Miguel la abrazó y le susurró al oído:

—¿Y qué te parecería estar allí en carne y hueso?

Irene se soltó de su abrazo y lo miró con la boca abierta de asombro.

—¿Pero qué dices? ¡Si hace tres meses que no se aceptan solicitudes para asistir!

—Es cierto —asintió Miguel, sonriente—, pero también hay vacantes por multitud de razones. Y resulta que el consejero me ha ofrecido dos plazas que unos solicitantes de Mauritia no van a poder ocupar pues tuvieron un accidente y no pueden viajar. ¿Qué te parece?

Irene lo miraba con los ojos muy abiertos; casi no se podía creer lo que estaba oyendo. ¡Había soñado con ir a esos encuentros desde la primera vez que se celebraron!

—¿Y cómo es que el consejero te ofreció esas dos plazas? ¡Podría dárselas a cualquiera de los colonos! ¡Seguro que habrá mucha gente interesada en asistir!

Miguel se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé… Supongo que le caí bien. Le comenté que estábamos recién comprometidos

y que nos hubiera encantado asistir al Encuentro, y entonces fue cuando me ofreció cubrir las dos vacantes. ¡Francamente, no se me ocurrió preguntarle por qué a mí! Tan solo pude darle las gracias.

Irene se sentó en la cama. ¡Aquello era un regalo del cielo! Enseguida su mente empezó a pensar en lo que suponía hacer aquel viaje inesperado.

—No te preocupes por los detalles —le dijo Miguel, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Lo único que hemos de tener en cuenta es que en Yosemite, aunque es verano, hace algo de frío por la noche, así que tendremos que conseguir algo de ropa de abrigo. Miraremos de conseguir aquí lo que necesitemos y, si no lo encontramos, en alguna de las dos escalas que tendremos que hacer. La reserva incluye el transporte y tres noches de estancia en Yosemite. Volveremos a Mauritia y nos quedaremos aquí hasta el final de nuestras vacaciones.

La joven asintió, sin acabar de creerse todavía aquel golpe de suerte.

—¡A esto se le llama estar en el lugar correcto en el momento adecuado! —exclamó.

Miguel se sentó a su lado y la abrazó.

—¿Te lo puedes creer? ¡Nos vamos a Yosemite! El corazón me dice que va a ser una experiencia que recordaremos siempre.

Irene asintió, con la secreta convicción de que aquello no había sucedido por casualidad.

Soledad

A veces la soledad
muerde con fuerza.
Y no hablo
de la soledad buscada,
ese momento
en el que nos reencontramos
con nosotros mismos.
Me refiero a esa soledad
que no se busca
sino que se encuentra.
La soledad
que se siente
al ver que los demás
no reman
en la misma dirección
que tú.

La soledad que se siente
al comprobar
que a la mayoría de gente
no le interesa
lo más mínimo
quiénes son
y por qué están aquí.
Es esa sensación
de sentirse extranjero
entre tu propia gente:
amigos, familia,
vecinos, compañeros.
En esas ocasiones,
añoro estar
junto a otros espíritus afines
que conozco
y que están lejos.
Porque sé que ellos
me comprenden,
ellos también
se sienten extranjeros,
ellos tampoco pueden
hablar con otros
de lo que realmente
les motiva

y les hace vivir la vida
con ilusión.
¡Ah, qué estimulante
es para nuestra alma
podernos reunir,
estar en contacto,
sentir que están ahí
al otro lado!
Porque la soledad física
puede parecer dura,
pero la soledad espiritual
es mucho peor.

(Natalia, 1-6-2017)

37

«¡Alabado sea Kin Lates! ¡Que el Padre le dé un buen viaje hacia el Paraíso!

»Los que vimos en directo su asesinato no podíamos creer lo que estábamos presenciando. Le mataron de la manera más cobarde e innecesaria, de pura rabia por no conseguir lo que habían ido a buscar.

»Aquello, de alguna manera, nos abrió los ojos definitivamente a todos.

»Mi padre había arriesgado su puesto de trabajo al hacerse con un receptor majesNET de energía última. Aprovechaba las pocas horas libres que tenía para investigar y hacer pequeños aparatos que funcionaban con esa energía y que procuraba esconder de miradas indiscretas.

»Yo entonces era apenas un niño y, cuando le decía a mi padre que era un mago por hacer que los

aparatos se movieran solos, él se echaba a reír y decía que ojalá lo fuera, pero que aquello era completamente real y sin trucos.

»Cuando vimos a Kin Lates caer abatido por los disparos de los mercenarios que fueron a buscarlo, inmediatamente nos quedamos mudos de asombro. Nuestro héroe, el que tanto había hecho por liberarnos, había perdido la vida.

»Pero no tuvimos mucho tiempo para llorar su pérdida y ponernos tristes, pues de repente majesNET empezó a vomitar información sobre la manera de aprovechar la energía última.

»Aquello pareció una señal. Inmediatamente, mi padre salió de casa y empezó a llamar a los vecinos. Muchos de ellos también lo habían visto.

»Fue muy emocionante presenciar aquello. Con el paso de los años, puedo decir sin lugar a dudas que aquella fue la señal del Despertar.»

Testimonio de Jules G.
Crónicas del Despertar (2065)
Varios autores

38

De repente, sin saber muy bien cómo había ido a parar allí, Irene se encontró en una playa que no era capaz de reconocer.

Mirando hacia el norte (no sabía por qué aquella dirección era precisamente el norte, pero estaba segura de que así era), veía una hilera de edificios de color blanco, que por su aspecto parecían viviendas, aunque no se parecían a las que ella conocía. La playa estaba bordeada por una especie de avenida estrecha de tierra y baldosas que representaban motivos geométricos, por la que de vez en cuando paseaban personas solas o en grupo. Irene vio a familias enteras paseando lentamente, niños montados en artilugios que creyó reconocer como antiguas bicicletas, parejas que caminaban de la mano. Todos vestían con ropas que

Irene identificaba como anteriores al Desastre, según las imágenes que había podido ver en Magallanes.

A continuación del paseo embaldosado había una franja de asfalto negro, por la que circulaban antiguos vehículos de dos y cuatro ruedas impulsados por derivados del petróleo. Irene había visto máquinas parecidas en el antiguo servidor. Arrugó la nariz por el ruido que hacían, bastante molesto para sus oídos. Al otro lado del asfalto negro había una acera estrecha de la que los árboles parecían abrirse camino cada veinte metros, como si la atravesaran.

La joven quería alejarse como fuera del ruido de las máquinas y se dirigió hacia la orilla, donde pronto el sonido de las olas se impuso a cualquier otro.

Mirando al sur se encontraba la orilla de una playa delimitada en sus extremos por largos espigones de piedra. La playa era de arena fina, que se veía densa y compacta cerca de la orilla. El mar estaba en una calma casi total, de modo que las olas que rompían en la arena eran casi diminutas. Irene pensó que el agua no debía tener mucha profundidad. Y en efecto así era, pues pudo ver a algunas personas situadas a muchos metros hacia dentro a las que el agua apenas les llegaba a la cintura.

Durante un tiempo que no pudo precisar, Irene estuvo contemplando el horizonte. La brisa sacudía su vestido y agitaba su cabello. Cerró los ojos y aspiró el olor a mar, que tan bien conocía.

Entonces, mientras seguía con los ojos cerrados, sintió de repente una presencia a su izquierda. Sin sentirse extrañada o sorprendida en absoluto, abrió los ojos y giró la cabeza en esa dirección.

A su lado había una joven de edad parecida a la suya. Tenía el cabello largo y suelto peinado con una raya en medio, de color castaño claro, casi rubio. Sus ojos eran grandes, de color miel y de largas pestañas negras. Su rostro era pálido y redondo y esbozaba una sonrisa amistosa en sus labios bien definidos y pintados como era costumbre antes del Desastre. Vestía una camiseta ancha de manga corta de color verde oliva y una falda corta y estrecha de color negro. Se fijó en que llevaba pendientes largos en las orejas y un colgante de ámbar. Iba descalza.

Por un momento, ambas se miraron. Irene pensó que aquella joven le resultaba familiar, pero fue incapaz de reconocerla. En cambio, la desconocida sí parecía saber quién era ella, pues siguió manteniendo su sonrisa sin apartar la mirada, como si la conociera.

Entonces, cuando Irene iba a preguntarle quién era, la joven dijo unas palabras que pudo escuchar con toda claridad:

«Gracias por hacer realidad mis sueños».

Justo cuando la desconocida acabó de pronunciar esas palabras, Irene se despertó, sobresaltada.

Durante un momento se preguntó dónde estaba, de lo desorientada y confundida que la había dejado aquel sueño tan real. Entonces vio a Miguel durmiendo plácidamente a su lado y recordó.

Era la segunda noche que pasaban acampados a la entrada de Yosemite, en un habitáculo portátil que compartía con Miguel. Al mediodía del día siguiente, 21 de agosto, comenzaría el Encuentro Espiritual Mundial. En aquel lugar se encontraban ya más de veinte mil personas eficientemente alojadas en los aledaños del paraje natural.

Irene se incorporó, con el recuerdo del sueño impreso en su memoria de manera indeleble. Pensó en tomar notas en su B-Ultimate para no olvidar los detalles, pero tenía demasiado sueño como para hacer nada en ese momento. Así que volvió a tumbarse y, con la voz de la desconocida sonando todavía en sus oídos, se durmió profundamente, esta vez sin sueños.

Unas horas después, se despertó con los rayos del sol. Se sentía totalmente despejada y llena de energía, cosa extraña porque su cuerpo no había tenido tiempo de ajustarse a la diferencia horaria que había entre Mauritia y Yosemite.

El extraño sueño la había dejado intrigada. Era la primera vez que un sueño le parecía tan real como la vigilia. Solo que no había sido real, pues las escenas que había visto pertenecían a otro tiempo y lugar. De hecho, se sentía como si hubiera hecho un viaje en el tiempo, como si se hubiera asomado durante unas horas a una escena que sucedió doscientos años atrás. Nadie había reparado en ella... salvo aquella joven, que la miró y le dijo unas enigmáticas palabras.

«Gracias por hacer realidad mis sueños», recordó Irene.

¿A qué se refería? ¿Y quién era esa enigmática joven?

Entonces, de repente, recordó algo. Activó su B-Ultimate y buscó unas imágenes que había guardado cuando empezó su investigación en el proyecto Pioneros XXI.

En el mosaico de imágenes que se proyectaron frente a ella, de repente vio la fotografía que había recordado en ese momento.

¡Era Natalia! ¡Ella era la joven desconocida!

En aquella imagen la joven llevaba ropa de abrigo y estaba sentada junto a otros jóvenes que Irene dedujo que eran amigos suyos. Tenían copas de cristal en la mano medio llenas de un líquido que debía de ser vino y parecían estar divirtiéndose de lo lindo, pues se estaban riendo a carcajadas. Natalia era la única que miraba a la cámara, e Irene pudo reconocerla perfectamente.

Se preguntó por qué había recordado justo entonces que tenía fotografías de Natalia en su B-Ultimate, y en el sueño y poco después de despertar había sido incapaz de reconocerla. ¡Desde luego, la mente humana es muy caprichosa!

Justo entonces la voz somnolienta de Miguel la sacó de sus reflexiones.

—Buenos días, amor. ¿Has dormido bien?

—Sí, estupendamente —respondió ella, y se inclinó para darle un beso en los labios—. Aunque he tenido un sueño muy extraño.

Irene entonces le explicó lo que había soñado con todos los detalles que recordaba (que eran muchos). Miguel la escuchaba atentamente con una expresión de interés y extrañeza a partes iguales.

Cuando la joven terminó su narración, Miguel se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Alguna vez has tenido un sueño así? —le preguntó Irene.

—Nunca –reconoció el joven, negando con la cabeza—. Da la impresión de que alguien, sea quien sea, te han querido transmitir un mensaje, pero ahora mismo no sé cuál puede ser.

—¿Tendrá que ver con lo que se va a celebrar aquí? —se preguntó Irene, más para sí misma que para Miguel.

—Es posible —aventuró Miguel—. Si Natalia era una pionera, estoy seguro de que habría dado cualquier cosa por estar en un acontecimiento como este aquí y ahora. El mundo de ahora es mucho mejor que el de hace dos siglos, de eso no cabe duda. En ese sentido, podría decirse que hemos cumplido sus sueños.

Irene asintió lentamente. Lo que Miguel dijo tenía sentido, pero algo en su interior le decía que había algo más. Su intuición, su chispa divina o lo que fuera le decían que estaba a punto de suceder algo extraordinario y que el sueño estaba directamente relacionado con ello. Pero no quiso compartir su impresión con el joven.

«Es mejor esperar y estar atenta», pensó. Y salió con Miguel fuera del habitáculo para participar del ambiente de fraternidad que se respiraba entre los

asistentes, que estaban ya despiertos y dispuestos a disfrutar de un día que se presentaba largo.

Sueños

A veces, en mis sueños,
experimento el amor más puro
que he vivido jamás.
Siento una comunión con otros
que me provoca
una dicha indescriptible,
una afinidad única.
Luego,
cuando me despierto,
solo me quedan retazos
de esa sensación
y siento
una enorme nostalgia.
Pero la dulce resaca
se mantiene
como una huella indeleble.

¡Ojalá pudiera sentir,
aquí y ahora, ese amor!
Un amor grande
que inunda todo mi ser
y que ilumina mi mundo.
Un amor
que brota del corazón
y me llena de alegría.
Quisiera sentir esa sensación
siempre,
pero la vida
está llena de distracciones
y a veces la olvido.
Sin embargo,
cuando estoy a solas
con mis pensamientos,
me gusta evocar
esa sensación
y me reconforta
enormemente.
Tengo la impresión
de que ese sueño
es un adelanto
de lo que me espera
allá arriba.

Mientras tanto,
ensayaré un amor real,
pequeño pero auténtico,
aquí abajo.

(Natalia, 26-9-2017)

39

«El día del Despertar, la gente simplemente dijo "basta". La muerte de Kin Lates fue la gota que colmó el vaso, el tirón que tensó la cuerda hasta romperla, pero somos muchos los que creemos que hubo algo más.

»¿Por qué fue justamente entonces cuando todos los que trabajaban a las órdenes de las empresas, como una sola voz, dijeron "no nos vais a explotar más"?

»¿Fue algo exclusivamente humano, o las ayudas celestiales tuvieron también algo que ver? Probablemente nunca lo sepamos, pero sí podemos decir que justo entonces se alcanzó la masa crítica de personas que simplemente querían construir un mundo mejor, donde fuera el servicio y no el lucro el que dominara la sociedad.

»Y esa masa crítica pronto propagó un cambio que, con la ayuda de majesNET, se extendió a todos los rincones del planeta, por lejanos que estuvieran.

»La gente se dio cuenta de su verdadero poder, y no iban a entregarlo a nadie que les esclavizara. Nunca más.

»Los dueños de las empresas, que de repente se vieron sin trabajadores que estuvieran dispuestos a trabajar en ellas, descubrieron que lo único que tenían era dinero. Un dinero que nadie quería y que dejó de tener valor.

»Y entonces, al ver que habían dejado de tener poder, se plantearon dos opciones: podían dejar sus negocios y pasar a ser como los demás, o bien reconvertir esos negocios en servicios para la comunidad.

»Los menos inteligentes decidieron luchar contra corriente e intentaron mantener el sistema que tantos beneficios les había dado. Pero su tiempo había pasado, y acabaron fracasando en el intento.

»En cuanto al resto, algo pareció cambiar en su mente y en su corazón, porque reciclaron sus negocios para dar servicio en lugar de beneficios.

»Y justo entonces, el Despertar ya no tuvo vuelta atrás.»

Testimonio de Christa K.

Crónicas del Despertar (2065)

Varios autores

40

A mediodía estaba previsto que se realizara el acto principal del Encuentro Espiritual Mundial, justo a la misma hora y día en que había nacido en el mundo Jesús de Nazaret.

Irene sonrió para sus adentros al pensar que durante siglos se había celebrado una fecha errónea, el 25 de diciembre, cuyo origen había sido una concesión a cultos paganos que festejaban la victoria del sol tras el solsticio de invierno del hemisferio norte. Pero aquello hacía más de un siglo que formaba parte del pasado, y ahora la navidad se celebraba en la fecha que le correspondía: el 21 de agosto. Y no solo la fecha había cambiado: también las costumbres asociadas a esa efeméride. Ahora las celebraciones eran mucho más sencillas y profundas, sin el furor materialista y consumista que caracterizó a las «falsas» navidades.

Habían venido visitantes de todos los rincones habitados del mundo, de antiguos y nuevos territorios, desde Thule hasta la Antártida, desde Siberia hasta Zelandia. A pesar de que el Encuentro se transmitía vía majesNET a todos los rincones del globo, se había hecho un enorme esfuerzo organizativo y de servicio para que personas que habitaban en lugares remotos pudieran estar allí presentes en carne y hueso. Mucha gente quería estar presente físicamente para poder charlar con otras personas, abrazarlas y disfrutar de la sensación de ser hermanos, compañeros de viaje que comenzaron su camino a la perfección en el mismo planeta.

Realmente el ambiente de fraternidad era extraordinario, cada interacción afectuosa tenía un efecto multiplicador sobre el conjunto de personas que estaban allí congregadas. Irene podía sentir que el amor estaba en el aire. Y por las expresiones de felicidad que veía en los rostros de quienes la acompañaban en aquel acontecimiento, no era la única.

Cuando se acercó la hora del mediodía, todos fueron acercándose a un valle enorme en forma de anfiteatro rodeado de unas montañas imponentes. Se había realizado un enorme despliegue técnico para garantizar que todos, incluso los que estaban más

alejados del escenario principal, pudieran ver y escuchar lo que allí iba a celebrarse.

A las doce, puntualmente, apareció Gabriel en el escenario, y el público rugió de alegría y aplaudió su llegada. Él parecía sentirse incómodo con esa manifestación espontánea de reconocimiento, pero aun así sonreía y hacía gestos de abrazarlos a todos.

Irene y Miguel estaban situados en lo alto de un pequeño promontorio que compartían con otros asistentes, a una distancia de unos cien metros del escenario. Podían ver directamente lo que sucedía en él, pero tenían un holovisor justo delante de ellos que ofrecía un panorama mucho mejor.

Gabriel dirigió unas breves palabras a los asistentes, que duraron apenas un par de minutos. Explicó que quería hacer una sesión de acción de gracias en grupo para celebrar el cumpleaños de Jesús, y pidió a los allí reunidos que iniciaran una meditación de siete minutos.

Todos los presentes se sentaron y acomodaron como pudieron y entonces, tras el sonido de una campana, entraron en meditación silenciosa. A pesar de los miles de personas que se habían congregado, no se oía ni una sola voz, ni tan solo un ligero carraspeo. Reinaba el más absoluto silencio. Ni siquiera se oía el

canto de los pájaros, cosa que extrañó mucho a Irene durante los primeros segundos. Pero pronto entró en un estado de relajación y comunión profunda y se olvidó de todo lo que la rodeaba. Solo pensaba en dar gracias al Padre por todo lo que la vida le había dado y, sobre todo, en disfrutar del momento presente.

Puesto que aquello se estaba retransmitiendo por majesNET, no eran miles, sino millones de personas los que estaban meditando simultáneamente. Irene percibió un sentimiento de unidad y fraternidad como nunca lo había sentido. Durante su meditación podía percibir como algo palpable esa comunión de millones de personas que habían enfocado su atención en un esfuerzo común.

Y al cabo de siete minutos, sonó la campana para indicar que la meditación había terminado. Durante unos segundos, todos volvieron lentamente a ser conscientes del lugar en el que estaban. Se levantaron, se desperezaron, se sonrieron entre sí…

Pero entonces, comenzó a extenderse un rumor de sorpresa que se propagó como un relámpago entre los asistentes.

¡En el escenario, a la derecha de Gabriel, había un hombre que parecía haber surgido de la nada!

Durante unos segundos Gabriel lo miró asombrado, preguntándose quién era. El desconocido lo miraba serenamente con una leve sonrisa. No parecía un espontáneo ni nadie que se hubiera colado sin permiso: desprendía autoridad por cada uno de sus poros. Iba sencilla pero impecablemente vestido, era alto y llevaba una larga melena de color blanco. Aparentemente era humano, pero había algo extraño en su expresión que hacía difícil ubicar su origen en alguno de los territorios del planeta. Además, era imposible precisar su edad; parecía un hombre joven, pero irradiaba sabiduría por los cuatro costados.

Entonces, se volvió para dirigirse al público que lo miraba, estupefacto, levantó la mano derecha en señal de saludo y dijo, con una voz grave y profunda que pudo escuchar nítidamente hasta el último de los allí reunidos:

—El Hijo Otorgador ha llegado. ¡Que comience una nueva era!

En aquel momento miles de gargantas gritaron de alegría al unísono. Todos se abrazaban, reían, se daban la mano llenos de júbilo. Irene y Miguel se contagiaron también de la dicha reinante y estuvieron abrazados durante un buen rato. Sabían lo que significaba aquello.

¡El mundo había pasado a la siguiente etapa! Ya no había vuelta atrás.

Una vez más, Irene se sintió una privilegiada por haber vivido en aquel tiempo, tan lejano a los oscuros años previos al Desastre. Tuvo la sensación de que los malos tiempos habían pasado, de que a partir de entonces el progreso sería imparable y sin retrocesos. Nunca habían estado solos, pero ahora venía alguien "de lo alto" para guiarles en el proceso. Alguien que el ojo humano podía ver, igual que sucedió hacía ya más de dos mil doscientos veintiún años.

Entonces, de repente, Irene comprendió a qué se refería Natalia en su sueño. La pionera debía de llevarle ciento cincuenta años de ventaja en el viaje, así que su sueño personal seguro que se estaba haciendo realidad. Pero quedaba el sueño para el planeta, un futuro prometedor y luminoso que justo aquel día estaba un poquito más cerca.

«Buen viaje, amiga, donde quiera que te encuentres», pensó Irene mirando al cielo azul y sin nubes que se extendía por encima de su cabeza.

Como respuesta, volvió a ver en su mente la imagen de Natalia sonriéndole en la playa.

FIN

Vilanova i la Geltrú, 14 de abril de 2017